José I. Garmendia

LA CARTERA DE UN SOLDADO

(BOCETOS SOBRE LA MARCHA)

El Coronel Juan Bautista Charlone
Los cuadros de un inválido — El Coronel Miguel Martinez de Hoz
El Fogon — El Teniente Coronel Alejandro Diaz
El soldado — El Coronel Manuel Rosetti
Los mártires de Acayuazá — El Coronel D. Luis Maria Campos
El Juego del Pato
El hombre de á caballo — El General Paunero
Un combate memorable — Leyenda.

PRIMERA EDICION

CASA EDITORA
IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE J. PEUSER

BUENOS AIRES
San Martin núms. 150—158

LA PLATA
Boulevard Independ., esq 53

1889

INTRODUCCION



La literatura del género que cultiva el coronel Garmendia y con la que ha obtenido hasta hoy felices triunfos, es entre nosotros una verdadera novedad; ya sea que escriba episodios de la guerra del Paraguay en la que fué actor, ya sea que dibuje los caracteres del soldado argentino ó esboce costumbres nacionales, siempre estará su prosa, fácil y descuidada, llena de sentimiento patriótico y amor á la bandera que le ha dado sombra en los combates.

Si le pidiéramos escritos académicos, atildados y eximios, de esos que hacen la delicia de los retóricos, quizás veríamos enmudecer su clara y vivaz inteligencia; pero si lo dejamos enteramente libre para expresarse al compás de las pulsaciones de su corazon, será siempre dueño de los lectores que sepan encontrar la fibra poderosa, la desbordante arteria de su alegría cuando describe la victoria ó su amarga emocion de soldado cuan-

do narra un desastre ó pinta la agonía de esos mártires del deber que caen bajo el plomo de las batallas, como las espigas maduras azotadas por el viento.

Hay algo de épico en la entonacion de sus frases nerviosas y ardientes; parecen estrofas mal formadas que están esperando el cincel del artista para transformarse en el canto inmortal de la pátria.

Todo lo que es bueno, todo lo que es noble, todo lo que es grande, lo avasalla, y dejándose dominar por impresiones generosas escribe, y sin acertar alguna vez con la forma estética, impone á sus ideas elevadas y á su juicio práctico, el colorido vigoroso que no está en la exterioridad si no en el fondo de sus pensamientos.

Tal es el coronel Garmendia como escritor que ha sabido hacerse leer y aplaudir por los diversos libros que ha publicado.

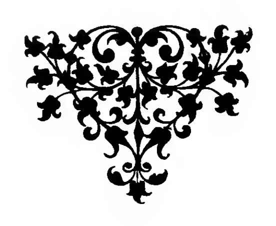
Hoy lanza á la circulacion este nuevo volúmen compuesto de algunos artículos literarios y bocetos militares que andaban dispersos en diarios y

revistas y otras composiciones inéditas que por indicacion de amigos suyos ha escrito.

Sensible habría sido que aquellas simpáticas producciones quedaran olvidadas. La forma en que hoy aparecen las salva de ese riesgo, siendo para su autor un timbre mas y para sus amigos y lectores un motivo para apreciar en sus páginas, las brillantes cualidades que lo distinguen.

M. A. Pelliza.

Abril de 1889.



EL CORONEL

JUAN BAUTISTA CHARLONE

(Muerto á consecuencia de las heridas recibidas en Curupaytí)



Coronel
Juan Bautista Charlone



I.

Plustot mourir honestment
Que fuir vilainement. (1)

PERTENECIA el Coronel Charlone á la egregia falange de los que cayeron, distinguiéndose con gloria, en los combates legendarios de la guerra del Paraguay.

Era, puede decirse, el bello tipo de aquellos que se elevan por sus propios méritos, el favoritismo es impotente en esta clase de hombres que nada deben á la inconstante fortuna.

Son antepasados, sin tenerlos; el brillo de sus hechos enaltece su cuna, porque no hay mas noble sangre que la que se derrama por una causa santa; y cuando estos hijos del trabajo remontan la escala de los ascensos y de los honores, ejecutan la

---

(1) Francés anticuado; equivalente en español, á «Mas vale morir valiente, que huir cobarde.''

ascencion penosamente; paso á paso; abrumante camino que se recorre entre las vicisitudes de una existencia encrespada por el sobresalto; braveando los peligros; devorando alguna vez crueles amarguras y solo conquistando el prestigio con afamadas acciones.

Todo es tardío en ellos, menos la bala mortífera que èxabrupto detiene una carrera difícil, radiante de gloria que costára tanto sudor de sangre.

Fué Charlone un rudo soldado de áspera corteza; franco, leal, intrépido y perspicaz, como para servir de hermoso ejemplo en la ínclita carrera que habia adoptado.

Vasallo del deber, constituia un hombre de guerra á toda prueba, modelado por el instinto, y por la larga esperiencia de su guerrera y azarosa vida; porque los libros de los grandes maestros donde no sabia estudiar, no le enseñaron nada. Muy difícilmente hubiera sido un general en el verdadero sentido de la palabra, en cambio era uno de esos grandiosos elementos sin los cuales un general no podria ganar una batalla.

Prudente y avezado á los peligros, y de un valor extraordinario, podia confiársele con la esperanza tranquila del buen éxito, una operacion

militar ó una maniobra audaz en el campo de batalla, que estuviera en relacion con sus aptitudes, que de seguro la llevaria á cabo, poniendo en su desempeño la mas sincera manifestacion de sus nobles esfuerzos.

Siempre antes de una de esas honrosas comisiones, manisfestaba objeciones, discutia con pertinacia, presentaba el lado vulnerable de la operacion sin eludir responsabilidades, pero si apesar de sus observaciones, se le ordenaba el movimiento, lanzábase resuelto, sin mirar atrás, á cumplir con verdadero entusiasmo su difícil faena.

Todo lo ignoraba, menos el arte del sacrificio: no era otra cosa, sinó un soldado con sus grandezas y debilidades: marino ó de tierra, se manisfestaba el mismo lobo bravío, y concéntricas sus disposiciones naturales á su noble profesion, lo hicieron jugar siempre un rol distinguido en los diversos combates en que actuó representando diferentes gerarquías.

Una constitucion vigorosa se repartia en su estatura mediana: miembros musculosos y bien proporcionados nos hacian ver al hombre del pueblo. Su semblante enérgico, quebrantado por la fatiga, estaba adornado por una espesa y ruda pera suava que le daba un aspecto guerrero y vulgar, abrillan-

tando esas facciones dos pequeños ojos que agitándose siempre inquietos, parecian querer ocultar al enemigo los designios de su alma. Su cabeza calva y bien desarrollada, nos recordaba las grandes cabezas italianas que desde César hasta Napoleon y Garibaldi se aproximan con semblanza suma.

Poseía bellas condiciones de carácter, aunque alguna vez fué injusto en la apreciacion del mérito de sus subalternos, y pagó tributo al favoritismo; mas apesar de eso, fué generalmente respetado y querido entre sus camaradas, y amado hasta la idolatría por sus soldados.

Dominando su figura en el campo de batalla, justicia se hizo siempre á sus relevantes disposiciones militares, y fiel á los antecedentes de su vida, y á la enérgica consigna de su espíritu, al fin cayó postrado aquel perseverante campeon de las libertades argentinas, dando un ejemplo heróico.





II.

CHARLONE nació en Piamonte (Asti) en 1826: el modesto orígen de su cuna dá mayor realce á su ilustre elevacion: así tambien, el primer noble fué mas noble que sus descendientes; porque lo fué por sí mismo.

En el año de 1839 emprendió viage á Montevideo acompañado de su padre y de su hermano.

Mas tarde sus inclinaciones impulsadas por un espíritu ardiente lo arrojaron á las filas: tomó servicio en clase de soldado en una compañia de muchachos que estaba agregada á la Legion Italiana, que se encontraba en esa época á las órdenes del Comandante Ramela; y asistió á casi todos los combates en que se empeño aquel bizarro cuerpo, hasta la conclusion del sitio.

En 1845 hizo con Garibaldi la campaña del Salto; y fué actor en el asalto de la Colonia, en la sor-

presa de Martin Garcia, en la de Gualeguaychú, en la del Salto, en los combates del Hervidero, en la sorpresa de Itapeví, y en el inmortal combate de San Antonio, donde fué herido en la cabeza y ascendido á sargento cuando apénas contaba diez y nueve años de edad.

Por sus relevantes servicios se elevó hasta capitan, conquistando cada empleo con una accion distinguida, y ganó allí entre tanto valeroso soldado una bella reputacion de hombre audaz y temerario: aun no habia adquirido la prudencia y la experiencia que acude lentamente con los años.

Concluido el asedio de Montevideo, vino á Caseros: en seguida asistió á una parte del sitio de Buenos Aires en el empleo de Capitan del 2° de línea, pasando despues como teniente de marina á un buque de la escuadra de Buenos Aires que estaba á las órdenes del Comandante Graso.

Se grangeó tanto la simpatía del Coronel Muratore, que éste mas tarde lo elevó á 2° gefe del vapor *General Pinto*, entonces á las órdenes del Comandante Susini [1]

(I) Primo del Coronel del mismo nombre, fué fusilado por Lopez en el Paraguay.

En el mes de Noviembre de 1857, el Teniente Coronel Don Antonio Susini tomó el mando de la Legion Militar, y llevó como 2º gefe al Capitan Charlone, que como hemos ya mencionado, se encontraba sirviendo en la escuadra.

Posteriormente en el año 1859 Susini abandonó este cuerpo, por haber sido nombrado gefe de la armada de Buenos Aires, y en su reemplazo quedó el 2º Comandante con el mando interino.

En este mismo año se encontraba la Legion guarneciendo á Bahía Blanca, cuando el 19 de Marzo una numerosa invasion de indios errumpió sobre ese pueblo; pero el Mayor Charlone y el Capitan Rodino, al mando de dos compañias de aquel cuerpo, infligieron un sangriento rechazo al audaz salvage.

Algunos meses despues, en Setiembre, Charlone con esta unidad de fuerza y alguna tropa de caballería, ejecutó un avance con espléndido resultado sobre Salinas Grandes. Fueron sorprendidos los indios abandonando haciendas y caballadas; y por algun tiempo quedaron sobrecojidos por tan temerario golpe.

Rotas las hostilidades con la Confederacion, la Legion bajó á Buenos Aires en Julio de 1861 y

formó parte del ejército que mas tarde debia luchar en Pavon. Cuando se procedió á su organizacion, la Legion formó con el 6º de línea la 5ª Brigada mandada por el Teniente Coronel Arredondo.

En la jornada fratricida, la comportacion de Charlone fué como siempre distinguida, manifestó allí el esfuerzo personal que á menudo le caracterizaba.

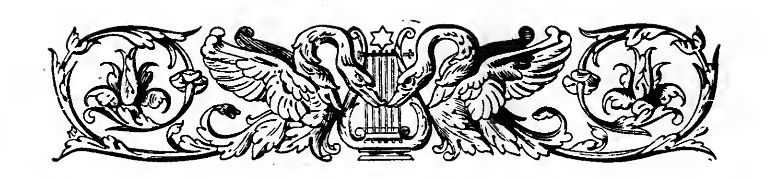
Aquí bien puede aplicarse aquella frase: *Tal gefe, tal cuerpo.* La Legion, con merecida justicia, compartió con su digno Comandante los elogios prodigasop á su gallarda comportacion en esta accion.

En recompensa fué ascendido el Mayor Charlone á Teniente Coronel, y sus compatriotas le obsequiaron con una rica espada de honor con inscripciones alusivas á este hecho de armas.

En seguida de la batalla de Pavon asistió al combate de la Cañada de Gomez.

Concluida ésta campaña, permaneció la Legion de guarnicion en el Rosario, hasta principios del año 1865, en cuyo tiempo resolvió el Gobierno Nacional que bajase á Buenos Aires.





III.

Iniciada la campaña del Paraguay á consecuencia del acto pirático de Lopez, y de la escursion vandálica del ejército de Robles á la provincia de Corrientes, la República Argentina se encontró en bien críticas circunstancias en los primeros momentos para afrontar esa situacion tremenda: de un lado, un ejército de sesenta mil paraguayos movilizados, prontos á caer como una avalancha sobre nuestros territorios; por otra parte, una nacion desarmada, sin escuadra, ejército, ni dinero, oponiendo únicamente en aquel instante supremo, una esplosion de indignacion al cobarde atentado del soberbio dictador.

La Legion Militar á las órdenes del Comandante Charlone, fué de las primeras tropas, que entre otras, formaron el núcleo del primer cuerpo de ejército argentino, que á las órdenes del bravo General Paunero, marcharon á la provincia de Corrientes, á dar nervio al levantamiento en masa, que era la primera muralla nacional que se oponia al invasor.

Este grupo de fuerzas, organizado con algunos de nuestros cuerpos de línea, despues de algunos movimientos, estableció por algunos dias su campo en Rincon de Soto. [1] La fuerza concentrada en ese punto alcanzó á mil doscientos hombres de infantería, seis piezas, y cinco mil correntinos milicianos de caballería.

El General Paunero, siempre atento á los movimientos del ejército de Robles, supo que éste se movia hácia Bella Vista y que la ciudad de Corrientes quedaba únicamente guarnecida por mil seiscientos paraguayos de infantería, repartidos en los batallones 9 y 24, tres piezas de artillería y alguna fuerza de caballería, el todo al mando del Mayor Martinez [2] y resolvió entonces dar un golpe de mano sobre aquel punto, dé manera que templára la moral de sus tropas que hasta ese momento habian esquivado la aproximacion del numeroso ejército enemigo, y al mismo tiempo demostrar al pueblo argentino la superioridad de nuestras armas.

Resuelta la operacion, fueron embarcadas estas fuerzas, con escepcion de las milicias correntinas

(1) Provincia de Corrientes.
(2) Mas tarde este oficial fué fusilado por el dictador Lopez.

que quedaron en observacion de los movimientos del enemigo.

El sol del 25 de Mayo de 1865, iba á iluminar el primero y tal vez uno de los mas brillantes hechos de armas de la guerra del Paraguay.

A las tres de la tarde se procedió al desembarque de las fuerzas que debian atacar á la ciudad de Corrientes.

La primera unidad de combate que tocó tierra, sufriendo una granizada de balas, fué la sesta compañía de la Legion mandada por el Capitan Valerga y con Charlone á la cabeza.

Apercibiéndose de antemano los paraguayos de las intenciones de los argentinos, abandonaron la ciudad, y avanzaron en la direccion del punto ocupado por nuestras fuerzas con el propósito de rechazarlas y se prepararon al mismo tiempo á una enérgica resistencia, ocupando un cuartel situado al norte de la ciudad, frente al lugar del desembarque, y un puente de piedra que está mas al sud, entre la orilla del pueblo y la Plazuela de la Batería.

Tanto el cuartel, como el puente que determinaba la línea de retirada del adversario y sus adyacencias, presentaba una formidable posicion para

cubrirse contra un ataque de infantería, ejecutado por una pequeña fuerza que con tanta audacia procedía al desembarco.

Una vez que Charlone tomó posicion á la orilla del rio, desplegó sus bravos legionarios en órden abierto y rompió el fuego sobre el enemigo que, desplegado tambien se oponía enérgicamente al avance.

Con una mirada rápida abarcó Charlone su situacion, y trató de ganar tiempo con el designio de dar el necesario á que las otras compañías del batallon desembarcáran, y las de los demás cuerpos que casi simultáneamente llegaban á tierra.

Mas, impaciente, por las pérdidas sufridas en este primer momento, arremetió con la sesta compañía al cuartel, en circunstancia que un batallon enemigo, salvando el puente venía en proteccion de sus parciales.

Los paraguayos viendo la escasa tropa que avanzaba sobre ellos, porque recien en ese instante el Mayor Sagari [1] se movia con la reserva, como

---

(1) 2º Gefe de la Legion, Mayor Sagari mandaba la reserva al principio, que constituia tres compañías de su cuerpo; fué muerto en este combate.

tambien las otras fuerzas desembarcadas, redoblaron la crepitacion de la mosquetería y se prepararon á recibirlo con igual denuedo.

Charlone se lanzó sobre la puerta del cuartel con la firme resolucion de penetrar en lo interior del campo enemigo. Fué entonces que se empeñó una lucha al arma blanca en la que la sesta compañía quedó en una situacion difícil.

En este momento Charlone fué herido por un oficial paraguayo que le descargó un sablazo en la cabeza, hubiera sido muerto, á no haber acudido en su defensa el sargento Boisnard, que salvando á su gefe, hundía en el pecho del oficial enemigo su machete. El sargento Torres que tambien venía en su auxilio recibía un balazo en un brazo. El cabo Borsini caía con once bayonetazos y el soldado del I° de línea Miguel Torres con cinco. Cárcano el querido tambor, el trompa Irigoyen, y otros bravos soldados que formaban ese peloton heróico, como un muro de abnegacion abroquelaban á su intrépido gefe, que bañado en sangre vociferaba juramentos como un condenado.

Por fortuna acudieron las tres compañías de la reserva [1] que quedaron á retaguardia; granade-

---

(I) Bajaron de á bordo incompletas.

ros, tercera y quinta mandadas por los Capitanes Soldan, Casas y Morales y avanzando rápidas en proteccion de la fuerza comprometida, cambiaron de un golpe la crítica situacion de su temerario Comandante.

Rivas con el 3° de Línea, Roseti con dos compañías del 1° y el Capitan Saenz con dos del 2° sostuvieron igualmente el movimiento, siendo imposible determinar con precision el grado de esfuerzo de cada uno; pero bien puede decirse que todos participaron de igual gloria.

Los paraguayos viéndose atacados por nuevas fuerzas y bombardeados por algunos buques de la escuadra, que arrojaron un reducido número de proyectiles sobre el cuartel, huyeron de este punto por una brecha que existia en el muro de retaguardia; y lanzándose por las ventanas que por ese mismo lugar daban escape, se dispersó una parte ejecutando fuegos en retirada y la otra precipitóse hácia el puente donde tomó firme posicion con el ánimo de defenderlo con mas ahinco.

Entonces con rudo encarnizamiento se hizo el combate general, en el que nuestras tropas se batian con desventaja á pecho descubierto, desplegadas en un corto espacio, mientras que el enemigo

en mayor número, [1] parapetado y esparcido detrás de los accidentes del terreno, nos infligía sensibles bajas.

La llave de la posicion era el puente, y sobre ese punto se arrojaron nuestras tropas, llevando á la cabeza á sus distinguidos gefes y oficiales.

Forzada esta posicion á la bayoneta, por el 3° de Linea, el espléndido triunfo quedó asegurado, aunque el enemigo siempre persistente, continuó disperso un combate desordenado que duró hasta el anochecer, concluyendo por la toma de la ciudad de Corrientes. Esta primera sangrienta y gloriosa jornada costó bien cara y demostró que los paraguayos eran bravos y tenaces, y que aunque combatian en desórden, manifestaban una constancia en el fuego á toda prueba.

Los brasileros cooperaron en esta accion con algunas granadas de la escuadra, arrojadas sobre las posiciones del enemigo, con una parte del batallon 9 de infantería que contuvo unas guerrillas que aparecieron sobre la izquierda, demostrando el intento de flanquear á las tropas argentinas comprometidas en la lucha contra el puente y el

(I) Las fuerzas argentinas que tomaron parte en este combate ascendian próximamente á 900 hombres.

cuartel, y con dos obuses de campaña que prestaron buenos servicios, antes del ataque á la bayoneta ejecutado por nuestras fuerzas.

Despues de este combate, el Sub-teniente Francisco Paz escribia á su hermano, refiriéndose al valor de su gefe: " En fin hermano, pocos (y no " me importa su nacionalidad, hago justicia al mé" rito) pocos digo, se igualarán á ese hombre. Yo " por mi parte no abandonaré sus filas. "

Nunca el Coronel Charlone desmintió tan honrosa fama.

¡ Qué coincidencia tan lúgubre! Paunero, Rivas, Charlone, Rosetti, Borges, Pagola, Aldecoa, Basavilbaso, Echegaray, Alegre, Valerga, Sagari, Saenz, Portela, Paz y otros actores distinguidos de ese memorable hecho de armas, todos han sucumbido, la mayor parte en la guerra del Paraguay, otros en las luchas civiles, algunos en el mas negro olvido.





IV.

Posteriormente, el primer cuerpo del ejército, siempre á las órdenes del General Paunero, hizo la osada marcha estratéjica, cruzando la provincia de Corrientes al frente del ejército enemigo, lo que dió por resultado la reunion con las fuerzas del General Flores, para batir en detalle la derecha de Estigarribia en los campos de Yatay, el 17 de Agosto de 1865, y mas tarde el 18 de Setiembre, provocar la rendicion de la Uruguayana.

La Legion con su gefe asistió á esos episodios, y tenemos á este, entonces, con el empleo de comandante de la 2ª Brigada de la 1ª Division del 1er Cuerpo del Ejército Argentino.

Despues de estos sucesos, el ejército aliado reconcentró sus fuerzas y avanzó sobre el Paso de la Pátria, con el propósito de poder dar alcance al ejército de Rezquin, que á marchas forzadas se retiraba al Paraguay.

Resuelta la invasion al territorio paraguayo, fuéle encomendada al General Osorio la arriesgada empresa.

La primera columna de desembarque constaba de diez mil hombres, entre los que formaban el primer cuerpo del ejército argentino á las órdenes del General Paunero.

Primeramente desembarcaron los brasileros, y solo á ellos cupo la gloria de los combates del 16 y 17 de Abril de 1866.

Mas tarde, el 2 de Mayo del mismo año, cuando tuvo lugar la gran sorpresa á nuestra vanguardia, algunas guerrillas de la Legion y otros cuerpos acudieron al campo de batalla, limitándose á un corto tiroteo que dió por resultado varios heridos, ocasionados por las lejanas balas de los paraguayos, que ya se retiraban despedazados por las fuerzas brasileras y orientales que eran las que habian, conjuntamente con el 1° de caballeria de línea argentino, sufrido y rechazado el inesperado ataque.

En este combate se cubrió de gloria el 1° de linea mandado por el bizarro coronel Segovia. Sorprendido este cuerpo, reaccionó en una situacion dificil, y lanzandose sobre el enemigo que le

era superior, en numero, lo rechazó y le tomó una bandera. [1]

En los primeros momentos la batalla del 24 de Mayo, cuando la intrépida caballería paraguaya invadió nuestro campo con una erupcion de lanzas, avanzó la Legion con otros cuerpos á tomar su puesto de combate y á apoyar al 4 y 6 de línea que á vanguardia se habian visto obligados á formar cuadro para rechazar las furiosas cargas del enemigo, que demostraba el intento de romper la izquierda del ejército argentino.

Charlone se vió detenido á medio camino y obligado á ejecutar igual maniobra; apénas tuvo el tiempo necesario para formar cuadro y rechazar al adversario. [2] Su presencia de espíritu y la clase de soldados que mandaba, triunfaron de los arranques desesperados de tan bárbaros ginetes.

En esta batalla como en todas, Charlone fué el mismo hombre de guerra, reuniendo siempre á

(1) Despues del combate vi muerto al abanderado paraguayo; era un hombre rubio de buena presencia; vestía camiseta punzó, pantalon azul; por la camiseta entre abierta se le veía la camisa bordada á mano, sin kepi y descalzo estaba estendido al lado de tres muertos, uno del 1º de linea (degollado) y dos paraguayos.

(2) El Subteniente Francisco Paz en una carta á su padre, dice que la Legion formó cuadro cuatro veces: esto lo ignoraba, mas respetando la version del malogrado amigo la consignamos aquí como un dato histórico.

mano para prodigar en el momento preciso, el ardor, la serenidad, y la firmeza de carácter, que lo distinguia cuando olía pólvora.

Fué á la 1ª y 2ª division del primer cuerpo, á quien cupo en el ejército argentino, en este brillante dia, el mayor caudal de gloria.

Sus despachos de Coronel graduado fueron estendidos á consecuencia de esta inmortal jornada.





V.

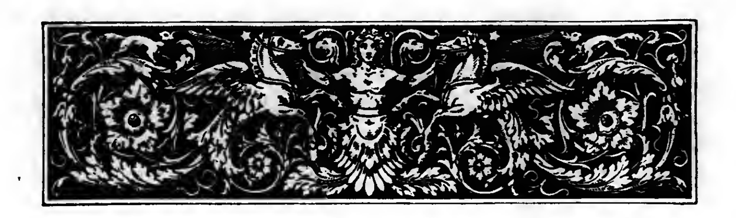
En seguida en Julio 10 y 11 de 1866, Lopez provoca nuevos combates en Yataytí-Corá.

Al caer la tempestuosa noche del dia 11, Charlone recibe la órden de ocupar con su brigada la isleta de Yataytí-Corá. En el primer momento, opone observaciones á este movimiento, porque siempre antes de decidirse hacía campear ante todo la prudencia, que alguna vez, aunque era caso raro, la olvidaba personalmente en el trascurso del combate. Se le reitera la órden; entonces marcha decidido y ocupa valientemente el objetivo, despliega su fuerza tácticamente, y emprende la lucha con los paraguayos, que habian tomado posicion del otro lado de un estero que separaba las avanzadas de ambos beligerantes. El fuego se mantuvo recio hasta que acude Fraga con su brigada y, relevando á nuestras tropas empeñadas, continúa el combate hasta que se retiran los paraguayos.

Cuando Luis María Campos [1] se aproximó, encontró al coronel Charlone, en medio de un fuego intenso y sin descanso, con la mayor sangre fria apoyado sobre un árbol, comiendo tranquilamente una naranja. Aquí puede muy bien decirse que su estómago era á prueba de bomba.

(I) El comandante Campos mandaba el 6 de línea que con el 4 formaba la 3a brigada del Ier cuerpo; unidad de fuerza que estuvo á las órdenes de Fraga.





VI.

Resuelta mas tarde la operacion sobre Curupaytí, movíase el Ejército Argentino del campo de Tuyutí, y ejecutó sin ser sentido una marcha nocturna de flanco sobre nuestra izquierda, á tiro de cañon de las posiciones del enemigo; remontó el rio Paraguay, desembarcó en Curuzú, y sentó su real allí hasta algunos dias despues del asalto.

Amaneció el 22 de Setiembre de 1866. ¡Solemne despertar! Las armonías del himno pátrio conmovia tantos corazones que pronto dejarian de latir. Un bello sol de primavera apareció perezoso detrás de las selvas del oriente, esparciendo sus brillantes tintes sobre el silencioso campamento que esperaba impasible la órden de ponerse en marcha. Algun tiempo despues, la vibracion de la artillería de la escuadra atronaba la atmósfera y se sentia bien distintamente el ruido espantoso de las granadas que se lanzaban al campo enemigo.

Una escena bien distinta tenia lugar en este momento en la carpa del Dr. Molina. Saboreando un banquete de soldado, cuyo manjar mas esquisito era un raquítico sábalo comprado á precio romano, se encontraban reunidos, Fraga, Charlone, Rosetti, Alejandro Diaz y Luis María Campos.

Aquella mesa nos traia á la memoria una comida despues de un entierro: una atmósfera silenciosa se mezclaba á la sobriedad del almuerzo: los chistes forzados se sucedian con grandes intérvalos: hipócritas manifestaciones del corazon: estaban tristes y no sabian porqué: es que el amargo presentimiento que allí batia sus almas y que los impulsaba al solemne vaticinio, era la misma fatalidad que mas tarde revestiría una forma tangible.

De repente Fraga, con aquella arrogancia en el porte y en el hablar que le era característica, hizo un jesto de visible contrariedad, y esclamó con triste sonrisa.

¡Hoy me van á matar! recibiré un balazo en el vientre, pero tendré el honor de morir con el kepí que Vd. me ha regalado; y dirigiéndose á Luis Maria Campos, lo saludó con gallardía. (1)

(I) El kepi que llevaba Fraga era un regalo de Luis Maria Campos y á eso aludia el infortunado profeta de su desgracia.

En ese instante se escuchó la voz clara de Rosetti que decia:

¡Yo tambien voy á morir! y es tan cierto mi presentimiento que he arreglado mis asuntos...

No concluyó porque fué interrumpido por Alejandro Diaz, que con voz grave y acentuada murmuró esta única frase:

¡Yo tambien voy á morir!

Charlone que hasta ese momento habia guardado silencio, al oir estas palabras; se irguió, y ejecutando un ademan brusco, exclamó con nervioso acento:

Del mismo modo quedaré allí de un metrallazo; pero caeré en mis cabales, porque hasta ahora en el ejército argentino, en esa patria que tanto amo, nadie ha ido mas lejos que yo, y es por eso que quiero darle mis glorias y mi sangre.

Al concluir esta frase temblaba la palabra en los lábios del bravo veterano, es que hablaba con el alma, sintiendo prematuro el entusiasmo del último sacrificio.

Sucedió un momento de silencio que fué interrumpido por Rosetti, quien dirigiéndose á Luis Maria Campos, dijo:

¡El General Petit [1] tambien ha de morir!

—No! gritó Fraga; saldrá herido solamente para que cuente el cuento.

En este instante se presentó á la puerta de la carpa un ayudante á traer una órden, aunque su nombre lo hemos olvidado, recordamos que era rubio y de una talla gigantesca.

—Y á este?—balbuceó uno de los circunstantes.

—Como es tan grande, será el primero que muera, replicó secamente Charlone.

En seguida todos guardaron el mas profundo silencio.

Con escepcion del lugar de la herida de Luis M. Campos, la profecía salió fatalmente cierta. [2]

---

(1) Nombre cariñoso que daban á Luis Maria Campos.
(2) Relacion del general D. Luis Maria Campos, único testigo que sobrevive á sus infortunados compañeros.



VII.

A LAS nueve de la mañana, el ejército se movió sobre la formidable línea de Curupaytí; hizo alto á cierta distancia: tomó sus posiciones de combate, y esperó en silencio los resultados del famoso bombardeo de la escuadra.

En esta circunstancia, fué que vimos pasar á las cabezas de columna destinadas al asalto. Charlone iba cabizbajo: aquel hombre intrépido, encadenado á un sentimiento estraño á su carácter impetuoso, se hacía notable; y ávidas las miradas que errumpian con un efluvio del alma, se clavaron en él, en Fraga, en Roseti, en Alejandro Diaz, en Salvadores, y en tantos otros gefes y oficiales distinguidos que marchaban en silencio al frente de las soberbias columnas argentinas.

El primer ataque fué encomendado á la 4ª Division del primer Cuerpo de Ejército, mandado por el Coronel Susini, y á la 1ª á las órdenes del Co-

ronel Rivas. En la primera formaba la brigada del Coronel Charlone.

Estas dos columnas cargaron en órden paralelo, salvando con inauditos esfuerzos los accidentes del terreno, y una línea de fosos que servian de obras avanzadas á la línea principal.

Llegaron á los abatís sufriendo un fuego convergente de mosquetería y metralla, y en el mas espantoso desórden se detuvieron ante ese obstáculo insuperable.

Charlone entonces demostró un coraje temerario: se sintió su iracundo acento que atronaba: gritaba sin cesar: ¡Es necesario entrar!, y con violentos esfuerzos trataba él mismo de entreabrir las entretegidas ramas que impedian el asalto.

Ocupado en esta arriesgada faena, fué derribado por un golpe de metralla que lo atravesó de un lado al otro del pecho. Mortalmente herido, aun sus lábios se entreabrieron para murmurar: *¡Viva la Pátria!*.....una bocanada de sangre ahogó el gemido heróico, y cayó envuelto en los pliegues del sagrado estandarte de su pátria adoptiva, en esa hermosa bandera de los argentinos que él tantas veces habia conducido á la victoria; y hubiera quedado allí á no ser la noble abnegacion del sargento

Etchart que lo tomó en brazos, lo atravesó sobre el caballo y se alejó rápido de aquel campo desolado ¡Preciosa carga, conducida por la fidelidad! para que al ménos, si la muerte le sorprendia, reposara en tierra argentina, en esa tierra que él tanto amaba, y por la que acababa de derramar su última gota de sangre. (1)

. . . .

Mas tarde sucumbía el férreo veterano, delirando rumores de batalla; estremecimientos nerviosos del heroismo que pugnaba con la muerte, con esa injusta muerte, que caprichosa detenia la gloriosa fortuna de un soldado . . . moria al fin ese hombre de los combates, admirando su postrera entereza á los médicos que lo asistian, y sus sangrientos despojos eran enviados á Buenos Aires, donde un pueblo entristecido le prodigaba las mas honrosas exequias.

Sobre su tumba olvidada, ha debido grabarse el lema antiguo:

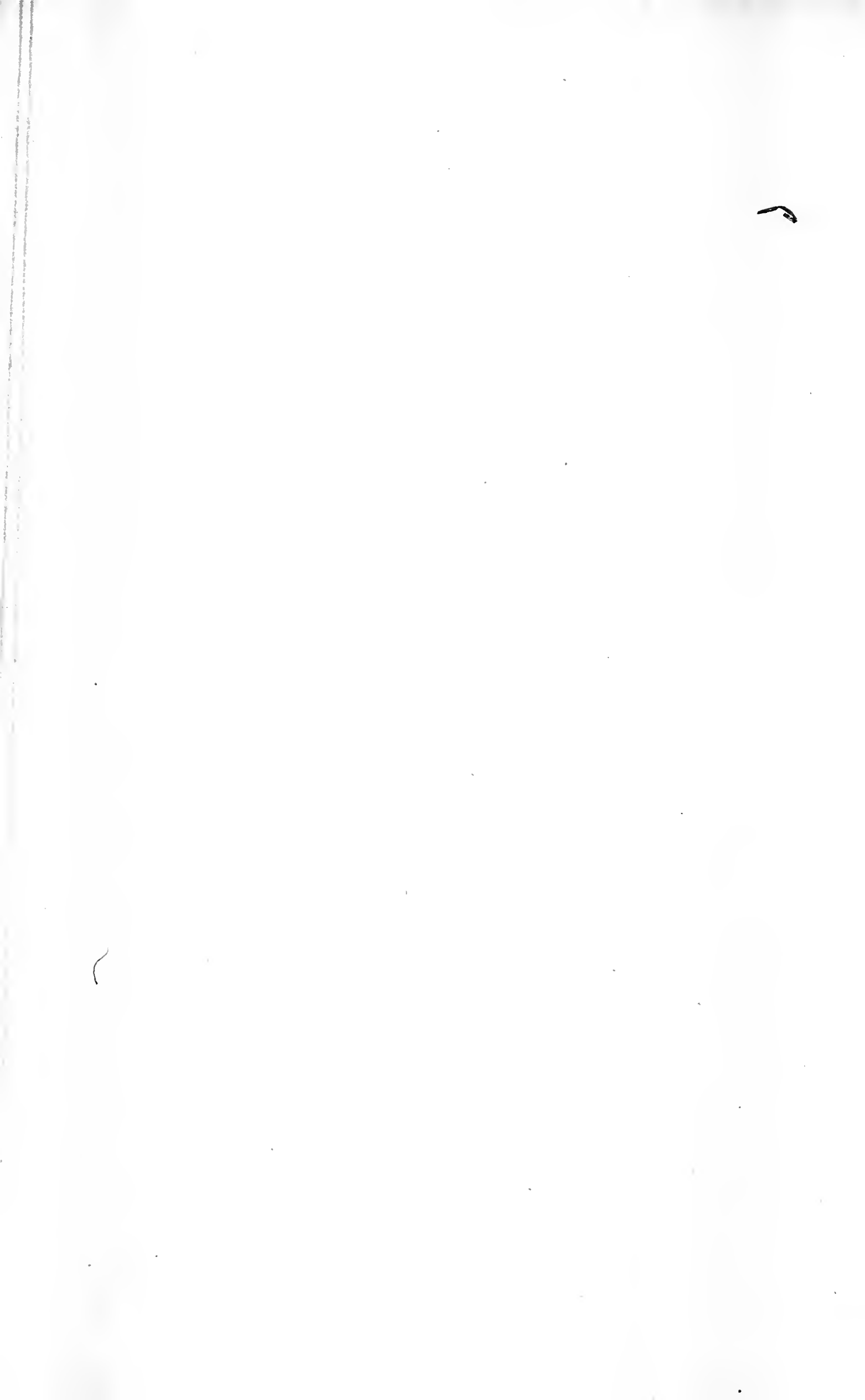
Plustot mourir honestement
Que fuir vilainement.

---

(1) Al narrar este pequeño boceto, hemos tenido á la vista las relaciones de los generales Vedia, Campos, de los coroneles Susini, Belisle, Pico, y del Sr. Grasso antiguo compañero de armas del coronel Charlone en el sitio de Montevideo; y otros documentos referentes á este bravo gefe.

LOS CUADROS DE UN INVÁLIDO

(EPISODIOS DE LA GUERRA DEL PARAGUAY)





I.

> No debe haber mayor timbre de honor para un ciudadano, que por la gloria de su pátria, abandona la tranquila vida del hogar, exponiendo á su familia á las mayores privaciones, que dejar un miembro de su cuerpo en el campo de batalla.

EL arte de la pintura que reproduce tácitamente las variadas escenas de la vida, los grandes acontecimientos del pasado, que revela en una pincelada mecánica, lo que talvez un talento literario no haria en un libro, ya demostrando los arranques violentos de la desesperacion, los dolores supremos de la adversidad, el fanatismo de una idea, la serenidad del espíritu, ó los sentimientos y pasiones de un pueblo en sus diversas faces, ó el conjunto de grandezas que impulsan en una época propicia á crear un gran acontecimiento; ese arte que se paga tan caro cuando los productos son escepcionales, y honra y adorna al mismo tiempo á las naciones civilizadas, tiene para mi el culto mas

constante porque veo en él el mas noble auxiliar de la historia, y uno de los medios de conmemorar sus grandes hechos.

Hoy, aunque modestamente, se inicia esa tarea en mi país, y con agrado distingo por primera vez que un pintor argentino, formado por su propio esfuerzo, ha salvado del olvido episodios de una época que será siempre un timbre de honor en los anales de la pátria.

Los cuadros de este artista ignorado hasta hoy, son 29, están pintados al óleo y representan diversos episodios de la guerra del Paraguay: su autor es el capitan de inválidos D. Cándido Lopez, oficial que fué en aquella época, del Batallon San Nicolás, cuerpo que hizo la campaña desde el principio hasta el fin, concurriendo á todas sus grandes jornadas.

El autor por si solo realza el mérito de sus telas. Actor distinguido que deja un brazo en un campo de batalla memorable, es el único testigo presencial que al través de veinte años de distancia, hace surgir con animado colorido una parte del panorama histórico, donde el ejército argentino hizo penosa escuela, y adquirió un renombre merecido.





II.

El capitan Lopez formó entre los primeros que al iniciarse la contienda, marcharon entusiastas á engrosar las filas de la juventud argentina, que ardiente respondió al llamado del patriotismo. Asistió á casi todas las acciones de guerra que tuvieron lugar hasta el 22 de Setiembre de 1866, en cuya sangrienta jornada, perdió el brazo derecho, batiéndose como un bravo al frente de sus soldados.

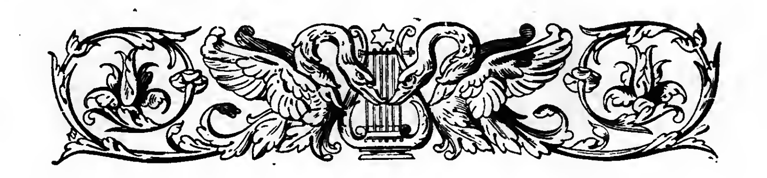
Durante el período de su permanencia en el ejército, empleó el tiempo que le dejaban sus obligaciones militares en hacer un gran acopio de material artístico, ya tomando del natural paisajes de los puntos mas importantes, ó esbozando batallas en las que habia sido combatiente ó inteligente observador.

Esos dibujos y acuarelas copiados del *Vero* contenian en si un gran valor histórico; de manera que, sin pensarlo el modesto miliciano servia á su pátria

con doble impulso; y afanoso y persistente trasladaba al lienzo la verdad, que se pierde al fin, ó se desfigura por completo en la tradicion oral, y sin cuyo auxilio los ilustres pintores del futuro no podrian animar sus grandes telas, como lo han hecho David. H. Vernet, Pradilla, Mesonniér, Neuville, Detaille, y otros.

Los lienzos del manco de Curupaytí llevan el sello indeleble de su propia sangre: son el testimonio ineludible del testigo ocular de aquellas gloriosas escenas: tenaz investigador, con un propósito honroso y de sano criterio, que sacrificando todo á la exactitud del detalle nos ha conservado asi un precioso documento para la historia.





III.

Si nuestra gloriosa epopeya de la independencia hubiese legado al presente las impresiones reales de un cronista de pincel, ¡cuántas escenas ignoradas hoy, y paisajes suprimidos, habrian enriquecido las producciones de los historiadores! Muchas veces el simple bosquejo de un lugar célebre ó de un episodio, ejecutado por un testigo presencial, es un libro abierto, donde el investigador se dá cuenta al través del tiempo del suceso y de la accion del hecho comprendiéndolo mejor en su escenario propio. Tan es así que hemos presenciado en estos tiempos, una interesante discusión histórica entre dos eminencias literarias, sobre el ataque de los ingleses á Santo Domingo: discusion que se hubiera evitado con el estudio de un miserable croquis, que pudo muy bien haber sido hecho por un sargento.

En este sentido dando á la pintura su verdadero valor histórico y teniendo en cuenta, el servicio que presta el Capitan Lopez á su país y á sus com-

pañeros de armas, merece la consideracion de sus conciudadanos, y el reconocimiento del Gobierno á cuyo frente está un militar que ha sido actor tambien de esos sucesos; y tanto mas deberá ser ese reconocimiento, cuanto que el artista es un soldado quebrantado, combatido há largos años por su mala estrella que se encuentra hoy con una numerosa familia en condiciones estrechas, siendo á la vez el pintor y el inválido de las glorias argentinas.

¡Cuántos años de paciencia y de labor habrá necesitado para completar su obra! pintando con una mano rebelde al arte, á la que tuvo que adiestrar con improbo trabajo. Yo lo he conocido en el duro yunque de su tarea, preòcupado y asaltado sin descanso por la cruel adversidad, sintiendo que la miseria encarnizada golpeaba injustamente su puerta de hombre honrado, cavilando dolores inmensos en las largas noches del insomnio febriciente, y llevando alguna vez á sus cuadros, las negras nubes de su doliente espíritu.

Todo lo venció al fin su inalterable patriotismo, y la gloria de los argentinos que como un astro propicio vino á iluminar su mente atormentada, le dió fuerza y perseverancia para soportar su angustia de soldado. Sus nobles recuerdos convulsionando su alma con emociones santas, apiñados, en

tropel animaron la tela del futuro con los sangrientos colores del pasado.

Pintó entonces, con constante anhelo, encarnizados combates de una contienda inmortal, donde la crepitacion errante de la batalla recorre veloz el espacio con retumbos continuados que anuncian la horrible matanza, despiadada, fria, matemática en diversas figuras geométricas, y resultados previstos: el ángulo, el cuadrado, las paralelas, la curva, como las figuras de un inmenso y movible armazon pirotécnico, dibuja diversas espesas líneas de humo que se mueven, se rompen, se enlazan, avanzan, retroceden, se desordenan, se confunden, se estienden de nuevo cambiando de forma acada momento con una regularidad pasmosa, todo al son desafinado de estallidos horrorosos, de músicas descalabradas, y roncos tambores. Esa escena grandiosa, sin embargo, de ser commovida por esos grandes ruidos que aturden, está recojida en un silencio humano terrible; mas cruel aún que todo eso. Ese silencio se llama, la disciplina: mágico poder despótico que posée un hombre débil, raquítico, de un aspecto físico despreciable, sobre una masa de sus semejantes que son todos séres robustos y armados hasta los dientes. Ese poder misterioso que hace que el soldado con una calma estóica mate ó muera por algo que se llama en lenguaje de la virtud, el cumplimiento del deber, y se destaque como una ame-

naza ó una salvaguardia de la libertad de las naciones; aquel sér único en la existencia humana, que es movido por resortes tan sólidos y fascinadores que avasallan su espíritu de conservacion: producto de un sistema necesario y absoluto, sin igual, cuyos grandiosos efectos forman del hombre libre el héroe esclavo, electrizado por la nerviosa chispa del amor á la pátria; sistema duro, implacable, cruel alguna vez; pero que es la única llave con que se abre el templo de la victoria.

Bosquejó con ánimo reverente, columnas solemnes, silenciosas, recojidas en un sentimiento religioso, rodeando con sus armas relucientes á un fraile soldado, rindiéndolas con dignidad ante el supremo creador; frentes altivas de guerreros endurecidos en la lídia sin descanso, elevando su espíritu en alas de un pensamiento íntimo, incomensurable.

Dió vida y animacion á los alegres campamentos donde entre las crueles privaciones, y la resignacion á la dura tiranía de la disciplina, se hace la vida de hermanos, y se preparan por un solemne juramento á morir por la pátria.

Animó paisajes históricos lujuriantes de vejetacion tropical, irradiados por esa luz sublime que esparce en el ambiente perfumado la vida y el calor.

Prestó las sombras de sus amargas noches al oscurecido bosque desierto, salvaje, enmarañado, entretejido desordenadamente de corpulentos árboles, cuya nudosa y rugosa piel, demuestra siglos de muda existencia, como el testimonio de la fuerza colosal del suelo americano, ostentando monstruosos ingertos que á la penumbra del crepúsculo de la tarde semejan híbridos abortos de infernal misterio, dejando balancear pausadamente gruesas lianas que parecen las rotas cuerdas ennudadas de un árpa eólica, inmensa, en la que aun gime un viento de fuego los entrecortados lamentos de un pueblo esclavo. Selva infinita, donde la imaginacion aturdida divaga incierta, y el corazon frente á esa soledad de árboles, pavorosa, se siente oprimido por un pánico horrible que hiela la sangre que lo impulsa, y solo lo arranca de ese estupor cobarde uno que otro graznido de alguna ave de rapiña, que anuncia con la algazara del festin la ansiada presa del dia, ó el rugido de la vagamunda fiera que previene que ese es su dominio, y que solo espera la hora tenebrosa del acecho para saciar su hambre en la incauta víctima.

Arrojó la luna pálidamente fúlgida balanceándose inquieta, como agitada de temor, en el turbio lago ensangrentado, derramando un barniz color de cera sobre la lívida faz de un cadáver flotante, que parece que se mece á su atraccion, en las silenciosas

aguas del estero, impulsado por la brisa de los muertos, que allá, en las ramas de los árboles de la orilla murmura un acento desconocido.

Destacó de un suelo arenoso, inhospitalario alguna esbelta palmera, dando sombra escasa á una tumba anónima, por fin, consagró los momentos mas íntimos de su vida á una obra noble y patriótica, obra que recien se sabrá apreciar, cuando algun eminente pintor argentino inmortalice nuestros grandes hechos, recogiendo en esta preciosa fuente la base fundamental de sus cuadros; y hoy consolado el bravo inválido esperimenta la satisfaccion de merecer la estimacion de sus compatriotas que acuden solícitos á contemplar su obra.





IV.

Sus telas en cuanto al sentimiento artístico deben calificarse como las de un buen aficionado, representan todas animados episodios de la guerra del Paraguay. Son cuadros históricos que llevan en este sentido su mayor mérito, disimulando este realce sus defectos: siendo tambien de notar el colorido del paisaje, los planos bastante bien graduados. aunque no bien equilibrados: la perspectiva aérea alguna vez es digna de elogio, lo mismo que la composicion bastante bien ordenada, repartida en una multitud de grupos que se mueven en veintinueve telas de ochenta centímetros por treinta.

En esta seccion la pintura militar es la mas difícil. La animacion de multitud de figuras en diferentes posiciones y el conjunto general de esos grupos es árdua. Salvator Rosa, refiriéndose á la Divina Comedia, encomiando el talento del Dante, decia: "Es el primer pintor del mundo porque ha pintado seis mil figuras en diferentes posiciones." Esa es la razon porque son escepcionales los pintores de batallas.

Lopez tiene combates que los ha tratado bastante bien y están ejecutados con el sello criollo que es tan necesario á los cuadros del país.

La batalla del 2 de Mayo es uno de estos: son dos lienzos que reflejan instinto del arte y conocimiento de la táctica de las armas segun se bosquejan sus movimientos en la imaginacion guardando la accion del campo de la lucha.

El primer cuadro representa el ataque de los paraguayos á los orientales, que tuvo lugar el 2 de Mayo de 1866. La escena se vé á lo lejos, y no podrá negar el que haya visto aquel combate á cierta distancia, que no puede ser mayor la verdad histórica llevada al lienzo al través del tiempo. Ese entrevero confuso de la infantería paraguaya con las fuerzas aliadas de la vanguardia, se anima por grados. Pallejas, haciendo prodigios de valor, retrocede palmo á palmo, hecho pedazos: sus orientales sucumben sin descanso. Imposible poder contener aquella irrupcion de bayonetas que se le viene encima, dispersa como un ataque de indios; y al contemplar ese desórden en retroceso, nos trae á la memoria los esfuerzos de nuestros valerosos compañeros de peligros, los orientales y brasileros. Es aquella como una nube de sangre que gira en lontananza: en ciertos momentos, semeja un volcan de llamas que rueda sin

rumbo entre horrorosos estruendos y borbotones de humo.

En el segundo se distingue el choque del 1° de caballería de línea con un regimiento paraguayo uno de los episodios mas gloriosos para los argentinos; es el primer tanteo de las dos bravas caballerias. Esta tela es de mas mérito; hay multitud de caballos en diferentes posiciones que se animan gradualmente y galopan en un paisaje paraguayo, donde no faltan esbeltas palmeras y sombríos esteros.

Colorido, composicion y perspectiva, todo es bastante bueno en él; solo en algunas partes falla el dibujo, pero mirado el cuadro á distancia, no se nota tanto ese defecto.

Yatay y Uruguayana, esas dos grandes victorias estratégicas del generalísimo de la triple alianza, están ejecutados con verdad y solo se nota el defecto de perspectiva y dibujo, como tambien algun amontonamiento en las tropas.

En este campo de batalla los claros son menos espaciosos que los que marca la ordenanza y por consecuencia mucho menos que los que se observan en el campo de batalla; los espacios en los cuerpos han debido calcularse por la estatura de las figuras,

dando siempre mayor claridad que la que la realmente deben tener.

De este mismo defecto adolece la batalla del 24 de Mayo, y una misa al aire libre, sin embargo, que aquí se me puede decir que no hay regla fija porque alguna vez se estrecha, segun convengan, el espacio circulante con el propósito de reducir las distancias; pero reputo de mayor efecto mas separacion en las masas.

Las tropas que se agrupan demasiado, producen mal punto de vista por su misma regularidad geométrica.

Los defectos de la composicion y el colorido son pasables, cuando en el cuadro resalta la perspectiva y el dibujo que son la base esencial de una buena tela. Esto no se adquiere sinó despues de un constante trabajo.

Hay otros cuadros como el número XIII, que representa un campamento paraguayo incendiado; el XVI, un campamento en el Empedrado; XIX, y XXII, Itapirú; el XXIII, campo en el Paso de la Pátria que incuestionablemente tienen su mérito artístico, sobresaliendo en todos el vigoroso colorido del paisaje del teatro de la guerra.

Al felicitar á nuestro antiguo compañero de armas, le rogamos que continúe su tarea, buscando al mismo tiempo en el constante estudio un nuevo impulso al arte que profesa, y le garantimos que si doblega sus facultades artísticas á estudiar el dibujo y la perspectiva, será con el tiempo, nuestro pintor de batallas, que unirá á la verdad histórica y la exactitud técnica, las cualidades que animan las masas, imprimiéndolas el movimiento de la vida.

Cuando á la sangre prodigada por un deber sagrado, se agregan los servicios patrióticos de la inteligencia, la posteridad, aunque modestamente, no podrá menos que señalar un puesto en su teatro sin límites, al inválido artista. [1]

Buenos Aires 1886.

(I) Este artículo publicado en otro tiempo, lo presentamos hoy completamente trasformado



EL CORONEL

MIGUEL MARTINEZ DE HOZ



Coronel
Martinez de Hoz



I.

Velar se debe la vida de tal suerte
Que viva quede en la muerte.

CONTINUAMOS la galería fúnebre de los que quedaron en la guerra del Paraguay.

Hoy le toca el turno á un héroe de la guardia nacional.

Miguel Martinez de Hoz, era alto, esbelto, de arrogante continente militar; largo cabello y negra barba daba realce á su fisonomía pálida, correcta y vigorasa, impregnada alguna vez de tristeza que esparcía una profunda melancolía en ese semblante de músculos de acero: dos grandes ojos negros lo iluminaban con una mirada, que aunque altiva, hacía sospechar una alma sin doblez y revelaba al mismo tiempo su temple de fierro.

Afable, excelente amigo; admirador constante de las bellas acciones; tenáz y honrado en sus procederes; de pasiones vehementes; y violento en ciertas

circunstancias, el rencor era una mancha oscura en esa alma de plata: en cambio le adornaba con simpáticos tintes un culto caballeresco por las damas; nada le mortificaba mas que la maledicencia que hería la reputacion de una señora.

Bravo por temperamento, se arrojaba á los peligros con entusiasmo y jamás se jactó de una hazaña. Su generosidad y bellas condiciones de carácter eran proverbiales: nadie golpeó su puerta en vano: la desgracia tenía allí un amparo desinteresado, guardado con latente empeño en el corazon de un leon.

Nunca fué un militar consumado, le faltaba los conocimientos superiores, no por carencia de aptitudes, sinó por la ausencia de la experiencia que encarna la larga práctica de la guerra; de ésta no conocía sinó el combate: un lidiador de oficio: nacido para la lucha, había endurecido su cuerpo en la vida azarosa del gaucho; y en la política se manifestaba siempre un caudillo prestigioso que atraía á las masas, siendo en la campaña donde sentara su real, amado y temido al mismo tiempo.

Soberbio ginete, sobre su corcel chileno, negro como la noche, parecia un caballero de la edad heróica en medio de las armaduras.

Su noble corazon rindió culto al amor con férreo vasallaje: en esto mismo demostró un carácter, sacudiendo en la hora del deber el yugo violento; sus amargos secretos no se vislumbraron nunca en su vida de soldado, y cualquiera hubiera dicho que el profundo respeto que á toda hora manifestaba por la mujer, era una vanidad pueril.

Imponía aquel hombre, que tenía algo de mas atrayente que los demás: la guerra para él era un placer; y sin temor de equivocarnos diremos que en la carrera que había emprendido, en oportunidad, pudo haber alcanzado la reputacion de un Lavalle.

Cautivaba con su exquisita urbanidad: sus viajes al viejo mundo le dieron ilustracion y esperiencia; el trabajo, perseverancia: el contacto de los hombres, desconfianza; y así tomó la vida tal cual es, sin que una vana ilusion lo avasallara.

Prestaba á sus grandes momentos toda la solemnidad necesaria; se transformaba ese duro carácter, y con impulso misterioso daba nervio á los que le rodeaban, y como consecuencia de la lógica fatal de su vida tuvo la muerte del héroe: la prefirió á entregar las armas.





II.

MIGUEL Martinez de Hoz nació en Buenos Aires el 14 de Marzo de 1832 y pertenecía por su prosapia á una de nuestras mas distinguidas familias.

Hizo sus primeras armas en la batalla de San Gregorio (sobre el Salado) y en este arroyo hubo de ahogarse, á no ser la abnegacion de un paisano que lo salvó.

Vino á Buenos Aires despues de esa derrota, en momentos que se establecía el cerco de esta ciudad por las tropas del General Urquiza en el año de 1852. Primero sirvió en un escuadron de caballería de guardias nacionales, mas al poco tiempo, pasó al 1° de infantería de línea en la clase de subteniente.

Desde el primer momento se distinguió entre sus compañeros de armas por su carácter brioso, tenaz, y desinteresado: el mayor Folgueras solia decir: " Este muchacho tiene el corazon de un leon."

Un dia le fué encomendada una exploracion; le acompañaban algunos tiradores de su compañía: el General Hornos iba á su lado: de pronto se detiene todo nervioso y señalando hácia un cerco que interceptaba el camino, esclama:

General: allí detrás hay infantería enemiga.

Este le replica con malicia: " Si no tiene miedo cárguela."

Yo no tengo miedo...! gritó el subteniente fuera de sí; y arremetió al cerco al frente de sus soldados: el enemigo hizo algunos disparos y huyó.

En la salida del 11 de Julio de 1853, nuestro protagonista mandaba una guerrilla de soldados de su compañia. Comprometida la lucha sériamente, acudió en proteccion del segundo jefe del 1° de línea, el mayor Folgueras, que se encontraba acosado por fuerzas superiores. Un momento despues caia muerto ese bravo oficial, y por disputarse su cadáver se empeñaba un rudo combate.

La pelea fué violenta por ambas partes: desde el primer momento, Martinez fué herido y así, continuó hasta que fué rechazado el enemigo, y rescatado el cadáver del infortunado Folgueras.

Por este hecho y otros fué ascendido á capitan, y la brillante reputacion del jóven oficial quedó sólidamente sentada.

Concluido el sitio pidió su baja para atender á sus intereses abandonados hacía tiempo.

Cuando la invasion, que concluyó con la batalla del Tala, Martinez marchó á campaña; pero llegó poco despues de esta accion.

Le vemos enseguida en el año 59 de comandante militar de la Lobería. La fuerza de este partido se sublevó al tener conocimiento de la jornada de Cepeda. En este hecho es donde demostró el mas grande coraje y serenidad de espíritu. Un gaucho con el intento de asesinarlo le disparó un trabucazo sobre la cara rompiéndole dos dientes; y el regimiento se dispersó; pero Martinez, apesar de su herida pudo reunir algunos milicianos y perseguir á los sublevados: tomó á los principales cabecillas y ejecutó en ellos un ejemplar castigo.

Mas tarde le encontramos durante la campaña de Pavon como jefe de frontera, en cuyo carácter tuvo algunos encuentros con los indios.





III.

AL iniciarse la campaña del Paraguay fué de los primeros que rodearon al General Mitre, de quien era amigo, y marchó con él al campamento de Concordia donde entonces se organizaba el ejército aliado. En esta época ascendió á coronel de milicias.

Asistió á las operaciones que tuvieron lugar hasta el arribo del ejército al Paso de la Pátria. Enseguida le vemos mandando en el combate del 31 de Enero de 1866 á la 3ª Brigada de la 2ª Division Buenos Aires, organizada con los batallones 2° y 3° de Guardia Nacional de campaña.

En este combate, en que solo se ostenta con magnificencia la bravura del soldado y la mala direccion de la operacion; la comportacion de Martinez fué brillante bajo el punto de vista del valor y de la abnegacion.

Una imprudencia malogró desde el principio el brillante éxito de la jornada; y dió lugar á que el

enemigo burlara la trampa que se le extendia, y se retirase rápidamente en órden esquivando el ataque de los argentinos; causándoles al mismo tiempo sentidas bajas.

En este ataque los bravos guardias nacionales se encontraron con mil dificultades que salvar; la mas sensible fué el profundo arroyo Pehuajó que tuvieron que pasar bajo el fuego enemigo. Allí Martinez, combatiendo al frente de su brigada recibió el primer balazo en un hombro, y continuó alentando á sus soldados, ostentando gala de su gallarda presencia de ánimo.

Pasado el arroyo Pehuajó, y organizados los preparativos del asalto final, recibió órden de desalojar á la bayoneta á una fuerza paraguaya parapetada detras de un corral, clavado próximo á la costa del rio Paraná. Vivando á la Pátria y chorreando sangre de su herida, se puso á la cabeza de sus valientes gauchos con aquel donaire que le distinguia siempre en el campo de batalla.

Los paraguayos no pudieron resistir y fueron arrollados hasta la costa del rio. Un grupo que allí estaba levantó las culatas de los fusiles en señal de rendicion, con el propósito de evitar el fuego de los argentinos. Martinez dominado por

la compasion hace cesar la mosquetería, y en recompensa de tan bella accion recibe una descarga del falaz enemigo: una bala le perfora el pecho; cae mortalmante herido sobre su caballo; este segundo golpe lo postra físicamente, pero su entereza inquebrantable se manifiesta con mas vigor; el dolor de la herida mortal no le avasalla, quiere quedar allí en ese estado lamentable; pero sus compañeros de armas lo salvan.

A consecuencia de esta herida que presentaba los mas siniestros síntomas, fué remitido á Corrientes el brioso coronel, donde soportó impaciente y fastidiado una penosa curacion. Su robustez y su energia lo salvaron.

Fué esta la causa que le impidió asistir á los combates y operaciones que tuvieron lugar antes del 20 de Mayo de 1866.

No bien restablecido aun de sus heridas se incorporó de nuevo al ejército y fué actor en la marcha ofensiva sobre Tuyutí, ejecutada en la fecha arriba citada.

A continuacion le vemos tomar parte con distincion marcada en la batalla de 24 de Mayo del mismo año, y aquí tambien su espíritu humanitario hubo de costarle bien caro. Entre un palmar distinguió

un soldado enemigo que se retiraba con sus armas, corrio á él negligentemente con el ánimo de tomarlo: el paraguayo se detuvo sin demostrar intenciones hostiles; dejó tranquilamente aproximar al descuidado coronel, y cuando lo tuvo próximo, le apuntó con la carabina; Martinez lo acometió violentamente con el caballo desviando el arma, descargándole al mismo tiempo un rudo golpe de plano con el sable toledano que usaba: éste saltó en dos pedazos. Entonces el paraguayo viéndole desarmado, desenvainó el sable y le arremetió violento; en momentos que pugnaba por sacar su revólver.

Esta escena, desde el principio había sido vista por el mayor Levalle, [1] de manera que cuando el paraguayo se lanzaba sobre Martinez, arribaba aquel oportunamente con un sargento y un soldado y daban muerte al audaz adversario.

Ante esta accion que cualquiera otro la hubiera agradecido, se presentó colérico el coronel Martinez, y con acento duro increpó á Levalle así:

" Le ruego que no me ande con lástimas porque le voy á perder el cariño que le profeso."

(I) Hoy general de division y gefe de E. M. G., una de las figuras mas espectables del ejército argentino, de él tomamos este dato.

He ahí al hombre retratado: confía todo al esfuerzo de su brazo, no necesita auxilio de nadie; prefiere sucumbir antes de compartir la hazaña: se basta él solo. Este noble tipo no había nacido para estos tiempos.

Indomable el sufrimiento que lo acosaba, le obligó otra vez á abandonar el campamento y es por esta causa que no le vemos figurar en el combate del 16 de Julio de 1866, donde tomó parte su brigada, ni mas tarde por esta misma causa en el asalto de Curupaytí.

Apenas reponiéndonos de tan rudo contraste, que una rebelion interior nos presenta ante nuestros aliados como un pueblo sin patriotismo, levantando una bandera impudente. El 9 de Noviembre de 1866 estalla una revolucion en Mendoza que asume grandes proporciones. Para sofocarla se hace necesario distraer fuerzas del Paraguay, y entre éstas, marcha la brigada de Martinez. En el viaje revienta una caldera del vapor "Marqués de Caxías," donde venia embarcado el 2° de la 3ª brigada y ocasiona treinta y tantos heridos y muertos, Martinez que idolatraba á sus soldados nunca pudo conformarse con esta pérdida.

Hizo la campaña hasta Mendoza y no asistió á la jornada de San Ignacio por haberse anticipado el General Arredondo á dar esta batalla.

En esta campaña tuvo el mando superior de una division; y la memoria de su comportacion caballeresca y humana quedó como un recuerdo grato en los pueblos donde sentó su real.

Aplastada la rebelion por las tropas nacionales, volvieron éstas en seguida al campo de Tuyutí.

Mientras tanto, aquí había sucedido una larga inaccion que concluyó con el movimiento envolvente sobre la izquierda de la línea paraguaya.





IV.

Estrechado el cerco de Humaytá por el abandono que hizo el enemigo de sus dos primeras lineas, fué necesario cerrar el bloqueo ocupando un punto en el Chaco frente á este campo atrincherado, que era la única línea de retirada de la guarnicion sitiada.

Con este objeto se embarcó en Curupaytí, el 30 de Abril de 1868, á las 9 de la noche, un cuerpo de tropas argentinas á las órdenes del General Rivas, llevando por jefe del estado Mayor al Coronel Martinez que ya había recibido sus despachos de coronel de la Nacion, y el nombramiento de jefe del batallon 5° de línea.

La columna del General Rivas desembarcó en el Chaco algo mas al norte del Riacho de oro, el 1° de Mayo á las cuatro de la mañana; y en combinacion con las fuerzas brasileras que habian ejecutado igual operacion el mismo dia en un punto intermedio entre el Timbó y Humaitá; estableció

su comunicacion, formando mas tarde un campamento aliado en un paraje denominado Anday.

Mientras que esto sucedía, el enemigo para sostener la retirada de la guarnicion de Humaytá construia un gran reducto en el Timbó y otros sobre el arroyo Guaycurú; cuya custodia estaba á las órdenes del General Caballero, y mas al sud de esta posicion en la orilla del rio Paraguay, donde habían desembarcado los brasileros, enviaba una fuerza con el intento de utilizar las fortificaciones que nuestros aliados levantaron provisoriamente en el momento del desembarque, y queabandonaron en seguida al ejecutar su juncion conlos argentinos.

Desde el primer momento el general Rivas comprendió la importancia de una batería enemiga en ese lugar, que combinando sus fuegos con los de Humaytá nos causaría horrible daño. Entonces fué que ordenó al coronel Martinez que el 8 de Mayo, despues de la descubierta atacase y destruyese las obras que con insolencia inaudita construia allí el adversario.

Al efecto, marchó con los batallones 1° de línea argentino, 7° brasilero, y dos compañías del 14 del mismo ejército.

Mientras que esta fuerza avanzaba abriendo una picada por la costa del rio, el 16 brasilero se esta-

bleció de observacion sobre la izquierda en un punto intermedio entre la fortificacion y el campamento de Anday. A las ocho de la mañana caía por sorpresa aquella fuerza sobre el adversario, y avanzándolo á la bayoneta le infligía una completa derrota, y conquistaba sin gran esfuerzo la posicion con algun armamento, instrumentos de zapa, y prisioneros.

Estando nuestras tropas ocupadas en la demolicion de los parapetos, arremetieron los paraguayos, á su vez: rechazados; volvieron con mas tenacidad sin conseguir su objeto, abandonando en su retirada armas, muertos, y heridos.

Brillante fué la comportacion de Martinez en este combate, donde demostró serenidad en el mando y apropiadas disposiciones en la ejecucion de la operacion, siendo al mismo tiempo secundado gallardamente por las fuerzas brasileras que tuvieron la mayor faena.

Algun tiempo despues, algo mas al norte de este paraje, frente á la isla de Guaycurú, el General Caballero hizo construir un reducto artillado por dos piezas de calibre que denominó Reducto Corá.

El 18 de Julio de 1868 ordenó el General Rivas al coronel Martinez, que ejecutase un reconoci-

miento sobre ese lugar, debiendo ocupar el grueso de su fuerza un punto sobre la costa, paralelo á uno de los puentes que están situados á la izquierda sobre el riacho ó estero de Acaguazú, y solo avanzar la guerrilla algun espacio mas en el reconocimiento que se dirigía hácia el Reducto.

Martinez llevaba el batallon Rioja y el 3º y 8º brasilero y una guerrilla de 40 hombres compuesta de soldados de varios cuerpos. Esta fuerza iba organizada en dos columnas paralelas: los argentinos por el camino de la costa del rio, y los brasileros por la izquierda en lo interior del monte. Los argentinos llegaron á la altura del puente y arrollaron al enemigo que allí se encontraba, causándole una dispersion total, y enardecidos por esta fácil victoria que no era otra cosa sinó una trampa disimulada, continuaron la persecucion. Mientras tanto Martinez y Campos, al ruido de las detonaciones avanzaron hasta la guerrilla, que era la que habia tomado parte en esa escaramuza. El Rioja quedó á inmediaciones del puente sin jefe; los batallones brasileros muy á retaguardia sobre el flanco izquierdo; el todo sin direccion.

En este avance desordenado por un estrecho camino llegaron á cierta distancia del reducto, sin preocuparse de guardar la encrucijada del camino

que seguian, que quedaba á retaguardia. Parece que Martinez descubrió á su frente numerosas fuerzas, y envió hacia el General Rivas á su ayudante Fábrega, montado en su propio caballo, haciéndole ver su situacion y pidiéndole refuerzos, ordenando á Campos al mismo tiempo, que hiciese avanzar la compañía de granaderos del Rioja: Ya era tarde. Repentinamente cuando menos lo esperaba, fué arremetida la guerrilla por la retaguardia, flancos y el frente. Ante este ataque no previsto, el pánico cundió en las filas con tal ímpetu que nuestras tropas fueron convulsionadas completamente, y el infortunado coronel cortado en un grupo. Campos vino hácia su cuerpo, tomó la bandera, y la arrojó al agua, regresando en seguida á encontrar al enemigo.

Martinez entretanto, desmóntado y herido trató de vender cara su vida. El General Caballero empleó todos los esfuerzos imaginables para que se rindiera: deseaba tomarlo vivo porque aquella alma heróica habia despertado en él una secreta simpatía: la misteriosa atraccion de los bravos. Todo fué en vano; vencer ó la muerte era la divisa del Bayardo Argentino: cayó al fin exánime á los multiplicados golpes, ese carácter: [1] no podía mo-

---

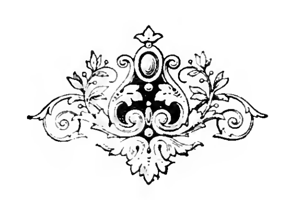
(1) Relacion del General Caballero. Declaracion de dos soldados prisioneres argentinos, rescatados por el Comandante Coronado en bicuí el año 1869.

rir de otra manera ese hombre sin miedo, que hacía gala del mayor desprecio por la vida ¡Él! á quien todo le sonreia, fortuna, brillante posicion social, carrera distinguida y un cariño entrañable y puro.... ¡Ah! mas aquella abnegacion grandiosa, aquel patriotismo rudo y ardiente domeñó su espíritu, y lo impulsó violento al sangriento desenlace.

Gaspar Campos fué aherrojado cuando volvia á compartir la suerte de Martinez: sus tormentos los hemos narrado en otro lugar: sucumbió sin humillarse para honor de sus compañeros de armas [1] El uno tuvo el valor del leon para caer en esplendente escena: el otro la resignacion del mártir, para vivir en la horrible tortura sin desmayar. Eran dos grandes amigos: dos corazones intrépidos y abnegados; ellos solos salvaron la honra de la derrota en esa sombría jornada, y es por eso que su noble sacrificio será inolvidable, eterno, en los brillantes fastos de nuestra historia.

---

(1) Por órden de Lopez fué várias veces puesto en cepo colombiano, por negarse á declarar cosas que afectabanla dignidad del ejército.



EL FOGON

(Escena de la vida de campamento)



I.

Las penitas que se cantan
Son los pesares mas grandes
Porque se cantan llorando
Y las lágrimas no salen.

DEL mismo modo que el metal en fusion al enfriarse toma las formas del caprichoso molde, muchas veces el sentimiento adaptándose á las circunstancias, se espande ó se agita violento á impulsos de un soplo estraño. La época en que se vive es el reflejo de las diversas situaciones; su influencia magnética domina al fin, toma variadas formas, segun las vicisitudes que nos sorprende en la azarosa existencia; entónces tal vez rodeado por la melancolía del campo de batalla, se identifica con aquel silencio de cementerio que deja oir bien distintamente el golpear repetido de un corazon conmovido. ¡Triste reloj de los presentimientos! que espuesto á los vaivenes de la vida, vá marcando lentamente las malas horas, como la víctima espiatoria que cuenta minuto por minuto el tiempo que le falta para el sacrificio.

A pesar de la alegria atolondrada y bullanguera del soldado, que se trasluce esteriormente en ciertos momentos, late suspirando en su rudo pecho la nostalgia íntima del hogar; esa enfermedad tan triste del alma que paraliza una á una las fibras mas robustas: Recóndita á toda mirada profana, á impulso del sufrimiento, cuando en lejanas tierras vive entre la miseria y la esclavitud, se identifica, con su situacion, la que apenas alguna vez se vislumbra entre el bullicio del vivac, y el aturdimiento que pugna por extinguir aquel pesar tranquilo, irradiando en su espíritu como una vision vaporosa, los santos recuerdos de la pátria.

De la pátria se aman hasta las torturas del alma......Ah! si, se bendicen muchas veces los amargos desencantos.

El esfuerzo supremo del carácter militar que apaga los destellos de ese sentimiento continuo; de ese sentimiento producido por las penurias de una vida miserable y la cadena de la obediencia pasiva, dá al soldado esa dureza insensible que hace mirar como un rasgo de debilidad la conmiseracion, la piedad, las lágrimas que se derraman, aun, por una muerte heróica. Es necesario estar firme, tieso, inexorable, como petrificado ante las supremas angustias. Ha caido un camarada: que otro lo reemplace; nada más: lacónica y amarga es la oracion fúnebre: es lo bastan-

te; no hay que perder tiempo en lamentaciones inútiles.

En aquella frase breve, dura, helada, y concisa, está la virtud ignorada; tras de esa afectacion repugnante, el corazon sangra: la sensibilidad esquisita que vé en la desgracia agena, su propia desventura, se desarrolla sorda, íntima, oculta á la mirada, cual si temiera á luz del dia robar al valor, y á la entereza un destello de su aureola. Sinembargo aquella barbarie impacible es una máscara; el soldado tiene el corazon de un niño, sensible, compasivo, generoso y abnegado, todo lo sacrifica á todo, todo lo sufre: héroe ignorado casi siempre, cuando mas aspira, busca el reconocimiento de sus conciudadanos, ó el aplauso de la fama; sabiendo de antemano, que la negra ingratitud será el único galardon de sus proezas; única recompensa para una vida de felicidad sacrificada en el infortunio á la pátria, quenohabrá reconocimiento por mas grande que sea, que pueda devolver sanos y vigorosos sus miembros mutilados, esos miembros carcomidos que le dan un aspecto que rechaza, que hacen que se arrastre como un leproso infectando con el hedor de las viejas heridas abiertas; inspirando horror y asco los destrozos de su cuerpo que alejan la compasion por la repugnancia que inspiran: él; aquel bizarro soldado en la batalla; aquel jóven hermoso

de esbeltas y robustas formas á quien sonreia un porvenir dichoso en su tranquilo hogar.

Tiene razon Alfredo de Vigny cuando dice:

" No conozco nada mas grande que el corazon del soldado. "





II.

Generalmente despues de la retreta, los soldados rodean los fogones, especie de club donde rinden homenaje á las necesidades de su mísera existencia. Aquel grupo de negras sombras de cuyo centro, como un fuego fátuo irradia un resplandor raquítico, es el remedo sarcástico de la confortable chimerea, en cuyo abrigo no se piensa en el penar supremo.

Entretenidos en una conversacion animada y silenciosa, pasan allí el tiempo de respiro que les deja la ley militar: fuman muy conformes su mal cigarro: cuando la fortuna les sonrie, empinan la *limeta*, haciendo gorgoritos en sus gargantas de salamandra: el jarro de lata inscrustado de oscuras abolladuras con su torcida bombilla del mismo metal, repleto de una yerba antagónica al paladar, vá y viene sin cesar, incansable, sempiterno; especie de tonel de Danao que no es un tormento mitológico, sinó una necesidad rural.

Aquel mate que se absorbe inconsciente embebido uno en los espirales de la llama macilenta del fogon, es algo misterioso, que como el humo del cigarro hace filosofia interna.

El mate corre de mano en mano: la conversacion continúa, ya sostenida por un pueblero, especie de rapsoda de mamarrachos, que con una locuacidad de charlatan sempiterno, narra un cuento de un rey que tenia siete hijas y de un encantador fantástico que transformó á un gigante en potrillo, ó por uno de esos paisanos carne de metralla, que refiere en hablar mesurado y altivo sus antiguas aventuras, que surgen pavorosas del desierto y de la sombra.

En ese caso es un poema heróico; pero sin brillo que de cuando en cuando hace oir el rugido del tigre en el pajonal.

Aquellos rasgos de valor estupendo en que se juega la vida con el mas pródigo desprecio, son narrados en ese estilo monótono y perspicaz, que es peculiar al hombre de nuestros campos: esa serenidad admira; porque es sincera, é interesa el estilo original de la narracion, salpicado con hipérboles de la vida práctica de los campos.

Lo que ellos llaman una desgracia, por lo general, estienden su velo sombrío sobre ese percance: el

homicidio legal ha sido ejecutado con mano maestra, no á vil traicion: en un duelo de bravos no matan los cobardes: enseguida, en el primer momento la partida fué burlada, y si el parejero se aplastó al fin el pobrecito, el brazo hercúleo dirigido por un corazón esforzado dió cuenta de ella. En ese drama alguna vez, suele figurar una mujer, protagonista de absoluta necesidad, con sus encantos, con sus tristezas, con su abnegacion tenaz; abarca, absorbe, ilumina aquella aventura númida: si fué desleal, hay un charco de sangre de por medio, si consecuente personifica una felicidad lejana, un recuerdo santo persistente que se vislumbra á toda hora entre el humo del cañon.

Mientras que el narrador habla, todos escuchan con atencion marcada. El sonido de la guitarra que se afina, viene á interrumpir de cuando en cuando ese silencio de secretos que se recuerdan, ese silencio panorámico del alma, que dá vida y color á las imágenes distantes.

El instrumento del bardo argentino ha tañido en melancólico tono; á su presion eléctrica cuando es agitado por los cantos de la pampa, se sienten conmovidos estos guerreros. Esos hombres de fierro que han desafiado la muerte en los combates ó en sus peligrosas aventuras, se estremecen como la espadaña de la cañada al sentir el soplo

de la pátria: tienen razon; aquellos écos nacionales son mas tristes que el bronce de los muertos: lejos del hogar, es el ay! íntimo de una amargura que largo tiempo comprimida, se desborda voraz, y como el torrente, rompe la valla qne la oprime y todo lo inunda: si, lo inunda con la pena.





III.

VEAMOS mas de cerca, el hogar del soldado. Algunos trozos de leña sudando resina, chisporrotean sobre una capa espesa de ceniza, arrojando una llama pálida que oscilante lame á intérvalos una pava ennegrecida por el largo tiempo de servicio; está resongando sola, suspendida en el cubo de una vieja bayoneta paraguaya, torcida, probablemente por un balazo.

Algunos soldados rodean el fogon en actitud de mómias peruanas, inclinados hácia adelante, fija la mirada entristecida y soñolienta en la inquieta llama que refleja un rojo vacilante en esos rostros viriles, de un vigor tan pronunciado, que hacen sospechar á Marte enardecido.

La tertulia está completa; diversos tipos abrillantan aquella hermosa escena; uno medio vejancon, de mirada encapotada, nariz aguileña sableada de arriba á abajo, bigote punzante, especie de lobo de tierra, está sentado sobre un tronco de palma, y

6

perezosamente arma un cigarro con la distraccion de un hombre que piensa en otra cosa; á otro algo grueso, de tipo bonachon con aires estrafalarios de estanciero rico, le sirve de lujoso asiento una cabeza de vaca, é inclinado hácia el suelo, maquinalmente dibuja con el dedo grasiento la marca de los animalitos que tuvo. ¡Pobre! Se le murieron en la epidemia de la ausencia: otro revestido de fuertes nervios con una mirada serena y penetrante, calmoso y grave en el hablar, está acomodado sobre un proyectil enemigo, y con el énfasis de un lenguaráz indio, narra un razgo de su vida, un episodio de puñaladas, y al hacer la pintura del lance, se echa el kepí á la nuca; quiebra el cuerpo, se encoje cargando el abdómen sobre la pierna derecha, se hace culebra, revuelve la mano hácia abajo, amaga con astucia, lanzando la mirada al punto donde no vá á herir, y derrepente estiende rápido y feroz el brazo hercúleo contraido por el esfuerzo, dirigido con ese impulso muscular que atraviesa las entrañas, y ejecuta el movimiento homicida con la destreza del hombre acostumbrado á esos lances.

A medida que habla se anima, y en esa elocuencia sin arte y sencilla, se siente el coraje, se siente la herida, la sangre que chorrea de ese duelo sin piedad, y por fin la muerte de los bravos con el brazo airado hasta el último suspiro.

En esos duelos argentinos nadie retrocede; pié á pié se sacuden de lo lindo.

Esa esgrima sin saltos, sin piruetas, sin actas, sin fanfarronada, sin el *chantage* de la cobardía, es positiva, es mortal, salvaje y heróica al mismo tiempo: es la lucha de dos leones embravecidos que se despedazan con furor, para morir sin sentir la vida, sin degradar la magestad del valor que Dios lo puso en el corazon del hombre como una pira que alimenta las mas grandes acciones.

El que ceba el mate tiene cara de recluta; porque las situaciones militares dan aspectos altivos ó humildes, segun la gerarquía, segun el hombre; jóven macizo, de cara cándida, mofletuda, y sin lavar, salpicada de ceniza por las sopladas del fuego: destacando de relieve en su rojiza tez dos grandes ojos negros , medios cubiertos de sueño, el bozo apenas naciente está ribeteado de sudor, la nariz encorvada hácia arriba le dá un aspecto infantil de muchacho grande inocente, está en cuclillas; los calzoncillos se traslucen por el pantalon agureado en las rodillas, que aprisiona con crueldad unas piernas de atleta; su camisa entreabierta deja ver un escapulario ennegrecido con el frote de su pecho ciclópeo: amuleto sagrado que su anciana madre puso en su cuello al abrazarlo llorando en la triste despedida. Atento, con una mirada de pensa-

mientos lejanos espía el murmullo de la pava, con el mate en una mano y una galleta ataraceada en la otra.

El guitarrero es un moceton taimado, de kepí sobre los ojos, aro en la oreja y barbijo cribado en la nuca; orgulloso con su *ciencia* deja vagar un tinte de vanidad sobre su enérgica faz; su bello continente hace sospechar que allá en su pago fuera trampa de mujeres: en su vestir se trasluce cierta coquetería que aun en los campamentos se encuentra: su chaquetilla entreabierta deja ver una vieja camisa bordada, donde campea un corazon traspasado por una flecha, una ancla y un cupido sin nariz: no todas las bordadoras saben dibujar: la fina voluntad vale el obsequio. Está cruzado de piernas sobre un poncho pampa: tiene la guitarra en actitud de espera, las clavijas se confunden en una cabellera de cintas de todos colores; descoloridas como los desencantos: son recuerdos de amor:... (A que recordar, ... esa prenda que era hembra entre las hembras: su faz rolliza sonrosada por la luz amortiguada de un sol naciente de una mañanita de estío, tomaba el aspecto de ligero enojo: arremangada la pollera desataba renegando los terneros del palenque del tambo. A qué recordar, aquellas entrevistas hipócritas que en la tarde desfalleciente, tenian lugar por el fondo del potrero de la quinta, cuando ella iba á recojer los choclos

para el puchero de la cena......y despues la pobrecita que bien hacía su papel de santa. ¡Quien la viera! volver á las casas con el aire de inocente que le había prestado el diablo. Pensar en ella dá ganas de desertar) solo que le pidan canta; él no canta sin pedido; no es barratillo de nadie y su fama no la ha conquistado en *Peringundines*.

El cebador de mate atiza de cuando en cuando el fuego, y lo alimenta con charamusca que tiene á la mano, continuando impasible en la tarea que voluntariamente se ha impuesto, de alargar, pasar, y recibir el mate, cuidando al mismo tiempo que no se haga agua. Entretanto el guitarrero parece que medita: su atezada tez vá tomando un tinte de melancolía muy pronunciada, y la chispeante luz de sus ojos brilla en un relámpago escapado de su alma: la elucubracion de sus recuerdos se agita en su profundo recogimiento. Al verlo en esta actitud interesante, uno de los soldados que hasta ese momento ha pasado desapercibido, porque está echado de bruces y solo asoma con sorna, como un sátiro picaresco, su cerduda cabeza en esa rueda de piernas que circunda la llama bienhechora: tipo indiano muy pronunciado, de pómulos salientes, acribillado de viruela, especie de *bañao* en tiempo de seca: vividor de buena ley: haragan ya por demas: como hombre de campo, rumbiador de dia: como domador, solo monta redomones *galopaos*;

fandanguero sin descanso de chotis con soltada: [1] pegador logrero: astuto, sarcástico y siempre dispuesto al chupe y al orejeo: aprovechador de los entusiasmos agenos para abarajarse los cimarrones, é imantar los cigarros de los camaradas, este milico, decia, al fin esclama con aire zumbon, sacando la daga para escarbarse los dientes:

Cantá silguero que aurita no más tocan al duerme

Las cuerdas vibran, y una armonía ingénua se exhala de las entrañas de la guitarra, nueva arpa eólica que la brisa del pesar le arranca un lamento, gemido salvaje, vibrante de una emocion desconocida. La actitud del cantor y el tono de su instrumento se identifican: un ay! prolongado se desprende de su garganta y se pierde lentamente en el espacio; especie de grito de desesperacion suavizado por la armonía: en ese canto no hay arte; pero hay angustia, es el éco de la desventura que por la primera vez conmovió las selvas con su clamor, es salvaje y tierno al mismo tiempo; ata las fibras del corazon en las cuerdas de la guitarra, y lo sacude sin compasion, y allí preso en la armonía palpita á compás; canta un amor desgraciado en su desdicha infinita, el recuerdo punzante de la mujer querida se agiganta en su imaginacion de fuego, y

---

(I) Baile híbrido del campo, un compuesto de Schottisch y Jota.

á medida que pasan ante sus ojos las ilusiones perdidas, su inspiracion aumenta y su mímica exterior se perfecciona movida por el calor de su alma. La luz de su mirada altiva ha languidecido, irradia una espresion de pena que vaga en su tostada faz medio cobriza por la luz del fogon.

El silencio imponente que absorbe su canto le dá alientos; ni un vago rumor; todo ha enmudecido en su contorno; y cuando vá á cantar la endecha que mas le duele, que encierra con mas sentimiento su eterno afan, un sonido importuno interrumpe su armónica meditacion; la corneta en un alarido prolongado anuncia el silencio: Aquel toque acompañado por los aullidos de los perros del campamento es mas conmovedor que el silencio lúgubre de los muertos. Apenas concluida la última nota, una voz brusca, ronca, voz de batalla, voz de sargento, grita con imperio:

¡Apaguen ese fogon!

Como por encanto se oye un murmullo seco y una nube de humo se eleva del hogar; cráter del sentimiento extinguido por la ley militar.

Ese miserable fogon, apagado con los restos del agua de la pava, hace un momento era un volcan donde errumpian las pasiones mas profundas: don-



de se movian con un sacudimiento convulso santos recuerdos tan lejanos, y agitarse sentian como un sueño de hadas las delicias del hogar, la vida vagamunda de los campos, sin cadenas, sin señor, libre, sin ley magestuosa.

Todos se levantan en silencio; aquellas sombras se deslizan como fantasmas, en la negra noche de su infortunio. Se sienten esclavos, aguijoneados entonces por el deseo de desertar.

El cantor destempla la guitarra sin decir una palabra, sin refunfuñar un arranque, sin prorumpir en una maldicion contra quien le quita la libertad de sus pesares, se dirige á su duro lecho siempre taimado, sin derramar una lágrima sobre la tumba de sus recuerdos, talvez á ahogar su muda desesperacion en el alcohol.

Y aun despues del canto, aquellos que le han escuchado sienten la repercusion del último éco en el abismo de su pecho, entonces es que se créen desgraciados! infelices! han oido cantar la pátria. . .

. . . . ¡Ah, la pátria está distante!





IV.

El arte puede interpretar á medias los sentimientos y las pasiones tempestuosas de la vida, pero ese quejido que errumpe del corazon bajo el peso de una inmensa afliccion, verdadero acento de una pasion infausta, aunque sea rudo y agreste como el canto de ciertos pájaros en el desierto, no tiene parangon en nuestra sociedad civilizada; porque ésta vive libre, y no arrastra el hierro maldito del gaucho de nuestros campos.

Este es el canto de la pampa, su orígen es indígena, nació de un pueblo esclavo que lloraba su cadena en una noche de amor; el gitano andaluz le prestó la guitarra y aquella combinacion sentimental ha sido trasmitida de generacion en generacion hasta el hogar del soldado.

Estos lamentos del desierto son completamente originales, no han sido robados á ninguna comarca de la tierra, son patrimonio del gaucho amante, tierno homenaje que rinde á la mujer querida en su

delirio salvaje, á la libertad de su pátria, ó á una cruz escondida en el pajonal de la llanura, y solo conocemos su grandeza y su patriotismo cuando en tierra extranjera escuchamos su tono lastimero.





V.

AQUEL grupo oscuro é ignorado que absorbe toda mi atencion me ha conmovido.

Representa al pueblo heróico, á esos bravos soldados tan bizarros: á ellos que se les debe la grandeza de la nacion argentina! Infelices! Lo ignoran, no saben sinó soportar con constancia los punzantes momentos de la vida, y entregar su existencia á la abnegacion y al sacrificio: para qué más?

A ellos que nos han dado independencia y un renombre histórico proclamado en la alta cima de los Andes, como para que el mundo lo oiga bien, glorias en guerras estrangeras donde hicieron flamear ileso el pabellon confiado á su custodia. A ellos que han demarcado fronteras, fundando todos las pueblos argentinos en el sangriento y cruel avance hácia el desierto, que han garantido la paz del progreso sosteniendo un futuro de grandeza desconocida en Sud América, que han vivido eternamente condenados á una muerte segura, ya

en los hielos de la montaña ó en las fiebres de los trópicos; y sinembargo estos hombres que son todo, nunca han pedido nada á la nacion y ésta nada les ha dado..... ni aun una columna de piedra que muestre al mundo su propia gloria. (1)

En sus rostros tostados por el sol de las batallas y miserias hay algo que infunde respeto; en esa mirada altiva y noble se vé brillar el fuego sagrado del valor militar que no cede la derecha á nadie y no reconoce mas cadena que el juramento á la bandera, ni mas poder que el de Dios á quien solo rinden sus armas.

Aun no se ha escrito la historia íntima del soldado argentino, porque nunca nos hemos elevado á su grandeza. Somos tan pequeños y tan vanos que descuidamos esa página brillante que ha de dar estímulo á las generaciones venideras.

El bullicio del campamento hace olvidar las privaciones: el cansancio de la marcha convida al sueño; el entusiasmo de la batalla borra la sangre derramada: pero cuando se contempla con pavor que el cólera

(I) Al contrario. algunos años despues de escrito este articulo, se ha demolido el arco de triunfo del antiguo fuerte, especie de horca caudina por donde pasó cabizbajo y abatido el bravo general inglés de la conquista, y ese regimiento afamado que hasta hoy no tiene bandera: está prisionera entre las glorias argentinas.

despedaza un ejército en el corto radio de un terreno insalubre, al rayo de un sol canicular, sin los auxilios de la ciencia, que se apercibe caer las víctimas como fulminadas por un poder invisible, que no bien se apaga el último gemido de la muerte que ya dá comienzo al primero de una nueva agonía; cuando se contempla con horror que se entierran los muertos sin descanso, de un dia, dos dias, de semanas, meses, y que los que sobreviven pugnan valientes en esta batalla de la tumba, sin desmayar un solo momento, ostentando las mas grandes virtudes militares, y sangrando al mismo tiempo gota á gota el dolor de sus tristezas; entonces yo digo, yo que he visto todo eso, que he soportado aquellos momentos indescriptibles al lado de mis compañeros de armas.

¡No conozco nada mas grande que el corazon del soldado!





VI.

CUÁNTAS veces en una de esas noches de invierno del año pasado, despues de un dia de fatigosa marcha por entre esteros de deletéreas miasmas, sentia el chucho del alma y el del cuerpo, y aterido de frio me refugiaba al calor bienhechor del hogar del soldado, cuya llama iluminaba mi corazon con la luz del recuerdo; todo allí tenia su lenguaje mudo y la naturaleza animada por la imaginacion, vivia en una atmósfera triste, y fija la pupila en los volubles espirales de la llama, veia brotar como una hermosa vision de primavera mis buenos tiempos, ó cual una negra tempestad del alma mi angustia escondida; y por inspiracion divina en ese círculo de fuego se revelaba la pátria: revivia inopinadamente en la fantasía mas bizarra de mi imaginacion calenturienta; vislumbraba en formas correctas su hermoso panorama, el sol, el bosque, la llanura, el rio, teniendo por fondo artístico el azul de su bandera; oia el tierno trino de los pajarillos en la vecina arboleda, y mis ojos traspasando la bruma de la distancia devoraban ansiosos el campanario

de la aldea: el ángelus de la tarde, melancólico suspiro de los que han muerto, golpeaba las puertas de mi alma entristecida, y dominando este torbellino de recuerdos tan tenaces, como algo mas grande que todo, se elevaba rozando la lumbre del soldado la sombra querida, consoladora, evocada por mi tedío.

Entonces me sentia maniatado por ese lazo poderoso que encadena el hombre al suelo de su cuna, se me oprimia con crueldad el corazon, en ese momento empezaba á reflexionar sobre mi abrumante situacion, sentíame cansado de una campaña interminable, sin resultados prácticos para mi porvenir; las glorias y los honores otros se los llevaban, sospechaba con amargura que no habria recompensas por grandes que fueran los sacrificios, y el olvido y la ingratitud se me presentaban con su repugnante faz: despues me encaraba conmigo mismo, y me decia con aire epicúreo, con qué necesidad soportaba tanta penuria, y tanto fastidio; en ese momento el detestable esplin llegaba á su colmo: deseaba abandonar el ejército: olvidaba insensato que estabamos en una situacion difícil, separados del ejército brasilero, esperando de un momento á otro un ataque del enemigo, olvidaba todo, porque los recuerdos lentamente me desesperaban; y cuando empezaba á horadar esa punta mi cerebro, veia el honor, la dignidad militar ultrajada, que con una cara

adusta, me señalaba los desertores de la guerra del Paraguay, y á las amarguras que me habian arrojado á la vida abrumante de soldado, y cuanto absorto vivia en esas reflexiones, sentia á la distancia el gemido metálico de la guitarra que lloraba un triste: entonces recrudecia la realidad de mi aburrida existencia, y compartia con el lamento lejano los ensueños de la tierra querida.

En esa lucha iba y venia el pensamiento, atacaba, flanqueaba, envolvia, y al fin en la contienda misteriosa del ser y no ser los sentidos perdiendo iban la nocion de la vida; todo en revuelta confusion poco á poco cedia á la fatiga, y mi mirada vaga v soñolienta, solo distinguia unos negros tizones que despedian una llama espirante que reflejando en la dura cara de mi asistente sus tintes caprichosos, le daban una espresion de bandido. Este picaba tabaco, mirando de cuando en cuando un churrasco que como una serpiente se retorcia en la ceniza... y lentamente invadia el sopor del cansancio mi anárquica meditacion: un dulce, casi imperceptible estremecimiento recorria mi organismo, el velo del cáos gradualmente descendía su nada sobre mi espíritu, haciendo desaparecer á intérvalos aquella vision íntima que yo solo la sufria, y en seguida, todo, como un rumor que se aleja, iba desvaneciéndose en las tranquilas sombras del sueño; de cuando en cuando cual una oscilacion de un pesar reprimido, abria los

pesados ojos, volvia á cerrarlos, y al fin envuelto en mi poncho, y abrigado por el fuego del fogon me quedaba dormido.

¡Bendito sea el sueño del soldado!

Paso Pocú, 1868.



EL CORONEL

DON MANUEL ROSETI

(Muerto en Curupaytí el 22 de Setiembre de 1866)

A mi distinguido amigo el Dr. Don Cárlos Roseti



Coronel
Manuel Rosseti



I.

> No existe mayor satisfaccion, ni mas grande realce en la dura vida errante del hombre de guerra, que el cumplimiento del deber. La altivez del soldado está fundada en una base sólida: el sacrificio: es por eso que se mendigan con tanto afan y descaro los honores militares, que únicamente son patrimonio de grandes y constantes servicios á la nacion.

La gloria de la guerra del Paraguay, ha sido adquirida á precio exhorbitante. La Nacion Argentina tendrá siempre que resentirse de las pérdidas de aquella prolongada lucha, en que sucumbió la flor de su ejército, y quedaron extendidos en el campo de batalla, cayendo como buenos, nuestros jefes de mas nombradía, que eran, puede decirse, los fundadores del ejército argentino de estos dias.

A este noble grupo pertenecia Manuel Roseti, espíritu caballeresco, que inspiraba la confianza á sus subordinados dando el ejemplo en el peligro,

y atraia la estimacion por sus relevantes dotes personales, formando el todo una brillante figura militar. Robusto, de arrogante porte, activo, culto, inteligente, abnegado, leal amigo, con un carácter recto y honrado que lo distinguió con brillo, coronando estos justos conceptos una ilustracion que le colocaba entre los militares mas distinguidos del ejército de aquellos tiempos, fué el gefe del 1° de línea, una escuela práctica para formar buenos oficiales, dejando en nuestra historia militar una página resaltante.

Es justo, pues, que bosquejemos á grandes rasgos la foja de servicios de tan distinguido jefe.

Oriundo de una distinguida familia, abrazó la carrera militar por vocacion, contra la voluntad de sus padres. La existencia gloriosa del soldado tenia para él todas las aspiraciones de su noble carácter. "Todo por la pátria" era su lema de oro; y sosteniendo ese voto sagrado con la austeridad de su vida, supo cumplirlo con la heroicidad de su muerte.

El comienzo de su carrera militar fué en el sitio de Buenos Aires el año de 1852 en las filas de la Guardia Nacional, ingresando algun tiempo despues como subteniente al Batallon 1° de línea que á la sazon lo mandaba el coronel Conesa: en este

cuerpo sirvió durante todo el asedio. Su carácter grave y estudioso le captó la estimacion de sus gefes, y sus compañeros desde ese momento tuvieron en él un estímulo que les impulsó al estudio de las materias militares, y al cumplimiento estricto del deber.

Durante este periodo, asistió á todos los encarnizados combates que tuvieron lugar, en ese sitio memorable. Amigo y compañero de batallon del sub-teniente Miguel Martinez de Hoz, se encontraron siempre unidos en el peligro, y estrecharon con vinculos de acero, una vida laboriosa y constante en la lucha, que tambien deberia ser casi al mismo tiempo cortada por la espada.

Dos años despues, en Agosto de 1854, ascendió á teniente 2°; á teniente 1° el 16 de Febrero de 1855 y ayudante mayor el 12 de Febrero de 1856. En este intérvalo de tres años se encontró en varias espediciones que se hicieron al interior de la Provincia de Buenos Aires á causa de las invasiones que hacían á ésta, las fuerzas de la Confederacion.

A fines del año 1856, marchó á la frontera con su cuerpo para hacer la espedicion al desierto, encontrándose en los combates que tuvieron lugar con los indios en el mes de Diciembre del 57, y

posteriormente en aquellos que se dieron en el Sol de Mayo en los dias 16 y 17 de Febrero de 1858 en el arroyo de Pigüe.

Regresó con su batallon á Buenos Aires el año 59 cuyo cuerpo fué en seguida destacado de guarnicion á Martin Garcia, donde permaneció hasta principios de Octubre del mismo año. En seguida fué incorporado el 1° de línea al ejército de Buenos Aires, que se organizaba entonces para repeler la invasion que nos traia el general Urquiza.

La batalla de Cepeda fué el desenlace de este período de guerra civil, y nuestro capitan se cubrió de gloria á las órdenes del inmortal Conesa, recibiendo un balazo en un hombro; asistió, apesar de estar herido, á la famosa retirada sobre San Nicolás, y mas tarde al regresar el ejército á Buenos Aires, al combate naval frente á San Nicolás, y al corto sitio que en seguida se le impuso á aquella ciudad.

En Enero de 1860 ascendió á sargento mayor graduado y en Junio del mismo año obtuvo la efectividad.





II.

INICIADA la campaña del 61, su cuerpo marchó á Rojas que era el punto céntrico de la movilizacion del ejército; y asistió mandando el batallon 1° de línea, á la batalla de Pavon dada el 17 de Setiembre cuya comportacion distinguida fué elogiada en el parte del Comandante en Gefe.

Hizo en seguida la campaña del interior, obteniendo en el mes de Diciembre del mismo año el grado de teniente coronel graduado.

En seguida del regreso de la expedicion al interior marchó á la frontera del Oeste de Buenos Aires á las órdenes del coronel Vedia y fundó el pueblo del 9 de Julio.

En Febrero 28 de 1863 ascendió á teniente coronel efectivo.





III.

PROVOCADA la guerra del Paraguay, fué movilizado en primer término el ejército de línea, marchando el general Paunero con un cuerpo de tropas al litoral del Paraná. El 25 de Mayo desembarcaba este general en Corrientes. En este combate memorable el arrogante Roseti tomaba parte con dos compañias del 1° de línea, mandadas por los capitanes Etchegaray y Fuentes; y su gallarda comportacion desmentia gloriosamente las invenciones grotescas de la envidia; de esa pasion innoble que por desgracia abunda alguna vez en los ejércitos.

La bravura y serenidad de Roseti en ese dia, fué digna de elogio: con un puñados de soldados se lanzó sobre los batallones paraguayos y los rechazó, imponiendo su denuedo, alimentado en aquella hermosa figura de soldado.

En seguida, siempre formando en el primer cuerpo de ejército argentino á las órdenes del gene-

ral Paunero, hizo la peligrosa travesía de la Provincia de Corrientes para dar luego al ejército paraguayo la batalla de Yatay, en Agosto del 65.

En esta batalla el comandante Roseti se distinguió con su cuerpo.

Inmediatamente viene la rendicion de la Uruguayana que complementó la victoria estratégica del ilustre general Mitre, á cuyo acto asistió tambien el 1° de línea.

Posteriormente asiste á las siguientes operaciones y batallas de esta memorable guerra:

Marcha ofensiva contra el ejército de Resquin que se retira á marchas forzadas despues del descalabro de Yatay y Uruguayana. Paso del rio Paraná el 16 de Abril del 66. Combate del 2 de Mayo, escaramuza del 20 del mismo mes, varios reconocimientos sobre el campo enemigo en Tuyutí. Gran batalla de 24 de Mayo donde figura de jefe de brigada, mandando el 1° de línea y el San Nicolás. En esta batalla demostró, su pericia y buen golpe de ojo, y fué el sosten oportuno de los cuerpos que se habian comprometido imprudentemente en la vanguardia y distinguióse el 1° de línea por una carga á la bayoneta dada á una fuerza paraguaya.

En Yataytí-Corá demostró un temple de fierro y combatió con su batallon durante mucho tiempo contra fuerzas numerosas del enemigo, perdiendo once oficiales, entre ellos el inmortal mayor Etchegaray y 60 soldados. Como premio á tanto servicio fué ascendido á coronel graduado el 21 de Agosto de 1866.

Viene en seguida la operacion sobre la derecha paraguaya y como final de aquel sangriento drama el asalto de Curupaytí.





IV.

Un amargo presentimiento invade aquel dia el corazon de Roseti: sabe que vá á morir, y se pone valientemente á la cabeza de su brigada haciendo vibrar su palabra ardiente y destacando su enérgica figura entre sus soldados.

En el trascurso del ataque es herido y sus oficiales lo rodean y le piden que se retire: no es nada, les dice, y levantando la espada, grita: *adelante;* y mas enardecido aun, marcha desafiando aquel granizo horrible de plomo y metralla: es que una fuerza misteriosa lo impele á cumplir el glorioso compromiso de su muerte: una segunda vez es herido y cae desfallecido. El teniente Saint-Paul y algunos soldados intentan salvarlo, pero es necesario que se cumpla su cruel destino: algunos de esos fieles servidores sucumben tambien al plomo mortífero! Entonces desamparado y entregado á la furia salvaje del enemigo queda en aquel campo de muerte el heróico gefe del 1° de línea.



V.

Su agonía debió ser horrible. Abandonado en medio de la derrota, vió con angustia alejarse las banderas despedazadas de los argentinos para no verlas mas. Entre montones de cadáveres amigos, solo sintió en el supremo momento, los vítores del vencedor, solo vió como un velo de sangre horrible, el trapo colorado de su uniforme, y el aspecto sarcástico, ensoberbecido de esos rostros guaraníes, oscuros y feroces, donde irradiaba la luz siniestra de esos ojos que dirigian con tanto acierto las miras de sus fusiles, y presenció tal vez como el último tormento indescriptible, el degüello sin piedad de nuestros infortunados heridos. Entonces cuando ya había apurado toda la amargura de una vida abnegada de soldado, sucumbió.... lejos de la pátria, del hogar que lo vió nacer.... y las aves de rapiña que cernian su vuelo sobre su helada frente de moribundo, descendieron rápidas á disputarse los sagrados despojos de uno de los jefes mas espectables del ejército argentino.



EL SOLDADO

(SALMO)



I.

Ah! piensa que el señor no puso en vano
Un rayo de piedad dentro del alma,
Y sobre el humo de la tierra triste
El sempiterno hogar de la esperanza.

R. Gutierrez.

La corona que circunda
La cabeza del soldado
Es de punzantes espinas,
La punta que mas le hiere
Es la obediencia pasiva.

Alfredo de Vigny.

Ah! cuando en la hora del descanso reclines tu cabeza en el maternal regazo, y sientas que su filial ternura lentamente te aletarga en un sueño sin fantasmas.... acuérdate del soldado que triste vaga errante, consumido por el insomnio febril de una marcha sin aliento, sin que una madre tierna vele su intranquilo reposo... ¡Ah! velando él, siempre, á toda hora, el sueño de la pátria.



II.

CUANDO en la noche de lozana primavera, iluminada por el pálido rayo de la luna, discurras á orillas del lago que refleja en forma de hada la sombra misteriosa de la mujer que amas, y ates con el nudo de tus brazos su esbelto talle, sintiendo que en sus lábios palpita silenciosa una sonrisa, perfumada por un destello del amor de su alma, y que su seno albo como la espuma del mar, se eleva cual el vaivén de la ola; tempestuoso, solo por tí, y que tu espíritu se exhala en el éxtasis del primer beso de amor... acuérdate del soldado, que léjos de lo que ama, lamenta en silencio sus pesares; aquella nostalgia bendita, sin cesar golpea su corazon; no olvides que ese peregrino de la desventura fué arrancado de un paraíso igual al tuyo por la mano implacable del deber.





III.

Cuando en la noche quejumbrosa los génios de las tempestades atruenen el espacio, y la luz tétrica del rayo quiebre aquella oscuridad de cáos, azotando el helado cierzo con su chasquido seco la puerta de tu hogar, y tu á su lumbre benéfica en el recinto de la dicha inefable de tu familia, goces las bulliciosas caricias de tus pequeños hijos que distraen tu pensamiento;...acuérdate del soldado que solitario y triste, ateridos sus miembros por el frio, siente desplomarse sin piedad sobre él la perezosa lluvia. Allí clavado está en aquella picota heróica: su consigna, es el sufrimiento; su gloria, la constancia. En esa centinela lanzada al acaso en las negras sombras de la tempestuosa noche, reposa tal vez el porvenir de una nacion. ¡Ah! él vela siempre, pensando en sus tiernos vástagos, que quizá á esa hora en la lejana comarca de la pátria, mendigan un pedazo de pan.





IV.

CUANDO en el opíparo banquete, tu alma se dilate al son armónico de las copas que se chocan en loor de una alegria, ó para rendir homenaje á una gloria, y tu cabeza caliente, fermentando entusiasmo, impulse á tus lábios frases de fuego, que se pierden en la ardiente algazara del festin... acuérdate del soldado que hambriento y haraposo siente desfallecido su cuerpo, no olvides que aquel héroe ignorado del sufrimiento marcha devorado por la sed, sin detener un instante su paso vacilante: *es el judio errante de la pátria*: vá impasible á conquistar hazañas para que celebres en tus festines.





V.

CUANDO vagando libre como las auras del mar, suavemente se deslice tu barquilla por la mansa corriente del gracioso arroyuelo, que serpenteando en forma de arabesco, besa el pié de tu humilde cabaña solitaria; y entones una cancion de libertad que el éco lejano repite lentamente, como gozándose en el misterio de esta palabra.. acuérdate del soldado que prisionero de un bárbaro enemigo, arrastra impaciente el lento sufrir de un martirio sin ejemplo; y entre los horrores de una vida triturada, estiende el ojo enjuto y ardiente hácia el horizonte, como buscando con una ánsia de agonía la patria que vislumbra en su sueño tempestuoso.... ¡Ah! solo el rumor de su cadena responde á ese ¡ay! del alma!

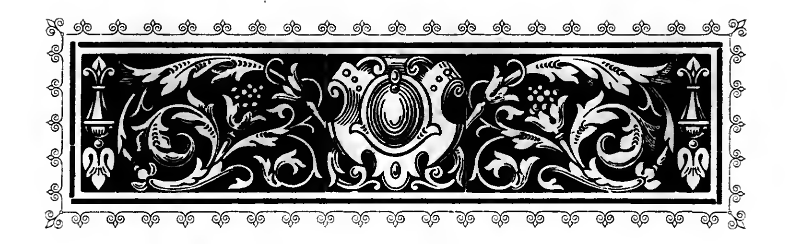




VI.

CUANDO vuelvas fatigado de tu trabajo en la tranquila tarde, ansioso de descanso, y sientas los rápidos pasos de tus pequeños hijos que previenen tu llegada; presurosos se arrojan á tus brazos con zelos de tus cariños, y con inefable algazara devoran tus caricias.... acuérdate del soldado, que jóven retorna á la pátria, envejecido en los gloriosos episodios de un poema de sacrificio.... ¡Inválido infeliz! en vano es que apresures tu paso difícil!.... encontrarás el hogar desierto, aquella tierna despedida que vibró en esos lugares tan queridos de tu alma, ¡fué eterna! y todo lo que sonrió en un tiempo mas feliz está encerrado en una tumba.





VII.

CUANDO en la hora de la ventura, sientas que el beso de la esposa corona la obra de tu amor, y tus lágrimas de ternura abrillanten su guirnalda de azahares, y el misterio de una sombra voluptuosa vele al mundo los secretos de tu dicha inefable.... acuérdate del soldado, que en la sangrienta liza de una victoria inmortal se arrastra moribundo: en la última oscilacion de sus vidriosos ojos vislumbra la imágen querida, y lívido el lábio, tembloroso, invoca en su postrer delirio, el divino amor de su alma, y muere revolcándose en su sangre, en esa sangre noble y generosa que consolida la paz de tu felicidad nupcial.





VIII.

Cuando triste dobles las rodillas ante un sepulcro amado, y sientas que tu pena se exhala fugitiva por las gotas de tu alma, al compás del blando arrullo que murmura el ciprés que le dá sombra, de esa arpa eólica cuyas cuerdas mueve el misterio de los muertos. . . acuérdate del soldado, cuyos huesos aún blanquean confundidos en el suelo de la batalla, en la tierra inhospitalaria del ódio: sus hijos buscarán en vano la tumba del héroe olvidado; su esposa desolada no tendrá ni el monton de tierra con la cruz de ramas de los pobres, donde dejar la huella de su pena inconsolable.





IX.

¡Ah! no olvides que la humanidad gime, que el dolor sube al reino eterno como una plegaria divina, que son bienaventurados los que han muerto por una causa santa, los que han sentido la punzante pena de una agonía infinita, los que han compadecido la miseria humana en su dolor inmortal, pide un destello de piedad á tu alma, que en cambio las puertas del paraiso te serán abiertas; y estiende tu mirada compasiva hácia ese ser tan combatido por el infortunio, cuya alma es grande como la pira que lo alimenta; templada está en el fuego de la gloria! ¡Ah! no olvides que su sangre es el bálsamo con que se cierran las heridas de la pátria!

Tuyucué, 1868.



EL TENIENTE CORONEL

DON ALEJANDRO DIAZ

(MUERTO EN EL ASALTO DE CURUPAYTÍ)





T^te^ Coronel
Alejanro Diaz



I.

> Y aquel discípulo de Saint Cyr, probó á muchos, que la ciencia no había reñido con la bravura, fué necesario que se hiciera matar, para probar este aserto.

Yo le ví estendido, amarillo, color de cera, petrificado por la muerte prematura, sobre un improvisado ataud, no teniendo mas mortaja que su glorioso uniforme ensangrentado. Velé su primera noche de eternidad, y acompañé en el sincero dolor reprimido á su hermano, que era el mayor de mi cuerpo. La aflicción de aquellas tristes horas, como un inmenso pesar que oprime el corazon ha quedado relevada [1] en mi espíritu, y es por eso que voy á pagar el tributo que debo á la memoria de uno de los mas ilustres jefes de la guerra del Paraguay.

(I) Repujada ó rempujada equivale al vocablo francés repoussé que indica el relieve hecho á martillo.

Los dolores de la muerte son de tal reflexion, que avivan constantemente los recuerdos, los incrustan, los hacen indelebles: su pálido sudario se mueve con la vida eterna, y ni el mas pequeño detalle desaparece de la distanciada escena quejumbrosa, que siempre se presenta á la imaginacion con su sombrío colorido, allá, en un lejano vaporoso como el ambiente del mundo de los fantasmas.

Es por eso que aquella negra noche sin gemidos ha inspirado la resurreccion de una vida de honor, templada en las vicisitudes de una carrera ingrata y una muerte de soldado.

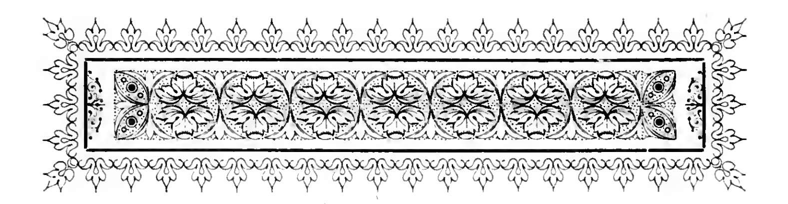




II.

Alejandro Diaz era muy digno de honrar las armas argentinas. Bajo todos los mas honrosos conceptos podia calificársele de oficial distinguido. Austero en la disciplina, metódico y organizador en los deberes, laborioso y constante en el trabajo, como verdadero oficial de la escuela antigua, valiente sin jactancia, reservado en sus disposiciones, caballero y respetuoso en sus maneras, afable en el trato habitual léjos del servicio, y con una vasta ilustracion militar adquirida con la fuerza de carácter que era de su dominio propio, indudablemente, hubiera sido impulsado por tan nobles aptitudes, á los mandos superiores que son el patrimonio de las grandes calidades militares.

Su mejor retrato será el reflejo lacónico de su vida militar, esculpida en diez y nueve años de acciones meritorias, abarcando la mayor parte de una existencia que alcanzaba en el momento de su fatal deceso, al mayor esplendor de su juventud.



III.

DESCENDIENTE de una distinguida familia, Alejandro Diaz nació en 1835; en la Guardia de Lujan, (hoy Villa de Mercedes,) siendo su padre Juez de Paz de aquel punto.

Mas tarde, nublado el sol de la libertad y establecido por sistema el terror de la tiranía, la familia de Diaz tuvo que abandonar el año 40 la tierra argentina y refugiarse en el baluarte espartano que con razon llamó el general Pacheco y Obes, "La Nueva Troya." [1]

El niño, que ya revelaba la impulsion de su vocacion, fué subiendo la escala de la edad, embriagado contínuamente con el rumor de los combates, alucinado con el brillante espectáculo de las

---

(1) Este general escribló una hermosa novela que se tituló La Nueva Troya que hacia la historia del memorable sítio: pero como carecia de reputacion literaria, pidió á Alejandro Dumas padre, que se la firmara, lo que aquel hizo complacido, y voló el libro por el mundo.
Este obsequió entonces al general Pacheco y Obes con una preciosa arma que hoy se encuentra en mi coleccion.

formaciones guerreras, y conmovido por los episodios heróicos, que eran, puede decirse, la existencia diaria de aquel memorable asedio.

Con impaciencia esperaba que la edad le diera fuerza, para esgrimir una arma y poder presentar su pecho al peligro.

Un dia no pudo soportar mas, y corrió á alistarse bajo la bandera de un bravo batallon.

El 26 de Julio de 1847, á los doce años, entraba en clase de distinguido en el 2º de cazadores, que mandaba el ilustre coronel don Juan A. Lezica.

En esta escuela rígida dió comienzo á su carrera: brillante escuela, digna de formar distinguidos discípulos, no solo por el valor de su jefe, como por la experiencia que encarnaba el rudo asedio.

En 1848 asistió á la campaña de Maldonado con su batallon, y en seguida á todos los episodios en que aquel fué actor.

Su contraccion y aptitudes, bien pronto fueron recompensadas. Trocaba el 7 de Enero de 1850 su uniforme raido de cadete, por el de subteniente, y recibia manifestaciones de aprecio de su gefe el coronel Lezica y de su capitan don Felipe Aldecoa, que fueron, puede decirse, los severos consejeros en su infancia militar.

Roto el cerco de Montevideo por la osada operacion del general Urquiza, el jóven sub-teniente obtuvo su baja, y se incorporó en 1851 como teniente 2° á las filas del batallon Urquiza, que formaba parte del ejército que mas tarde debía iniciar la campaña contra Rosas. Allí permaneció hasta el mes de Enero de 1852 que pasó con el mismo empleo al batallon San Martin, bajo las órdenes entónces del coronel Echenagucia.

En este batallon asistió á la batalla de Monte Caseros, mandando la 2ª mitad de la 3ª compañía. Mas tarde un ascenso recompensaba la gloria de este dia, y el sub-teniente del sitio de Montevideo, pudo ostentar con orgullo las insignias de teniente 1°, sahumadas con la pólvora de la gran batalla de la libertad.

En este mismo empleo sirvió á principios del sitio de Buenos Aires (1853), obteniendo en seguida el de ayudante mayor, y despues el de capitan de la 3ª compañía.

Durante esta nueva faz de la guerra, consolidó mas su temple de soldado, y fué constante actor en los diversos combates que tuvieron por teatro el sector de la línea que defendía el San Martin, distinguiéndose con gallardía en el encarnizado encuentro que tuvo lugar en el Potrero Langdon, entre aquel cuerpo y superiores fuerzas del adversario.

De mas valer que mi incorrecta narracion, será la palabra del venerable coronel Echenagucia, quien, refiriéndose á la brillante comportacion del jóven capitan, decía en un documento oficial.

"La conducta del capitan Diaz en este dia, en que con unos cuantos hombres llegó hasta la batería enemiga de la Convalescencia, al pié de la cual recibió dos heridas, una de sable en la cabeza, y otra de lanza en el pecho, mereció una recomendación especial, que se halla consignada en el parte que pasé al general en jefe de la línea, dando cuenta de ese glorioso hecho de armas."

En otro lugar del mismo documento prosigue el bravo coronel.

"Como se vé, señor Inspector, la vida militar del mayor Diaz [1] ha sido laboriosa, y con verdadero placer puedo asegurar á V.S., que durante el tiempo que sirvió á mis órdenes, su conducta ha sido siempre la de un oficial lleno de amor á la carrera, sirviendo con inteligencia, y con valor digno de elogio, en la batalla de Caseros, en la acción del Potrero Langdon y en todos los combates parciales en que le cupo parte al batallon á mi mando."

---

(1) En la época en que se produjo este, ya era mayor nuestro protagonista.

Esta sencilla pero sincera esposicion del anciano veterano, predispone en favor del jóven oficial, que puede decirse, eran los primeros pasos que hacía en su brillante carrera.

Concluido el sitio, marchó el capitan Diaz con su compañía, á la frontera Sud, acompañando al coronel don Julian Martinez; estuvo allí ocho meses, y regresó en seguida á Buenos Aires.

Como las obligaciones del servicio le impedian entregarse en absoluto al estudio, que era su perseverante empeño, solicitó en 1854 su pase á la Plana Mayor, para poder llenar tan laudable propósito.

Mas tarde fué agregado al 2° de línea y en este cuerpo asistió á la batalla del Tala.

Después de este suceso, se formó un cuerpo de observacion en Ramallo, del que formaba parte el regimiento de milicias de San Fernando, mandado por el coronel Sanabria; como 2° gefe fué nombrado el capitan Diaz; pero permaneció poco tiempo á causa de haber sido disueltas estas fuerzas.

Al regresar á Buenos Aires, obtuvo el coronel Sanabria el mando del Regimiento Escolta, y como este jefe sabía apreciar debidamente los méritos

del jóven capitan, le ofreció el mando de una compañía. Aceptada la propuesta, se incorporó á esta unidad de fuerza, y se dedicó con empeño al estudio de una arma que no era la suya.

En 1855 marchó el regimiento al Tandil y desde allí se dirigió á San Cala, de cuyo punto operó con el propósito de cortar la retirada á los indios de Catriel, que debían ser batidos en Tapalqué por fuerzas combinadas á las órdenes del coronel Mitre.

Arriesgada fué la jornada rastreando la retaguardia de Calfucurá, consiguiendo con felicidad reunirse á las fuerzas del comandante Otamendi, y á la del coronel D. Laureano Diaz, que atacado por las fuerzas de aquel cacique en cerco estrecho, estaba encerrado.

Despues de estos sucesos se estableció un campamento de las tres armas en Tapalqué, á las órdenes del general Hornos.

El 29 de Octubre de 1855 los indios sorprendieron las guardias avanzadas, y atacaron con increible audacia el campo del general Hornos. Mas no fué de tal magnitud el avance, que no diera tiempo á la division para formar en batalla.

En este combate se le ordenó al capitan Diaz que cargase con su escuadron á los indios. No trepidó un momento el valiente oficial, y poniéndose al frente de sus bravos soldados, se lanzó rápidamente sobre el audaz salvaje. El choque fué violento, como el contacto estentóreo de dos fuerzas hercúleas encontradas. Terrible el entrevero, le contó entre sus mas bizarras figuras, y se le vió caer peleando heróicamente con cuatro heridas de lanza recibidas de frente. Como él era un ejemplo de atrayente realce, rodaban por tierra tambien á su lado, combatiendo como bravos, para no levantarse mas, los subtenientes Veton y Cabral y numerosos soldados.

El coronel Sanabria en su parte prodiga merecidos elogios á la gallarda comportacion del capitan Diaz, y deja traslucir con amargura, que hubo quien no cumplió con su deber.

Mas tarde, á fines del año de 1857, pasó al regimiento de Dragones y obtuvo el mando del 3° escuadron. En este regimiento asistió al memorable combate de la Cañada de los Leones, que tuvo lugar en Diciembre de 1857 entre los indios y nuestras fuerzas, bajo las órdenes del coronel Emilio Mitre.

La campaña contra los ranqueles, ejecutada á principios de 1858, lo contó entre sus actores resaltantes, y cuando al retorno de aquella operacion se instituyó el juri para premiar los servicios de treinta jefes y oficiales, el capitan Diaz obtuvo el grado de Mayor, con el unánime aplauso de sus camaradas.

En la campaña de Cepeda mandó el batallon Norte de milicias de Buenos Aires.

Concluida esta, volvió á Buenos Aires, y devorado por una sed insaciable de saber, solicitó del Gobierno el permiso de trasladarse á Francia, con el fin de dedicarse á los estudios militares.

Concedida la licencia, abandonaba en 1860 las playas argentinas, y en la soledad del destierro voluntario que se había impuesto se encerraba en una humilde habitacion, donde con una voluntad superior, vencía los estudios preparatorios que eran necesarios para ser admitido como alumno en la escuela Militar de Saint-Cyr.

Inclinado sobre los libros, no llegaba á él el rumor bullanguero de sus jóvenes compañeros; aquel espíritu grave, preocupado por la noble consigna que se había impuesto, se destacaba con marcada distincion entre sus juveniles camaradas de estudio,

á quienes dominaba con la simpática atraccion de su carácter benévolo.

No tardaron sus afanes en ser recompensados, mereciendo de sus profesores las mas altas clasificaciones por su notable aplicacion, y los mas honrosos elogios por su conducta como soldado, honor que recaía indirectamente sobre el ejército argentino, donde se había formado.

De regreso el año 1865 á Buenos Aires, marchó á la campaña del Paraguay, donde obtuvo el mando de un improvisado batallon de Zapadores, cuya distinguida oficialidad era compuesta en su mayor parte de jóvenes agrimensores.

Este cuerpo prestó excelentes servicios en los pasos de ríos que tuvieron lugar en la campaña de Corrientes, hasta el arribo del ejército argentino al Paso de la Pátria.

Disuelto mas tarde este batallon, pasó el mayor Diaz como 2° jefe al 5° de línea y asistió en esta unidad de fuerza á la batalla del 24 de Mayo de 1886.

En el momento del conflicto que ocurrió entre algunas compañías de este cuerpo el mayor Diaz se distinguió por su serenidad y valor: tuvo un caballo muerto y fué contuso por una bala de fusil, mere-

ciendo en esta ocasion numerosas felicitaciones por su brillante conducta, tanto de su jefe como de sus amigos.

En Agosto del año 1886 obtuvo con merecida justicia el empleo de Teniente Coronel graduado y el mando del batallon 3 de línea.





V.

Arribamos por fin al injusto desenlace de tan noble vida. Curupaytí es una de las mas hermosas tragedias para la gloria nacional. Necesitábamos un combate de tal magnitud en el supremo sacrificio, para valorar verdaderamente al soldado argentino. En ese sentido no podrá nunca ser considerado como una derrota: fué un rechazo sangriento y nada mas. El enemigo recien se consideró seguro cuando vió alejarse los terribles asaltantes, y juzgó con razon que aquellas valientes columnas despedazadas eran invencibles en campo raso.

Nuestras tropas llevaron el mismo derrotero sangriento que he descrito en otro lugar. El 3° de línea formaba con la Legion Militar la 2ª Brigada de la 1ª Division del 1er cuerpo del ejército argentino, y arremetió ésta al baluarte paraguayo en formacion paralela con la 4ª Division.

El 3 de línea llegó hecho pedazos á las enmarañadas ramas que servían de defensas accesorias á la línea principal. Desde el primer momento Diaz

fué desmontado: una bala de cañon, al dar muerte á su caballo le había recordado el vaticinio del almuerzo: el instante fatal se aproximaba. (1)

Intrépido, altivo, mirando de frente las bocanadas de metralla que á corta distancia vomitaba el feroz adversario, al llegar á las primeras ramas del *Abatis*, subió airoso sobre un tronco de árbol, como para sobresalir sobre los demás en aquel momento de solemne espectativa; y dirigiéndose al abanderado Belisle, exclamó con la voz serena que domina el peligro y alienta las grandes acciones:

¡Suba abanderado, que la bandera del 3 de línea sea la primera que flamée! (2)

En ese momento uno de los lanceros paraguayos oculto en lo interior del foso que resguardaba el abatis, le tiró un feroz lanzazo que alcanzó á herirlo mortalmente, al mismo tiempo que envuelto en el humo de una descarga, una bala hacía el octavo agujero en ese cuerpo endurecido en la batalla. (3)
Rodó casi exánime.... habia sido elegido por su figura espectante: era tan próxima la distancia

(1) Ver los breves apuntes sobre Charlone.
(2) Relacion del Comandante Belisle.
(3) En el trascurso de su vida militar era la octava herida que recibia.

que el enemigo escogia á mansalva sus víctimas mas simpáticas.

El abanderado Belisle vino en su auxilio é hizo esfuerzo para llevarlo hasta el pié del abatis. Diaz, que aun mantenía su temple intacto, reaccionó, y con un poder supremo dominó las fibras desfallecidas. Ostentando el último empeño de la agonía, trató de dar algunos pasos, pero al fin se desplomó en los brazos del fiel abanderado... Sintiendo que se aproximaba la muerte y que todo había concluido para él, pidió que lo estendieran sobre una manta ensangrentada, encontrada al acaso entre los despojos de aquel horrible campo, allí apresuróse la agonía, y el jóven guerrero, arrullado por el estruendo de un glorioso combate, exhaló el espíritu: vigoroso suspiro! que Dios en la eternidad de los tiempos le prestara un instante. [1]

. . . .

Con mejor suerte que el infortunado Roseti, los cuervos de aquella comarca inhospitalaria, no devoraron sus sagrados despojos.

Reposan en el seno de la pátria amada.

(I) Su cadáver fué salvado por los tenientes Piston y Ayala, el abanderado Belisle, y su asistente Soria, todos heridos en ese dia memorable.

LOS MÁRTIRES DE ACAYUAZÁ



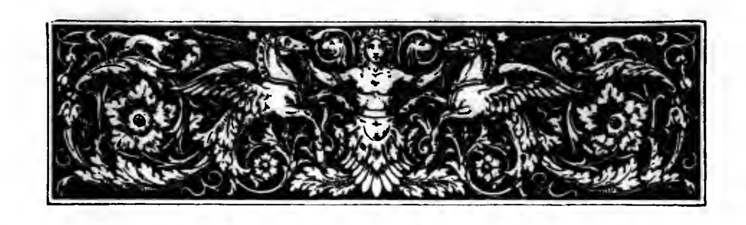
I.

SABEIS acaso lo que es la vida del prisionero argentino en poder de aquel *fanático del crímen?* ¡Escuchad! os voy á conmover.

Siento que he de arrancar lágrimas, removiendo tumbas queridas; que he de avivar con supremo dolor santos recuerdos; mas la gloria de los mártires debe iluminar en todo momento el escabroso camino por donde se sube penosamente á los grandes hechos.

No hay gloria sin trabajo: la posteridad con fallo justiciero no discierne esa corona, sinó á aquellos que conquistaron el derecho de ser grandes; ya en la humilde condicion del ciudadano, como en el explendido sólio del augusto magnate.

Escuchad mi palabra pálida y sin aliento, será animada con el noble acento de un soldado prisionero que ha sobrevivido á sus infortunados compañeros, y vá á narrar los humillantes tormentos de una vida indescriptible.



II.

El sargento Dionisio Ibañez fué tomado al mismo tiempo que el comandante Gaspar Campos, varios oficiales y treinta y tres soldados, el 18 de Julio 1868, en la fatal sorpresa de Acayuazá.

En aquella infausta jornada, Miguel Martinez, herido gravemente con dos balazos, sin perder su entereza siguió peleando, negándose tenazmente á entregar las armas hasta que moribundo rodó por tierra.

Entonces le exigieron que caminara. Ya casi sin vida, cubierto de sangre, inmóvil por la muerte próxima, solo exhalaba el estertor de la agonía, apresuráronla sus crueles verdugos descargando sobre aquella cabeza tan hermosa multiplicados golpes con las culatas de los fusiles y los palos de las lanzas.

Así murió el distinguido y bravo caballero cuyo recuerdo vivirá eternamente en el corazon de sus amigos, como luctuoso cuadro animado por dolorosos tintes.

Gaspar Campos y sus infelices compañeros fueron desarmados y maniatados con un rigor inaudito, y se les condujo inmediatamente al reducto Corá que se encontraba próximo al lugar de la catástrofe.

La guarnicion del reducto los esperaba formados en dos filas abiertas con doble distancia. Una alegría feroz iluminó los rostros de aquellos hombres sin alma, todos armados con gruesos troncos de enredaderas.

Antes de llegar al centro del espacio que dejaban las dos filas, formaron á los prisioneros en una sola hilera y los hicieron pasar por entre aquellas bárbaras horcas caudinas. Apenas penetraron al desfiladero humano, se levantaron multitud de brazos que esgrimía cada uno una gruesa vara flexible, descargando innumerables golpes sobre las desarmadas víctimas. Èstos se agrupaban formando un monton de miembros humanos, se revolvían entre sí para esquivar el castigo, todo fué en vano; estropeados, chorreando sangre, se detuvieron al fin atontados por los golpes, como una majada de ovejas acorralada por los lobos. Al fin esperaron resignados que satisfecho aquel desahogo de furor cesaría tan humillante tortura. Esa crueldad no tenia límites; mas el esfuerzo físico agotado en ese acto inhumano detuvo por último tan terrible escena.

Al fin respiraron, creyendo concluido su tormento; vana ilusion: inmediatamente fueron conducidos al Timbó, donde les esperaba mayor encarnizamiento en la venganza.

Allí se repitió con mas lujo de crueldad el mismo acto; el impulso brutal y cobarde no tuvo valla en aquel momento; las mujeres tomaron parte en esta fiesta de canibales prestando al cuadro un colorido infernal y grotesco, algo de fúria de bacantes.

Perdida la noción de la piedad, se transformaban en las bronceadas fieras de la tiranía, refinamiento de feroces pasiones alimentadas por bárbaras creencias, embrutecimientos atroces, y ejemplos de sangre! Insensatos, destrozaban su misma libertad, vociferaban innobles imprecaciones, insultos burlescos, los mas humanos los abofeteaban y aquellos bravos sufrían en silencio, insensibles ya, puede decirse, todas las angustias y las afrentas, salpicadas con horribles carcajadas, que prorrumpían salvajes al ver correr la sangre de las maceradas carnes; y cuando caía alguno al esfuerzo de los palos, el pié inmundo de aquella chusma vil heria á golpes repetidos una faz que altiva había ennegrecido el sol de los combates.



III.

Al conocer Lopez la sorpresa de Acayuazá, ordenó por telégrafo al general Caballero que inmediatamente enviara los prisioneros á San Fernando.

El convoy de desgraciados se puso en marcha por el camino del Chaco, guardado por una dura escolta, las escenas anteriores se repitieron aumentando el hambre, la sed, la falta de sueño, y otros sufrimientos inventados por sus verdugos en aquella triste situacion. El trayecto se hacía cada vez mas penoso por entre los pantanos del Chaco, y cuando despues de haber marchado todo el dia maniatados, sin probar alimento, devorados por una sed horrible, y quemados por un sol ardiente, hacían alto para pasar la noche en algun terreno empapado en agua, eran puestos en un tirante cepo de lazo que oprimía fuertemente sus macerados miembros.

En esta marcha de amargura no hubo una mirada compasiva para estos infelices; injurias, burlas sangrientas, todo se desplomaba incesante sobre ellos. La soldadesca en coro con los niños y las mujeres vociferaban insultos, amenazas anunciándoles la muerte, y solo el silencio elocuente de las víctimas respondia á ese ruido bárbaro.

La crueldad subiendo de tono llegó hasta negarles el agua que se encontraba en todas partes; y en medio dc una ardiente sed hubo quien bebió su misma secreacion.

Casi desnudos y descalzos, á tanta angustia suprema agregaron el sufrimiento del frio en la noche, y algunos que no pudieron soportar tales rigores sucumbieron antes de llegar á San Fernando.





IV.

ARRIBARON á este campamento en el mas lamentable estado y fueron paseados como trofeos que atestiguaban el abultado triunfo, festejado con grande regocijo dias anteriores.

Generalmente la victoria suaviza la dureza del vencedor inspirándole ideas magnánimas: la compasion reviste formas grandiosas dulcificando las amargas horas del prisionero; mas el bárbaro dictador endurecido por las crueldades de la tiranía no respiraba sinó ódios sistemados que han escrito con horrorosos caractéres su negra página.

Asi, aquellos pobres prisioneros á quienes alentaba una esperanza, pensaban que tal vez aliviaria sus males el que tenia todo el poder; sufrieron el mas amargo desencanto: ni un instante de reposo fué dado á sus fatigas.

Al otro dia eran destinados á los trabajos mas rudos y viles. Azotados contínuamente, la queja era un crímen, bastaba una súplica dolorosa para

que al momento fuese fusilado; y aun sin motivo alguno diariamente marchaban á la muerte nuestros desgraciados compatriotas, particularmente oficiales.

Todos los dias se oían las detonaciones del patíbulo y unos esperaban temblando, ó con regocijo su última hora. ¡Esa última hora, con tanta ansiedad deseada!

Uno de esos héroes del dolor será siempre el bravo teniente Morillo, jóven de hermosa presencia y carácter simpático, fué fusilado por haber dicho que en el ejército argentino los oficiales prisioneros no trabajaban como peones. Cuando le notificaron que iba á morir, dijo, ¡Gracias á Dios! y en el momento que le hacian fuego, les gritó: ¡Tiren canallas!

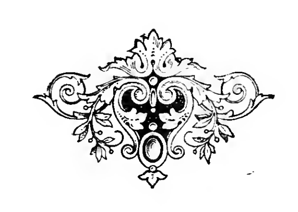
No hay nada comparable con aquella terrible existencia en la que era necesario ocultar hasta las lágrimas.

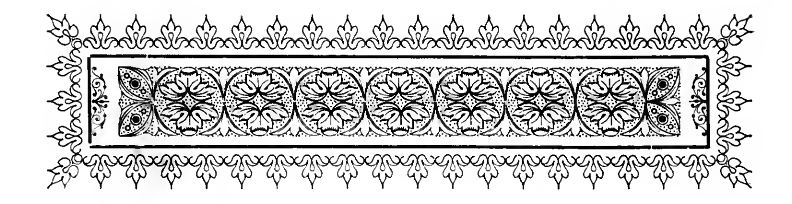
Permanecieron un mes en San Fernando hasta que aproximándose los aliados, emprendió la marcha el ejército paraguayo hácia la posicion de Angostura.

Este trayecto se hizo en ocho dias; treinta leguas por caminos difíciles y entre pantanos.

Atados iban los prisioneros y arriados á punta de lanza, aquel que por desgracia llegaba á desfallecer y caía cansado no se levantaba mas, era inmediatamente lanceado sin piedad, así asesinaron un gran número de aquellos infelices que sin fuerza no podian ya caminar.

Las marchas nocturnas eran las mas penosas entre los esteros; no se oia sinó los golpes de los sables que maltrataban, los gritos de los moribundos, las súplicas angustiosas mezcladas á los insultos de los verdugos.





V.

Al fin llegaron á la Villeta: sobrevivian únicamente los mas robustos; se hizo el recuento, quedaban muy pocos. ¿Quién hubiera entonces conocido á aquellos hercúleos soldados de otro tiempo? parecia un grupo escuálido y repugnante salido de un hospital de locos.

En Villeta dividiéronlo en dos fracciones; la mas numerosa dirigióse á la Angostura. En ese punto fueron presentados al General Resquin: ese tonel de crímenes: (1) alma mas negra que el remordimiento, y nada por mas malo que sea será comparable á ese cruel esbirro del tirano Lopez.

Las víctimas comparecieron á su presencia y tomando él un tono enfático llamó al sargento Ibañez y le hizo estas preguntas: "¿Cuál era el motivo porque venian á pelear contra la República del Paraguay, si eran enganchados de Pedro II ó comprados del General Mitre."

(I) Era obeso.

Todos contestaban negativamente, entonces revistiendo un aire de soberbia plebeya, esclamó: "Como á Vdes. yo tambien tengo atado á Pedro II y en cuanto lleguen á donde está el Mariscal, ya verán lo que les vá á suceder: y dirigiéndose al oficial que custodiaba los prisioneros, le dijo:

"Decime ché están bien atados esos *Cambais.*"

El oficial contestó afirmativamente; pero no contento aquel hombre tan perverso, ultrajando su misma dignidad, vino él en persona y con sus propias manos los desató y volvió á atarlos, y con tanta fuerza que prorumpieron en lamentos los infelices prisioneros. Otro que no fuera ese hombre, se hubiera conmovido ante ese bárbaro espectáculo; pero el palo ahogó el dolor, y fueron fusilados dos por *llorones*, sentencia que pronunció sonriendo, festejando el chiste sangriento.

Libres de la presencia del famoso esbirro, sintieron algun alivio traducido por el carácter menos cruel de los gefes de la Angostura; sin embargo fueron destinados á los forzados trabajos de aquellas imponentes fortificaciones.

El dia Domingo era el único que les daban un instante de alivio, pero eso mismo era una amarga humillacion.

Existia en este punto un pequeño mercado, formado por una fila de mujeres de soldados que vendian mandiocas, naranjas, y otras cosas: los prisioneros bien custodiados eran conducidos á la presencia de estas abigarradas vendedoras: la custodia se retiraba un espacio, y los dejaban frente á ellas: entonces estas dirigiéndose á los pobres cautivos les ofrecían una naranja, mandioca ó un chipá con tal que les hicieran una gracia de su agrado.

Devorados por el hambre y degradados por el sufrimiento que les habia hecho perder toda nocion de moral, los prisioneros se prestaban á aquella burla, ya andando en cuatro piés, y ladrando como perro, ya cantando como gallo, brincando como cabra, y sí estas grotescas contorciones no eran del gusto de las vendedoras se las hacian repetir hasta el cansancio; y esos soldados de la libertad, envilecidos en un papel tan humillante, servian de mofa y diversion á esa multitud incqnciente, que cuando no heria con el arma, degradaba con la accion ó la palabra.

Asi pasaron algun tiempo hasta que los pocos que quedaban fueron enviados á la fundicion del Ibicuí donde soportaron los mas horribles trabajos sobreviviendo unicamente tres, el sargento Ibañez y dos soldados.



VI.

Despues del arribo del ejército paraguayo al Pikiciry, en el primer momento se reconcentraron los prisioneros del ejército aliado en la Villeta, pero en seguida divididos en grupos los enviaron á los distintos puntos del campamento donde se ejecutaban trabajos de zapa.

Gaspar Campos, el Mayor Arana, y otros infortunados oficiales, fueron enviados á Ytaivaté que era el cuartel general de Lopez.

Gaspar Campos era un espectro: habia enflaquecido horriblemente; sus órbitas escondian dos ojos apagados y sin brillo: entristecido por el dolor, su tez enegrecida y marchita por el sol canicular habia transformado su placentera fisonomia en una máscara de cobre. El gallardo jóven de otro tiempo, agobiado y vacilante, con dificultad caminaba; no tenia mas sombrero que un pañuelo mugriento atado en la cabeza para resguardo del sol, ni mas vestidos que los harapos de sus ropas interiores; trapos inmundos que los hubiera despreciado el mas mísero mendigo: sus miembros tumefactos acusaban las

torturas, que sufria y su palabra fácil y jovial de no lejana época habia enmudecido. Enfermo y sin aliento avanzaba al final alivio de sus penas.

Un dia fué llamado á declarar algo que afectaba la dignidad del ejército aliado, á la primera amonestacion guardó silencio; fué amenazado con el cepo colombiano. ¡Torturadme les dijo! pero yo no puedo declarar una infamia! No pudo soportar el tormento, y quedó casi exánime: cuando medio despertó á la vida, se encontró en el cepo de lazo con un centinela de vista que espiaba sus movimientos para castigarlos sin piedad. Vivia condenado á no hablar, á no moverse, y era un crimen, suspirar por la pátria amada, por la que él soportaba tanto martirio.

A causa del mal trato que recibía, acrecentaba velozmente su enfermedad, que despiadada no acudia rápida como la deseaba en su auxilio. Aquella vida miserable no era comparable á ningun tormento humano; esa crueldad incesante, tenaz, abrumadora, arrancando impasible la vida, minuto por minuto, era un lujo de barbarie no conocido ni en las tribus mas recónditas del desierto: descalzo el infeliz prisionero, con los piés hinchados, no podia dar un paso, devorado por un hambre atroz, todo lo habia cambiado por alimento, y un dia trocaba la franja de oro de su pantalon por una ma-

zorca de maiz tostado, la parte de sus piernas donde ajustaba el cepo de lazo, repugnaba con una profunda úlcera, mas apesar de sufrir este infierno inventado solo para los prisioneros del ejército aliado, nunca se abrieron sus labios para prorrumpir en una queja.

Habia tal vigor en aquel espíritu resignado, que daba aliento á sus compañeros, y templaba mas de un desfallecimiento.

La crueldad del vencedor aumentaba con los sufrimientos del jóven prisionero: la vigilancia incesante del verdugo era abrumadora, todo era un pretesto para atormentarlo, alguna vez reanimaban esa mísera vida para que sintiese con mas dolor las espinas.

Moria lentamente. Desesperado al fin, invocaba con ansiedad el dulce alivio del postrer suspiro. Cuando llegó ese momento, y sintió que habia cumplido su mision sobre la tierra se encontraba en cepo de lazo; la noche habia estendido su negro manto para no contemplar la triste escena y unas nubes sombrías borroneaban el cielo, como grandes manchas oscuras. Atormentándole la última sed, pidió agua para mojar sus lábios secos y sin color: le ordenaron que guardara silencio; y solo encontró como un relámpago del infierno la mirada cen-

tellante de la centinela que indiferente espiaba sus últimos instantes.

Los compañeros sintiendo el estertor de su agonia, se estremecieron ahogando los suspiros; la compasion hubiese sido castigada al instante

Movió su cabeza sobre la húmeda arena, ¡Mi madre! dijo, y entregó el espíritu á Dios; arrullado por los ronquidos de la soldadesca; especie de rugido de fiera, que dormian tranquilos sin sobresalto, y el alerta del vigilante soldado que anunciaba nuevas víctimas.

Al otro dia su cadáver era arrastrado en un cuero y confundido en la fosa comun de los mártires.





VII.

SOLO conozco una persona que haya sufrido mas que Gaspar Campos.

Es la digna matrona que le dió el ser: yo he tenido la culpa. . . . . que me perdone, sinó he podido ocultar á la historia tanta amargura. [1]

Asuncion, 1869.

---

(1) Este artículo tiene por base la declaracion del sargento Dionisio Ibañez, prisionero de los paraguayos en el combate de Acayuazá, que con dos soldados fué rescatado por el Comandante Coronado en la fundicion del Ibicuí en 1869.



EL CORONEL

DON LUIS MARIA CAMPOS



GENERAL
LUIS MARIA CAMPOS
RETRATO DEL TIEMPO DE 1ª GUERRA DEL PARAGUAY



I.

En medio del frenesí de las violentas cargos de la caballería paraguaya á los cuadros del 6 y 4 de Línea en la batalla de Tuyutí, al Coronel Fraga se aproximó al Comandante D. Luis Maria Campos á felicitarlo por su brillante comportacion. Campos mirándole fijemente le dijo:

—Quisiera tener un espejo para mirarme la cara en este instante.

Fraga se erguió: lo miró con altivez, y estrechándole fuertemente la mano replicó:

—Vea Vd. mi cara y verá la suya ¡Que mejor espejo!

(*Campaña de Humaytá.*)

El Coronel D. Luis M. Campos es ya una figura espectable en los modernos anales de nuestra historia, en la viva epopeya de heróicos hechos, encarnada en la existencia de un jóven de treinta años [1] que encontró en la espada del noble soldado, un nombre que brilla con honor, al lado del de nuestros esclarecidos guerreros.

---

(1) Este artículo fué escrito, como se verá al fin, en 1869, y pertenece á una coleccion de bocetos de guerreros de la guerra del Paraguay que serán públicados mas tarde.

La República francesa con la ansiedad de la aspiracion al porvenir, vislumbró un destello de génio en Napoleon, Hoche, y otros jóvenes militares, y sin averiguar su antigüedad en el servicio les dió ejércitos á mandar, encomendándoles en circunstancias difíciles, la salvacion de la pátria; y aquellos flamantes guerreros no comprendidos en el momento por el pueblo francés, y menos aún por los militares del antiguo sistema, estremecieron mas tarde los enemigos de la Francia con el rayo del génio que iluminaba sus victorias, con la inspiracion de un nuevo método de donde surgía la verdadera época de la bayoneta, que dió por tierra el órden táctico de Federico II, llenando de admiracion á su misma pátria, que sorprendida vió en ellos cuanto se puede esperar de la verdadera vocacion de las armas; pritáneo oculto, que en el corazon del hombre, nace, tal vez para no mostrarse nunca, ó no tener mas honor en la historia, que el nombre de un jefe salvaje, y que cuando se trasluce en el menor destello de su esplendor, es preciso robarlo como aquel fuego divino que el Titan del Cáucaso audaz robára al cielo, para formar los héroes que dán honor á la tierra en que han nacido y salvan las grandes situaciones.

Si Luis Maria Campos hubiera sido soldado en tiempo de Marseau no habria cumplido sus treinta años sin ser General, porque las épocas extraor-

dinarias en la vida de los pueblos adivinan y forman sus héroes, y la de nuestro país abrumada bajo el peso de una atmósfera de indiferencia glacial para nuestros penosos sacrificios, no ha previsto, ni aún se ha detenido un instante á examinar lo que se puede esperar de aquelios que abrazaron la carrera militar impulsados por la vocacion, y no como un ántro de refugio á una vida sin rumbo.

En mi humilde opinion, creo que Campos puede ser ya un General, y si me respondeis con la arrogancia de los viejos! ¡Es muy jóven! os echaré al rostro aquel apóstrofe de Bonaparte cuando estúpidamente le increpaban su juventud: "*Muy pronto se envejece en el campo de batalla*."





II.

Por su distinguida familia el Coronel Campos pertenece á una raza, donde el valor y el patriotismo, eran hereditarios; nobles ciudadanos que consagraron todos los momentos de su existencia al bien de su país; ya en los campos de batalla, ó en la vida miserable del proscripto; y como soldado á la rígida escuela del ejército argentino que se salvó en el memorable sitio de Montevideo bajo la direccion del ilustre General Paz, renaciendo mas tarde despues de Caseros, cuando la juventud liberal acudió á las filas del nuevo núcleo para formar ese periodo tan brillante que alcanza hasta nosotros.

Esa escuela, y la larga práctica de las repetidas luchas han elaborado, permítaseme la palabra, el distinguido oficial á que me refiero, á quien adornan preciosos dotes que solo el instinto y la vocacion de la guerra los dán. Valor, entereza, actividad, altivez, (aunque alguna vez un poco exagerada) organizacion, tenacidad, rigidez estrema cuando el caso lo requiere, contrabalanceando con el cariño

paternal hácia el soldado: esas son las nobles disposiciones del bravo del 24 de Mayo, de San Ignacio y de Peribegui, á eso hay que agregar un carácter recto muy grande, que por una aberracion de las cosas humanas, se encuentra oculto en una figura muy pequeña que justifica el proverbio latino:

Alexander magnus erat parvulus

Táctico prolijo: en el campo de batalla maneja sus tropas con la calma del bravo y la habilidad de la experiencia, su serenidad estimula y derrama la confianza entre los que están á sus órdenes, y mas de una vez ha trasformado una situacion difícil en una expléndida victoria. No existe un campo de batalla donde no se haya distinguido esa figurita de hombre grande.

Posée algunos defectos de carácter que sus amigos se los perdonamos; porque en la pesada balanza de sus buenas cualidades son un grano de arena, sobre todo tiene derecho á tener defectos este noble ciudadano á quien su país le debe tan relevantes servicios, y cuyas acciones afamadas están incólumes en la memoria del ejército.

En todos los puestos que ha desempeñado ha demostrado contraccion constante, y una equidad á toda prueba.

Como escritor nadie lo conoce y habrá tal vez quien sonría al leer esta frase, pues bien, poseo en mi modesto archivo páginas preciosas, no solo por los importantes datos históricos que contienen, sinó por su estilo conciso, claro y lacónico que desenvuelve con interés los sucesos que narra.

Luis Maria Campos puede reasumirse en un grupo de cosas buenas. Celoso ciudadano: intrépido soldado: distinguido general: rígido superior: enemigo del desórden: esclavo del deber, leal amigo. Es esto pues lo que constituye uno de los mejores elementos del ejército argentino.

Con él la disciplina es un culto, y el deber una gloria.





III.

AHORA voy á hacer una breve reseña de los servicios del coronel Campos, escrita al correr de la pluma, y como no he consultado sinó mi mala memoria es equitativo que se disculpen los errores que pueda cometer en el trascurso de este relato.

Era el año de 1859. Luis Maria Campos era estudiante y entre los problemas de la ciencia se deslizaba su vida agitada, ya por el sueño de los combates.

La vocacion de las armas encarnada estaba en su espíritu como la única aspiracion de su existencia, y agitado sin cesar por sus sueños de gloria, su vida era impaciente como la del prisionero indómito que sacude sin cesar los pesados hierros que le abruman. Aquiles esperaba la espada del mercader Itasense.

Al primer anuncio de la guerra civil, de aquella lucha de hermanos sin razon, que á pesar de nuestras buenas intenciones, debíamos sostener por los

principios, Luis Maria Campos se creyó libre; el estudiante se hizo soldado, haciendo su primer aprendizaje en una compañia de guardias nacionales del batallon del comandante Castro, que á las órdenes del capitan don Héctor Varela marchó de guarnicion á Martin Garcia.

Despues de algun tiempo de estacion en la Isla ascendió á Sub-teniente con gran contento de sus amigos, que ya comprendian la supremacía de su carácter y la rectitud de su corazon.

La compañía del capitan D. Héctor F. Varela, fué embarcada en lo que llamábamos en ese tiempo nuestra escuadra, que jugaba el tira y afloje con los buques de la Confederacion.

Luis María Campos subió á bordo del vapor Caaguazú, como jefe del piquete de guardias nacionales que guarnecian este buque, y por consecuencia llegó hasta Montevideo donde refugiados los buques enemigos, eludieron el combate, sin duda por no encontrarse en condiciones ventajosas, lo que dió lugar al regreso de nuestra escuadra, dirigiéndose á San Nicolás de los Arroyos, que es donde estaba el Comandante Castro con su Batallon, al que se incorporó la compañía del capitan D. Héctor F. Varela.

El batallon del Comandante Castro estaba pronto para marchar á Cepeda cuando tuvo lugar esta jornada y así pudo solo protejer en parte la retirada de nuestro ejército, sin haber podido, por la fatalidad de los sucesos, encontrarse en esta batalla tan gloriosa para la infantería de Buenos Aires.

La retirada de Cepeda, es una de las más bellas páginas de la vida militar del General Mitre.

¿La batalla de Cepeda seria acaso el reverso de la medalla?

La historia imparcial decidirá; y aunque á la simple vista, la crítica del arte de la guerra no disculpa una sorpresa á las doce del dia, sin embargo, el estudio detenido de nuestros actos militares, ocasionados muchas veces por el poco respeto con que se obedecen las resoluciones superiores, levantaria de muchos cargos á nuestros generales, no olvidando por consiguiente, al mismo tiempo aquel dicho de Marmont. El mejor general es el que comete menos errores.

Nuestros ejércitos son improvisados bajo la base de una division de línea, compuestos de elementos hetereogéneos y generalmente pequeños en número, lo que hace que la disciplina contemporice en vista de estas razones, y cuando la disciplina no está afianzada en el sólido pedestal de la obedien-

cia pasiva, imposible será que no se encuentre alguna circunstancia atenuante en el conflicto sufrido por el general.

Despues de la jornada de Cepeda, el ejército se retiró á Buenos Aires, prévio el combate naval del 27 de Octubre.

En el corto sitio que tuvo que sostener aquella ciudad, el Sub-teniente Campos ascendió á teniente 2°, dejando al poco tiempo las armas por haberse cerrado el templo de Jano.





III.

Al iniciarse la campaña de Pavon, en el año 1861, el teniente 1° de Guardias Nacionales que ya lo era Luis M. Campos, fué reconocido en su grado, de línea, y marchó con otros distinguidos oficiales á San Nicolás de los Arroyos, á formar el 6º de línea, á las órdenes del entónces comandante Arredondo.

Este cuerpo se incorporó á nuestro ejército y tomó parte en la batalla de Pavon, en la que el teniente Campos, presentó al general en jefe la bandera tomada al batallon San Luis, traida por Saá.

El general en jefe recompensó la accion con un fuerte abrazo, demostracion mímica que presagiaba su hermoso porvenir.

En el combate de la Cañada de Gomez; especie de reaccion del valor ultrajado, en que nuestra caballería vindicaba por un golpe audaz sus anteriores derrotas, el 6° de línea tomó parte siendo en todo la influencia moral de ese hecho. El teniente

1º Luis M. Campos ascendió á Ayudante Mayor, teniendo sus despachos la fecha de ese dia.

Entónces el batallon 6º de línea marchó á las Provincias dirigiéndose á Catamarca, de donde fué enviado el ayudante Campos á Tucuman, á disciplinar un contingente de cien plazas que enviaba aquella provincia al ejército. Lo único que llevaba eran diez guardias nacionales y cuatro cabos instructores, lo que dió lugar á creer en Tucuman, que el contingente se sublevaría, y pagaría cara su osadía el ayudante Campos.

Así sucedió, porque en Santiago del Estero, en el pueblito de Choya, se declaró un motin en los reclutas, bandidos todos de profesion, y solo la energía y decision del ayudante Campos y su valiente escolta, pudieron contener la sublevacion, teniendo que dar muerte á uno y herir á varios otros.

De allí marchó precipitadamente á Córdoba, haciendo las 255 leguas que hay de Tucuman á este pueblo, en veinticinco dias, con noventa y siete plazas. En esta época ascendió á Capitan, marchando á San Juan en circunstancias que el Chacho llamaba á los héroes de la anarquia á su roja bandera, pisoteando nuestras instituciones. ¡Que anomalía! él, el proscrito y el bravo luchador, en otro tiempo, por las libertades argentinas!

La provincia de San Juan se puso sobre las armas, y el capitan Campos fué nombrado instructor y comandante de la guardia nacional; pero pronto tuvo que volver á su Batallon, por tener éste que marchar á la campaña de la Rioja.

La campaña de la Rioja duró un año, y el capitan Campos habiendo seguido todas las peripecias de este penoso período, tuvo la gloria de encontrarse en algunos pequeños combates, que me veo obligado á pasar por alto por no dar mayor estension á estos ligerísimos apuntes, y solo agregaré que en esta época sirvió tambien como secretario del entonces comandante Arredondo.

Al concluir la campaña de la Rioja, fué nombrado el capitan Campos, Sargento Mayor graduado de la Mayoría del Batallon 6° de línea.





IV.

ESTANDO este Batallon en la Provincia de San Luis, en el fuerte Diamante, recibió órden para marchar á la campaña del Paraguay, saliendo del pié de Los Andes el 29 de Abril de 1865 encontrándose el 17 de Agosto del mismo año en la Batalla del Yatay.

En esta horrible carnicería, el Mayor Campos hubo de perder la vida luchando cuerpo á cuerpo contra dos paraguayos, casi sin armas, por habérsele roto la espada al dar un hachazo á uno de los enemigos que me hubiera quitado el trabajo de escribir estas líneas, á no haber sido socorrido por sus soldados que cambiaron el rol del episodio.

Tambien asistió á la rendicion de la Uruguayana, siendo acreedor, por consecuencia, á las dos medallas decretadas, por los gobiernos Oriental y Brasilero.

El ejército hizo campamento en las Ensenaditas, descansando de las fatigas de la penosa campaña de Corrientes, haciendo los preparativos para

efectuar el pasage al territorio enemigo, al mismo tiempo que los cuerpos completaban su instruccion militar.

Como cuerpo maniobrero y preciso en sus movimientos, el 6 de línea llevó la palma en esa época, y un dia el general D. Bartolomé Mitre viéndole maniobrar, esclamó lleno de entusiasmo.

"Si este Batallon estuviera en un campamento francés, al mas lucido de sus cuerpos no tendría nada que envidiar," ese dia el santo del ejército fué —Se lució el 6 de línea.

El 16 de Abril de 1865, parte de nuestras tropas pisaron la tierra enemiga, siendo el 6 de línea el primer batallon que desembarcó.

Despues del paso aparece el combate del 2 de Mayo, batalla que habría sido perdida por nuestra parte, si el ejército enemigo hubiera sido mandado por un hábil general, capaz de abarcar con su vista de águila, nuestra crítica situacion al principio del combate, apoyando, se entiende, á ese movimiento con fuerzas considerables.

El batallon del Mayor Campos no tomó parte activa en esta jornada como todo el ejército argentino, á escepcion del bravo 1° de Línea, que á

las órdenes del coronel Segovia se coronó de gloria.

Pasaré por alto el combate del Estero Bellaco, 20 de Mayo, que es insignificante considerándole relativo al resultado material de las pérdidas de esa jornada, y me detendré en la batalla de Tuyutí, 24 de Mayo de 1866.

La batalla de Tuyutí era defensiva para el ejército aliado que fué atacado inopinadamente en sus posiciones: la izquierda del enemigo avanzó en órden paralelo, rebasando su valiente caballería nuestra derecha. La del ejército paraguayo en su mayor parte la formaba su infantería, que hizo un movimiento perpendicular que por el monte del Sauce, ocultaba estratégicamente su intencion de envolver la extrema izquierda del ejército brasilero.

En un momento la batalla fué empeñada en casi toda la línea, y referiremos solo las peripecias que tienen relacion con este relato.

A vanguardia de nuestra izquierda fueron destacados el 4 y el 6 de línea; esta maniobra audaz no respondia á ningun principio táctico, porque esos batallones aislados por algun tiempo y sin apoyo relativo para la batalla, que para nosotros era defensiva, en mi modo de ver era un error, y solo la intrepidez de esa brigada mandada por el

valeroso Arredondo, por Fraga y Campos, y otros afamados oficiales, pudo detener el torrente de la caballería paraguaya.

Aquella vorágine humana se precipitó sobre los dos pequeños montones de soldados argentinos.

Eran ochocientos ginetes paraguayos! Pintoresco espectáculo presentaban aquellos bravos enemigos! Hombres de inmensa talla con la tez cobriza y la mirada altiva, el pesado morrion de cuero hácia atrás sujeto en el barbijo; el brazo musculoso, levantado, blandiendo el filoso sable, aquel sable que nos recordaba los hachazos de Waterloo; las piernas nervudas, desnudas, oprimiendo el flanco de los potros recien domados que desbocados se arrojaban sobre nuestros soldados: no se oía sinó la voz animosa de sus oficiales, gritando que no desmayasen, y el repiqueteo de aquellas inmensas espuelas que sangraban los hijares de sus torpes redomones. Avanzaban rápidos levantando una nube de agua de los esteros que pasaban en espantoso desórden: la metralla abria claros inmensos en sus escuadrones; pero una disciplina sobrehumana cerraba aquellos claros con una rapidez digna de encomio. Veloces como el rayo se lanzaron sobre los cuadros, haciendo flamear sus banderas sobre las cabezas de nuestros soldados; pero allí había otra disciplina, otro heroismo, y otro deber; era el de los hombres

libres que rechazaban el furor de aquellos centauros mas dignos de la epopeya de la libertad, que del poema sombrío de la tiranía. Sufriendo grandes pérdidas se corrieron á nuestra derecha, y alli sablearon un cuerpo que encontraron en mala situacion.

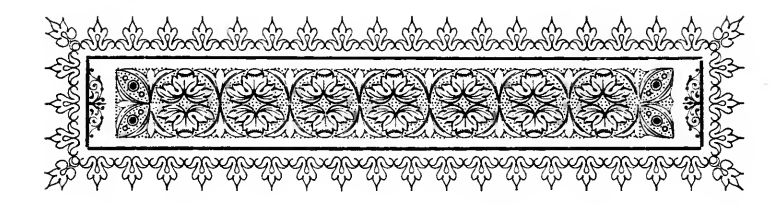
En esta batalla el mayor Campos y sus bravos compañeros demostraron el temple de su alma: nunca habian visto el efecto terrible de una carga de caballería, que carga á fondo con ímpetu, y solo retrocede cuando es diezmada y vé entre raudales de sangre su impotencia.

Con la fecha de esta batalla son los despachos de teniente coronel graduado, del que es hoy coronel Campos.

Ahora permítaseme una digresion.

Si Lopez hubiera tenido un general de caballeria, no como Montbrun, Lasalle, Blucher ó Lavalle sinó algo mas mediocre, y guardado hubiese algunas reservas, quien sabe lo que hubiera sucedido.





V.

Despues de la gran batalla de Tuyutí, las operaciones se paralizaron, y solo llamaba la atencion del ejército, los pequeños combates que tenían lugar en el montecito del Yataí-tí-Corá, en alguno de los cuales escaramuceó el 6º de línea.

El 10 de Julio, en ese mismo punto, se inició un combate, en mas grandes proporciones que los que hasta entonces habian tenido lugar: la noche separó á los combatientes para volverlos á reunir el dia 11 en una reñida batalla, en la que el 1º de línea con el bravo Roseti á la cabeza, se cubrió de sangre y gloria, rechazando con el batallon "San Nicolás" y "El Correntino" el rápido desborde de la infantería paraguaya, mucho mayor en número que aquellas fuerzas.

En este combate como en otros se podia probar los errores escritos con la sangre de nuestros soldados; porque es notorio que si en alguna parte el proverbio aquel, "La letra con sangre entra" fué una verdad, es en la Guerra del Paraguay donde se pagó bien caro la experiencia adquirida.

La batalla del 11 concluyó á las ocho de la noche, por la retirada de los paraguayos abrumados por el fuego de los argentinos.

En este último momento el comandante Campos recibió la órden del General Rivas de relevar á la Legion y al 3 de línea que primeros habian ocupado el montecito y tenian casi agotadas sus municiones: la órden fué cumplida al pié de la letra; tanto por el Comandante Campos, como por los otros valientes jefes, á quienes se les encomendó el honor de esta carga, produciendo en seguida la retirada de los paraguayos, que hasta ese momento habian permanecido combatiendo. del otro lado del Estero.

El 16 y el 18 de Julio el Batallon 6 de línea no tuvo parte activa en esos combates, y solo se limitó á protejer la retirada de nuestras tropas, rechazadas en las memorables jornadas del Boqueron; marchando el último dia á prestar igual servicio al Batallon 12 de línea, que mandado por el intrépido Ayala y nuestro valiente amigo Mansilla repelía enérgicamente la caballeria paraguaya por nuestra derecha.

Despues de los combates del Sauce (16, 17 y 18 de Julio de 1866) aparece Curupaytí chorreando sangre; en aquel combate tenaz y heróico, sublime

sacrificio del soldado que pelea sin la esperanza de la victoria, que se bate para morir, ni aun por la vida como César en Munda, sin ver caer un solo de sus enemigos que en su sarcasmo horrendo, parapetados en su invencible posicion, abrumaban nuestro ejército bajo el peso de una catástrofe terrible; allí en esa egregia epopeya del sacrificio, allí donde se probó el temple del soldado argentino, porque jamás en nuestras guerras hubo nada parecido á Curupaytí, el Comandante Luis Maria Campos aumentó el número de los héroes de ese dia, su batallon fué hecho pedazos, y él, herido de un balazo en un brazo, no cedió el terreno hasta no haber recibido la órden superior.





VI.

A CONSECUENCIA de la herida recibida en Curupaití, el Comandante Campos regresó á Buenos Aires y no estando restablecido aún, se incorporó á su Batallon que se encontraba en el "Fraile Muerto" con las tropas que debian operar contra los insurrectos de Mendoza, que proclamaban la anarquía, y desgraciadamente probaban nuestra debilidad en el exterior, en los momentos en que la República estaba empeñada en una guerra extrangera.

¡Qué pensaria el Brasil en ese tiempo de nosotros!

Al siguiente dia de llegar el Comandante Campos al "Fraile Muerto," recibió órden del General Arredondo, para marchar con su cuerpo, el Batallon San Juan, y dos piezas de montaña en proteccion del general que operaba una retirada sobre el Rio Cuarto perseguido por el enemigo con un ejército mucho mas numeroso que el suyo. El comandante Campos tuvo que hacer con sus tropas una marcha de treinta y seis leguas en diez y siete horas, y la juncion á las fuerzas del General Paunero dió

por resultado el retroceso del enemigo hasta San Luis. Organizado en el Rio Cuarto el ejército del Interior, obtuvo el Comandante Campos el mando de las fuerzas con que se habia incorporado.

En estas circunstancias el ejército enemigo, fuerte de 5,000 hombres, se encontraba en la provincia de San Luis y Mendoza, y habiendo concentrado en la primera de estas provincias, toda su fuerza, marchó sobre el ejército del General Paunero que solo contaba con 3,400 hombres, que por una coincidencia tomaba la ofensiva al mismo tiempo que el adversario.

Cuando el ejército del General Paunero llegó á San José del Morro, fué fraccionado en dos columnas, tomando el mando de una de ellas el entonces Coronel Arredondo, que evolucianaría sobre la villa de Mercedes, á fin de batir al Coronel Videla que se encontraba allí con mil hombres.

El Comandante Campos que marchaba en esta division, llegó á la Villa de Mercedes, ya abandonada por las fuerzas del Coronel Videla y 500 indios de la Pampa, sus auxiliares, las que se habian dirigido á San Luis á incorporarse al grueso del ejército insurrecto.

El Coronel Arredondo, viendo frustrada su intentona, avanzó sobre San Luis operando en combi-

nacion con el General Paunero un movimiento, de avance, y designando por punto de reunion el Rio Quinto. El Coronel Arredondo llegó á ese Rio, pero no encontró al General Paunero, porque éste estaba á dos leguas mas abajo de la reunion indicada.

Apenas habian trascurrido seis horas que descansaba la tropa de las fatigas de tantas marchas rápidas, cuando el jefe de la vanguardia anunció que el enemigo se aproximaba. Inmediatamente se formaron las fuerzas en disposicion de combate, y los 1,700 veteranos de la campaña del Paraguay, á las órdenes del Coronel Arredondo, esperaron con la calma del viejo guerreador el ataque de los insurgentes, cuyas fuerzas de las distintas armas alcanzaban á 5,000 hombres. Este ejército confiado en su número, avanzaba con imprudente audacia y una resolucion manifiesta de llevarse todo por delante.

Un instante la batalla fué defensiva para las fuerzas del Coronel Arredondo, en vista de la numerosa caballería del enemigo, quien conociendo su superioridad numérica, desplegó cinco batallones y diez piezas de artillería con la intencion de apagar los fuegos de la division de Arredondo; al mismo tiempo que amenazaba con numerosos escuadrones.

El Comandante Ivanowski y el Coronel Segovia sostenian con bizarría la derecha, en el centro esta-

ba el Comandante Campos, y en la izquierda creo que el Mayor del 6, siendo auxiliado por un cuerpo de caballería.

El fuego del ejército rebelde era vivo y tenaz y aumentaba gradualmente; nuestra izquierda se había visto obligada á retroceder á consecuencia de una carga de caballería, que audaz lanzó el enemigo, á pesar de haber sido protegida por el batallon San Juan.

Las circunstancias eran críticas; momentos de hesitacion muy grande: la izquierda había cedido el terreno y el fuego nutrido del enemigo incendiaba la pequeña division de Arredondo. Entonces el Comandante Campos, comprendiendo que solo por un golpe de audacia podria ganarse una victoria ya comprometida, le dijo al Coronel Arredondo:

Coronel, ¿quiere que cargue á la bayoneta? y éste le contestó con su calma jamás desmentida, mirando atento el progreso de la batalla, con aquella mirada penetrante que centelleaba en sus dos pequeños ojos:

¡Cargue Comandante!

El Comandante Campos se puso al frente de su

batallon, hizo tocar el himno del General Lavalle, y arremetió á la bayoneta con su valor proverbial.

El enemigo no cede el terreno, al ver el reducido número del batallon 6 de línea que con 257 plazas quiere arrebatarles la victoria, á ellos, que son 1,200 hombres de infantería, al contrario conociendo la influencia de la ofensiva arremete á su vez y las bayonetas se cruzan, y lo que no se ha visto en la campaña del Paraguay, y solo una vez en la guerra de la Independencia en la batalla de Ayacucho, y tres veces en las guerras de la Revolucion francesa y del Imperio, aquí se repite con encarnizamiento.

El Comandante Campos avanzó al frente del 6º de línea y cuando apenas veinte metros separaban á los combatientes, ambos se detenían como admirados de su misma audacia. Aquel es el momento supremo que dá el triunfo ó la derrota; en ese instante un átomo de audacia dá la victoria, aunque la fuerza numérica del contendor lleve la ventaja. Así fué, el Comandante Campos conociendo la situacion, se arrojó el primero sobre el enemigo: el abanderado de uno de sus batallones es muerto por un balazo descargado por él y le arrebata, le quita la ensangrentada bandera que flameaba para nuestro descrédito en poder de argentinos. Esta es la señal del combate, los soldados enemigos se lan-

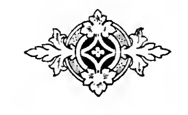
zan sobre Campos, le arrojan del caballo al suelo y amontonados sobre él, todos quieren herirle, todos intentan darle muerte, y esto fué sin duda lo que salvó aquella vida destinada á otras hazañas; esa confusion de tigres para herir á su presa dió lugar á que llegara el 6° de línea y pusiera en completa dispersion á la infantería enemiga.

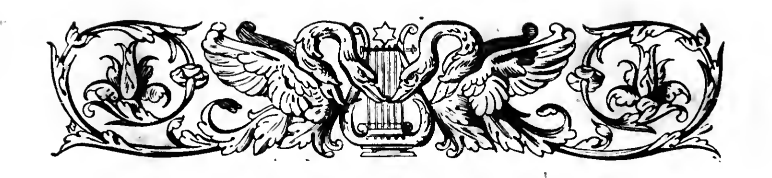
Al rededor de donde había caido el Comandante Campos quedaron 54 muertos.

Esta es la batalla de San Ignacio, y por su brillante comportacion en esta jornada, Luis Maria Campos fué ascendido á Teniente Coronel efectivo.

Este episodio es uno de los hechos mas brillantes de la vida militar del Comandante Campos.

La campaña del Interior concluyó con la batalla de San Ignacio, despues de la cual regresó el 6 de línea, al ejército del Paraguay.





VII.

En ese tiempo nuestro ejército sitiaba á Humaytá, ocupando la segunda línea del cuadrilátero.

El 16 de Julio de 1868 tuvo lugar el ataque llevado por el General Osorio, por nuestra derecha á ese campo atrincherado.

En esta jornada, el ejército argentino se concretó á hacer una demostracion por el centro, y el batallon 6 de línea con los dos Batallones del Comandante Obligado, ocuparon la vanguardia, sin que tuviéramos que lamentar en ese dia mas pérdida que un soldado herido, de los cuerpos de la segunda division Buenos Aires.

A consecuencia del contraste que sufrimos el 18 de Julio del mismo año en el Chaco, el 6 de línea fué agregado á las tropas que allí mandaba el General Rivas, á cuyo cuidado estaba esa posicion tan formidable, que en honor de sus constructores, fué hecha con todas las perfecciones del arte.

La laguna Iberá frente á la posicion ocupada por la desesperada guarnicion de Humaytá, fué el teatro violento de marítimos combates donde entre las tinieblas de la noche fueron despedazadas las fuerzas paraguayas que intentaban retirarse.

Habiéndose ausentado el General Rivas á la parte opuesta de la Península donde se encontraba el Coronel Ivanowski, el Comandante Campos quedó interinamente al mando del reducto.

Anteriormente habia rechazado el enemigo dos parlamentarios á balazos, mas tuvo la buena suerte de ser admitido el que le envió el Comandante Campos, con el padre Esmeralda.

En el primer momento le hicieron fuego, mas el bravo sacerdote sin inmutarse levantó una cruz que llevaba y doblando la rodilla en tierra les gritó, pidiendo que lo escuchasen un instante.

Martinez tuvo una larga conferencia con él, resistiéndose siempre á entregar las armas, pero al fin convencido de su completa impotencia se rindió el 5 de Agosto con los demacrados restos de la guarnicion de Humaytá que se componia de ochocientos hombres.

La lid contínua y encarnizada que tuvo por teatro ese pequeño y pintoresco espacio, es digna de todo encomio, esa lucha encarnizada de doce dias será siempre una corona de gloria para ambos combatientes. *Los paraguayos hicieron todo lo que prescriben las leyes del honor y el ejemplo de los bravos.* ¡Hicieron mas! muchos murieron de hambre antes de rendirse, y otros se suicidaron.

Despues de esta época recibió el grado de Coronel graduado el Comandante Campos, y habiendo seguido las operaciones de nuestro ejército sobre la línea del Pikicirí, se encontró en el asalto y batalla Itaivaté, el 27 de Diciembre de 1868 y debido á sus buenas disposiciones tácticas y á su serenidad se debió el triunfo de una difícil situacion.

En esta jornada el Coronel Campos era jefe de la 2ª Division, compuesta de los batallones 4º, 5º y 6º de línea y el Rioja y Catamarca.

El Coronel Campos ocupaba la estrema izquierda de nuestra línea, y habiendo salvado la fortificacion enemiga, avanzó en escalones sobre la infantería paraguaya que retrocedía velozmente. La vanguardia de éste ataque la llevaba el 4º de línea con su coronel á la cabeza, el malogrado Florencio Romero, que agitado siempre por su indomable valor, jamás obedecia las leyes de la prudencia, y

en pós de ese ardor que le seria fatal en este dia, avanzaba llevando el batallon desplegado; desorganizado por los accidentes del terreno y la clase de tropa que componia el 4.° de línea: eran la mayor parte reclutas.

El Coronel Campos abarcó en un instante esta situacion, y sobre el particular amonestó varias veces al Coronel Romero, quien llegó hasta exasperarse, por una insinuacion amistosa.

El Coronel Romero resbalaba en la pendiente de su fatal destino, entusiasta y enardecido por el aspecto de su aparente victoria y el estruendo del combate, no sospechaba que sería la primera víctima escojida por su misma bravura.

Rápidos cien ginetes de la escolta de Lopez, como el rayo de la desesperacion, cargan á fondo sobre una fraccion del batallon del Coronel Romero: él es la primera víctima que sucumbe al esfuerzo del brazo de un soldado paraguayo: un hachazo le hiende el cráneo, una bala le horada el vientre, y un torrente de sangre inunda aquella faz tan noble y tan hermosa. Turbado por el golpe mortal cae del caballo, reacciona, se levanta, vaga la mirada, busca algo con ansiedad, algo que reanime la inercia de la agonia, Campos corre á él, á su amigo, á aquel pedazo de su existencia.

Romero arrancó un esfuerzo supremo á la vida, y una mirada de águila se escapó rápida de sus grandes ojos ya vidriosos... y un momento despues muere.

Una parte del batallon 4.º de línea es convulsionado completamente á pesar de los esfuerzos desesperados del bravo Bernal y sus dignos oficiales: el pánico con sus negras sombras cunde en el 5.º de línea, pero el arrogante Levalle contiene á balazos el estupor fatal; el 6.º de línea se estremece, pero alli está Campos, Arias y otros oficiales que reaniman la moral No hay nada que se sobreponga mas al peligro que el ejemplo de los bravos: el espíritu militar reacciona, y merced á los esfuerzos de todos los jefes de la division, renace el fuego sagrado, y lo que debia ser una derrota, se transforma en una espléndida victoria.

La division del Coronel Campos arranca á bayonetazos á los paraguayos el triunfo que en ese momento fué general en toda la línea.

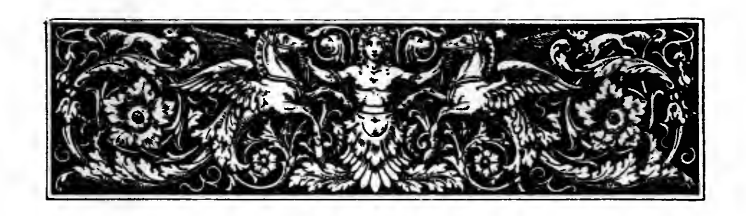
En este combate el Coronel Campos sintió todo el peso de la responsabilidad de un contraste, que para un jefe superior es peor que arrojarse en los brazos de la muerte.

Esta victoria fué debida á la serenidad y disposiciones tacticas de Campos. Convulsionados sus

dos escalones de vanguardia, restableció el combate y arrancó la victoria con los de retaguardia.

Poco tiempo despues de la batalla de las Lomas, fué ascendido á Coronel efectivo.





VIII.

AHORA, al hablar de los sucesos de la campaña de Azcurra (1869) que recientemente han tenido lugar y que todo el mundo conoce, me limitaré á aumentar simplemente el número de los episodios en que se ha encontrado el Coronel Campos, con la direccion superior de las fuerzas argentinas que operaron con el ejército del Conde d'Eu.

Al apresurar el príncipe la marcha de flanco, de 16 leguas, que debia tomar la retaguardia de Lopez, encontró en Sapucay, el primer obstáculo, combate insignificante que allanó el camino hasta Peribebuy, donde el Coronel Campos fué condecorado por el conde de Eu, por su brillante comportacion y la de las valientes tropas argentinas (12 do Agosto de 1869), Peribebuy trajo la batalla de Barreiro Chico, el 16 del mismo mes, y el 18 el combate de la picada de Caragüatay, últimos combates, en los que ha sido actor nuestro querido amigo.

Hasta la fecha, estos son los servicios del Coronel Campos.

Esta es la historia militar del 6 de línea, y tambien es la página gloriosa de algunos de los gefes del ejército, cuya carrera brillante ha seguido casi el mismo derrotero que la del Coronel Campos.

Asuncion 1869.





IX.

Hasta aquí lo que se escribió en otro tiempo para el coronel. Ahora en dos palabras arribaremos hasta nosotros; es decir alcanzaremos al General.

En el presente como en el pasado es el mismo hombre vigoroso, adornado además con la larga experiencia de su vida militar.

A los servicios ya mencionados agregaremos nuevo realce, asistió á la primera campaña de Entre Rios en 1870, con el batallon 6.° de línea siendo jefe de brigada y fué actor en la batalla de Santa Rosa, y á la segunda en 1872, en que mandó en jefe el ejércíto del Uruguay.

En la revolucion del año de 1874 tuvo el mismo carácter en el ejército del Oeste, y contribuyó poderosamente, como su hermano el bravo Coronel D. Julio Campos, al desenlace de Junin.

Despues de aquella época fué nombrado Comandante General de Armas, siendo Ministro Interino cuando Roca marchó á la espedicion de Rio Negro, algun tiempo despues fué ascendido á general.

Hoy manda una division, y vive tranquilo en su hogar virtuoso, como un patriarca, la felicidad le sonrie y la satifaccion de haber cumplido su deber.

Soy su amigo desde la infancia: hemos llevado alegres la ruda vida de soldado raso; juntos limpiábamos nuestro fusil fulminante y arreglábamos nuestra pesada mochila: le he visto rápido en su carrera ilustre dejarme atrás, y al conocer las razones poderosas de sus ascensos, se ha derramado siempre el contento en mi corazon de amigo. En los altos puestos que ha ocupado nunca le he pedido, ni nunca me ha dado nada, mas, por eso mismo debia en holocausto á un noble sentimiento escaso en estos tiempos, presentarle hoy que no espero nada de él, este empañado espejo para que vea su retrato. No será resaltante el colorido, mas si sincero, retrato hecho por un hombre que siempre rindió un culto constante á la lealtad.





X.

Recuerdo que un dia me dijo, su digna y distinguida compañera esta frase:

—La referencia que Vd. hace de Luis Maria, en la retirada de Curupayti, me ha arrancado lágrimas.

Ahora á mi vez esclamo:

¡He aquí el reverso de la medalla! Los hijos del héroe podrán decir mas tarde

—Mi padre fué un antepasado: mi madre la hija de un libertador de pueblos oprimidos, que borró los errores del pasado elevando con patriotismo un pueblo esclavo y proscrito al rango de una nacion libre y constituida.

Eso dirán sus hijos; mientras que el surco luminoso que deja el progenitor en la historia de los

bravos muestre al soldado venidero el derrotero del patriotismo y del honor, en el campo de batalla.

Mi deuda de justicia y de cariño está cumplida.



EL HOMBRE DE A CABALLO

(ESCENA DE LA VIDA CAMPESTRE)



I.

Con cuanto sentimiento veo desaparecer el gaucho: ese tipo tan bravo en los combates, tan constante en el sufrimiento y tan patriota en las grandes emociones del ciudadano.

¿Era acaso un contraste con la civilizacion y el progreso que se guardase incolume esa enérgica personalidad argentina? ese héroe de las llanuras que ha regado con su sangre benéfica los mas grandes hechos de la historia nacional, esa manifestacion genuina de un suelo vigoroso, donde corren en silencio, sin afectacion inmensas columnas de agua, y se hierguen altivos, enormes peñascos de puntas de plata, como un monumento de gloria que se arroja al cielo.

¿Acaso la Rusia no posée el cosaco, el Austria, el madgiar, la Inglaterra el highlander, la Francia, el spahis, los Estados Unidos, el traper; y así otras naciones?

Es que los pueblos necesitan como una fuerza constante esos elementos vigorosos; porque á ellos está vinculado con férreos lazos, el patriotismo y el amor á la independencia, que desde Sagunto á Zaragoza y el Paraguay nos dán ejemplo de lo que es capaz un país viril.

Napoleon aludiendo á la resistencia vigorosa de la España, decia: "Al único general que yo temo, es al general español *No me importa.*"

Tenia razon; ni las derrotas, ni las matanzas en masa arredró á ese pueblo enérgico que enseñó á la vencida Europa, á vencer con paisanos las águilas de la victoria.

Nosotros los argentinos, en momentos en que las colonias estrangeras reviven poéticamente en sus alegres romerías los santos recuerdos de la pátria, dando vida nacional á sus venerandas tradiciones, borramos en el presente, de la belleza del pasado, el traje nacional, cambiando su elegancia y los pliegues armónicos de la tela que lo forma por un vestido ridículo, que compuesto de dos elementos antagónicos en estética, se despide como un bufon, de una tradicion que ha podido conservarse como un dulce canto de la cuna entre el silvido progresista de la humeante locomotora.

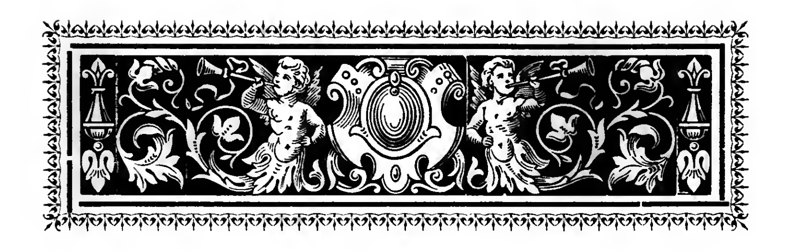
¡Ah el traje nos lleva el gaucho para no volver mas! ¿Lo echaremos alguna vez de menos? ¡Quien sabe!

Ahogad las gloriosas tradiciones de un pueblo, y estoy seguro que cuando golpée el invasor con las culatas de sus fusiles la puerta de la frontera, no encontrareis á ese pueblo firme en el campo de batalla.

Y ya que se enseña tanto saber en las escuelas; porque no se levanta con la prédica incesante, un altar constante en el inocente corazon del niño, á la memoria de los grandes hechos para que sepa que todo lo debe dar por ese deber sagrado que se llama el patriotismo, y que ha de identificarse con estas dos grandezas: las dos glorias de la humanidad.

El trabajo para el ciudadano, el sacrificio para el soldado.





II.

Voy á bosquejar aunque imcompleto un pequeño cuadro de nuestras costumbres nacionales.

Esta vez elegiré el domador, tipo rudo y valeroso, que asombra al europeo, porque en ninguna parte del mundo, el hombre lucha tan sin resguardo contra el bruto embravecido.

Solo en las regiones del Plata se ven esos soberbios jinetes que ejecutan sobre el potro indómito verdaderas hazañas de fuerza y de equilibrio.

Alguna vez no me atrevo á narrar las gineteadas que he presenciado en mis largas correrías; por que me parece que la sonrisa de la duda pasea sarcástica en los lábios del que me escucha.

Montar un potro en pelo con espuelas, dejándose caer el jinete al pasar la tranquera del corral sobre su arqueado lomo: saltar sobre un novillo y sostenerse en medio de los ridículos y pesados mo-

vimientos del animal al que se le mueve la piel como si estuviese despegado del cuerpo, ir á toda furia, pegarle un fuerte golpe entre las orejas al noble bruto que monta y caer parado con las riendas en la mano como si se tratara de la cosa mas natural del mundo, estas y muchas otras pruebas de destreza y sangre fría encontraría en el espeso acopio que guarda en silencio la azarosa existencia rural.

Por hoy presentaré al domador conchavado; es decir, el hombre del oficio que por un miserable salario juega su vida á cada instante, y que despues de arrastrar una existencia entre golpes y sacudones, al fin lo mata un potro.





III.

Estamos en la estancia. Próximo á las casas el gran corral de palo á pique con su tranquera al frente. Mas allá el palenque de los caballos donde hay algunos atados. Entre el palenque y el corral un fogon rodeado por media docena de paisanos en cuclillas tomando mate.

La mañana está deliciosa: el sol derrama su luz templada sobre la silenciosa pradera que se estiende sin límites en circulante forma.

Un silencio solemne domina la escena; interrumpido de cuando en cuando por la conversacion de los gauchos del fogon.

Próximo á ellos se encuentra un jóven de aspecto varonil y nervudo: su edad no pasará de veinte y cinco años: veinte y cinco años bien trabajados: está arreglando un rollo en la cabezada de un apero de domador: su sóbrio traje especial y liviano consiste en muy pocas pilchas. La vincha,

para que no le incomode el pelo, le sirve de sombrero: en mangas de camisa, se las ha arremangado hasta la extremidad del antebrazo: con una pequeña jerga bajera raida y ligera se ha improvisado un chiripá corto, ajustado como pantalon, y sujeto á la cintura por la faja: el calzoncillo envuelto hasta arriba de las rodillas deja ver unas piernas de músculos de acero, delgadas y de correctas formas aunque ligeramente encorvadas hácia adentro: la bota de potro arrollada en el tobillo forma un ribete de relieve: la espuela grande nazarena de fierro batido, aguzada las púas como espolon de gallo de reñidero, está ajustada al talon, acortada la alzaprima, de manera que quede firme y no se mueva al asegurarse en el filo de la corona: no está destalonada; porque eso solo se usa en el paseo como una coquetería del hombre de la campaña.

Este moceton tan sereno que tranquilamente prepara todos los elementos para asegurar lo mejor que pueda su vida, y demostrar su destreza: es un domador.

Su juventud le predispone al peligro: cualquiera creería que no es suficiente hombre para arrostrar los furores salvajes del bruto; pero hay que tener en cuenta que en la campaña á esa edad uno es fuerte y vigoroso, y estamos seguros que nuestro héroe hará todo lo posible por salir airoso del lan-

ce: vá á demostrar un corage en el peligro, digno de un poema, y cuando se diga que hubo un pueblo en que todos sus hijos eran de esta estirpe se comprenderá entonces por que esa nacion nunca fué vencida.





IV.

El domador recien ha sido conchavado el dia anterior, junto con su padre que es un viejo de setenta años, al cual ocuparán en trabajos menos fuertes. Silencioso el anciano se encuentra entre los gauchos del fogon sorviendo el cimarron.

El capataz de la estancia va á probar al domador. Es necesario ver lo que dá ese mocito que tiene laya de altanero. La probada vá á ser en regla: se le hará ensillar el bagual mas bravo de la manada: un potro que parece hijo de Zebra.

—*Creo que no va á aguantar la juria del bagual: es malaso, y de un aguante que da miedo* esclama el mayordomo dirigiéndose al padre del domador.

El viejo en ese instante abandona la bombilla del mate que toma, y replica con aire herido:

—*No lo ha di voltear; mi hijo es un hombre de juerza y resolvencia, y á corajudo no recula á naides la pisada de un chimango.*

El domador que ha escùchado este cambio de frases, se endereza, con la altivez de un hombre libre, toma una actitud impaciente, y dirijiéndose á su padre le dice:

—*¡ Y si me atraca un golpe mi padre, pa que dijo la partera varon!*

Otro de los paisanos que tiene traza de compadre, al ver el aire del mozo replica con malicia.

—*Layas no corren á naides.* (1)

Siente el domador la indirecta: el puaso estimula su amor propio herido: la ira le asalta en el momento: reflexiona: se serena: enseguida sin perder su calma habitual exclama sonriendo con orgullo:

—*A sigun y conforme, pero le alvierto que dende que ando en trabajos soy laya que he corrido á muchos..... carneros.*

Una risotada general interrumpió el diálogo, y la alegría más completa fué el preludio de una escena propiamente originaria de las praderas argentinas.

(I) Calidad de una persona se dice muchas veces: aquel que tiene buena laya: buen continente. En este caso se aplica á los fanfarrones.



V.

Un estremecimiento lejano como el de un trueno continuado anuncia la marcha en tropel de muchos caballos reunidos.

Se aproxima la manada entre los relinchos y los gritos de los conductores, asediada por bocanadas de polvo, parecen reventazones de minas interminables.

El hermoso sol de la mañana dá vigor á los colores de los animales, que reviven al son de una armonía artística, en uno de esos momentos en que el pintor inspirado por la realidad de la naturaleza ejecuta una obra maestra.

Entre aquella multitud confundida, de grandes, pequeños y hermosos brutos, sobresale con garbo un potro oscuro, crinudo, grande, de cabeza levantada, altanero, ojos rápidos; parecen relámpagos inyectados de sangre, que anuncian el furor á la simple aproximacion del hombre: piernas del-

gadas y musculosas: encuentro férreo, resaltante, como si su gran corazon lo empujara afuera: vientre esbelto estendido: jarretes de acero: anca redonda: cola espesa, porruda llena de abrojos; y corre airoso con

"La crin tendida vagorosa al viento."

El tropel ya está próximo al corral. Se levantan entonces los gauchos del fogon: uno de ellos toma el lazo y lo arma con armada grande, otro un bozal al cual asegura bien el maniador y colocándose sobre un flanco por donde debe pasar la manada esperan el momento oportuno para enlazar al potro oscuro y asegurarlo.

En el instante en que se pone á tiro, uno de ellos, con la rapidez que dá la destreza inveterada, levanta el brazo y hace girar sobre su cabeza el círculo incorrecto, con cierta vaquía que impide que se cierre.

Silva el lazo, y formando trayectoría en serpenteo, el aro concéntrico y corredizo cerrándose rápidamente, cae sobre el pescuezo del potro oscuro, como un dogal que se oprime velozmente.

Apenas el bagual siente el roce de la cuerda de cuero, pega un brinco como tocado por una chispa eléctrica, que le hiciera sentir el dolor mas horrible que se pueda imaginar.

Entonces, dá principio á una lucha desesperada y brutal por arrancar el lazo de ias manos del robusto gaucho que lo aguanta con firmeza, haciendo centro de gravedad en sus nervudas piernas, arqueadas por el hábito del caballo desde la infancia, y dobladas como una guardia de esgrima, apoyando fuertemente la extremidad del lazo en las sólidas caderas. En esta segura posicion queda firme como una estaca.

Solo el hábito y el ejercicio continuado pueden dar ese vigor, y esa firmeza para resistir y vencer la fuerza enorme del bruto; aguantando como una columna de bronce los tirones desesperados del animal enardecido.

El potro furioso, tan pronto salta á un lado como á otro y de repente corre violento en direccion al paisano: en ese momento queda flojo el dogal maldito, y sintiendo ese pequeño alivio, creyéndose ya libre, se lanza con mayor ímpetu á la carrera, mas llega el último estremo de la cuerda y un tiron horrible casi lo asfixia y lo dá contra el suelo.

Jadeante, medio ahorcado, respirando fatigosamente con una expresion formidable de furor se debate en el suelo, donde ya el otro paisano le ha enredado las patas y las manos, mientras que otro le pisa el pescuezo, le ata la oreja le corta las cri-

nes para que no incomode al domador, le aseguran el bozal, le acomodan las fuertes riendas, atadas con guascas sobadas en el maxilar inferior, lo gritan, lo palmean, se burlan de él, y al fin despues de algunas sacudidas y mordiscos se queda quieto. La paz reina en Varsovia.

Entonces uno de los paisanos tomando fuertemente del cabrestro del bozal lo hace levantar. El potro se pone de pié bufando, tembloroso, inquieto, feroz, el ojo centelleante de rabia, parece la mirada de un loco sugeto en sus cuatro estremidades, y al fin se resigna astuto y se deja atar por el cabrestro al palenque: los dos apadrinadores montan á caballo para presentarle un ejemplo de mansedumbre, de esclavo domado.

Bien sujeto de manos y patas se aproxima el domador con su sóbria montura y empieza á ensillarlo á su gusto, demostrando un cuidado prolijo en que todas las cosas han de estar en su lugar. En cuanto siente el animal la cincha vuelve á inquietarse cimbrando el lomo; pero está impotente y sus esfuerzos son vanos.

Ya todo pronto le desenredan las patas, desatan el animal del palenque y lijero monta el domador mientras sus compañeros se lo tienen por la oreja del lado de montar tapándole el ojo de ese cos-

tado. El ginete entonces toma una actitud especial en la que estriba el honor de la jornada, agarra las riendas tirantes, hecha el cuerpo duro hácia atrás, encoje un poco las desnudas piernas, calza el corto estribo de palo entre los dedos mayores del pié que se pegan al borde de la carona, afirma las espuelas, y oprimiendo fuertemente sus rodillas los flancos de la cabezada, grita con coraje:

¡Larguen esa maula!





VI.

JESUCRISTO! que bagual: ¿Si tendrá el diablo en el cuerpo.

Primero pega un brinco con una agilidad de tigre enfurecido, y convulso se sacude en el aire flameando como una bandera al furor de una tempestad: enseguida cae violento metiendo la cabeza entre las piernas, y levantando casi vertical el anca, vuelve á alzarse rápido, ya por un estremo como por el otro, y forma con su espinazo, del cogote á la colà un arco peligroso para el equilibrio, de manera que el ginete en ciertos momentos se mantiene apenas sentado en un punto de la montura, solo prendido por una fuerza muscular que parece que no tuviera punto de apoyo, y un equilibrio milagroso. Los furiosos saltos y los traicioneros corcobos se repiten en distintas formas, y aunque se le vea moverse de un lado á otro al caballero samarreándolo como una vibracion tremenda, firme, sigue sosteniendo su posicion que

tiene por base la rigidez del cuerpo y la fuerza de sus piernas.

La situacion mas difícil para él, es cuando en el aire se sacude y se le vé inseguro y vacilante al parecer, como un borracho que aun no ha perdidido del todo el sentido, ó si una mano poderosa lo estremeciera sin poderlo arrancar de la montura; y sin embargo él solo reacciona, en tan apremiante momento, por mas difícil que sea su situatuacion no *charquea;* porque eso sería una deshonra: sus manos tienen firme las riendas y el rebenque que levanta de cuando en cuando, para caer con el plano de la lonja con un ruido seco sobre los sudados hijares de la indómita bestia.

De repente el potro se amaca acompasado, y cuando el ginete crée que ya no vá á bellaquear, rompe exabrupto en los corcobos mas estrafalarios, gritando como un condenado, mordiendo, espumante como un rabioso, con toda la furia de su desesperacion: tiene razon el noble bruto, lucha por la libertad, por esa sagrada riqueza que solo se compra con el sacrificio, y el juicio maduro de saberla conservar.

El ginete impasible y precavido no pierde un instante su calma, prendido fuertemente de las riendas mantiene el equilibrio á duras penas: ya

dos veces lo ha desacomodado bastante fiero; pero ha vuelto otra vez por instinto á su lugar, como por la misteriosa atraccion del peligro prevenido.

Sigue incansable el bagual furioso bellaqueando con una agilidad asombrosa, y un aguante formidable.

Al sentir las espuelas su frenesí monta al colmo, y prorrumpe desesperado en una carrera de botes violentos: de repente sudoroso, cubierto de espuma, resollando como un degollado á medias: pega un remeson capaz de sacar por las orejas al mas pintado, se detiene: toma alientos con mala intencion: se empaca y queda ahí exhalando resoplidos continuados con las narices desmensuradamente abiertas, como para que salga el furor de su pecho. Entonces se le aproxima uno de los apadrinadores y poniéndose á un costado, trata de volverlo al lado del palenque, pues ya es tiempo que concluya la domada.

La actitud del animal en ese momento parece tranquila: aprovecha entonces el domador el instante oportuno y lo llama á las riendas tironeándolo fuertemente á los lados hasta que la boca toca el encuentro, cuidando al mismo tiempo de no quebrarle la boca, en esta operacion se desacomoda

un poco por el esfuerzo violento que hace hácia atrás, porque emplea todo su vigor en este movimiento. Mas de repente se alza el animal salvaje, pega un bote, y vuelve á bellaquear; pero ahora es otro sistema que un soplo infernal lo inspira: empieza á *bellaquear á gueltas:* pega el corcobo y antes de caer en tierra gira á un costado volviendo la cabeza como para moder el estribo. En esta situacion difícil el ginete ya un poco cansado se encomienda á la Vírgen y echa mano de las últimas fuerzas que le quedan: el potro no desmaya: sus saltos y corcobos circulantes son para revolver las entrañas á un hombre de bronce: el traqueo convulso, horrible es algo indescriptible: se sacude, se cimbra: culebrea en el aire como una chispa eléctrica, y se entremece como un peñasco que va á ser lanzado lejos por un temblor de tierra, como una masa oscura, vibrante en el espacio; pero al fin dominado por la fatiga cede á su pesar y aleccionado por el ejemplo del caballo tranquilo del apadrinador vuelve, amacándose ó con un troton brutal al punto de partida.

Todos creen que ha concluido la valiente faena; pero de súbito como para sacrificar en aras de la libertad el último esfuerzo de la vida salvaje, se alza rápido con los ojos saltones de una rabia traicionera, se para en dos manos con una velocidad inaudita é instintiva, y echándose de lomo se der-

rumba con estrépito, con ánimo de matarse, con tal de matar al ginete; éste sin perder su admirable sangre fria, con la agilidad de un gato montés, pega un salto á un costado y sale haciendo tararear las espuelas sonadoras, con el cabestro en una mano y en la otra el rebenque; y dirigiéndose al paisano de la compadrada, le dice en tono de pifia.

¡Amigo, que le parece mi laya!

El interrogado avanza hácia él, estirándole la mano, y con cierta admiracion reprimida, exclama:

—¡Qué el mocoso había sido hombre de á caballo!

La Verde, 1876.



EL JUEGO DEL PATO

(CUADRO DE OTROS TIEMPOS)

A mi querido tio Don Nicolás Lastra



I.

> Si quereis conocer la virilidad de de un pueblo, estudiad sus costumbres, y encontrareis que existe una inmensa distancia entre Esparta y Sibaris
>
> Es un error muy grande creer que la civilizacion está en el traje: Esta vestida de cualquier modo nace en el trabajo y en los hábitos humanitarios y filantrópicos: el uno nos conduce al progreso, y el otro á las instituciones.

EL juego del Pato que en otro tiempo fué uno de los entretenimientos de la gente de la campaña, constituía una escena que solo podia ser representada por valientes actores, endurecidos en esa existencia aventurada y pintoresca, que se llama la vida del gaucho, espuesta á cada momento á un peligro, á los vaivenes de la miseria, y alarmada contínuamente por el dominio del Señor feudal.





II.

Estamos en la pulpería. Un espacioso rancho blanqueado, con una ramada en la puerta de comercio, se levanta en un terreno que forma un rectángulo, circundado por una línea de álamos que pudiera muy bien calificarse de palizada natural, especie de resguardo para un momento dado, que asume mas este carácter por estar rodeado por un fozo roto en el frente de la casa, donde está clavada una tranquera de palos corredizos; única entrada al reducto mercantil que representa muy modestamente el puente levadizo del antiguo castillo, que allá en lejanos tiempos, se destacaba sombrío con sus negros torreones, como una amenaza encubierta, para ser guarida de algun salteador de caminos.

En uno de los costados del rancho está el palenque de los caballos, y al otro el cerco del Tambo con las duras guascas peludas, para atar vacas y terneros.

Un miserable galpon dondese guardan menudencias que sirve al mismo tiempo de gallinero, se muestra como un saparrastroso haragan allá en el fondo.

Detrás de la casa se ven desparramados en un corto espacio los árboles de la quinta. Se puede muy bien estudiar en esa raquitica arboleda la haraganería rural, que vive á espensas de la carne que se dá de balde.

Todo este conjuntose destacaen una inmensa llanura verde, salpicada á la distancia por muy raros puntos blancos, que dibujando poblaciones sobresalen en el horizonte, y el ganado que pace en distintasposiciones diseminado en el llano, revistiendo confusas formas y colores variados, abigarrados, á causa del espegismo de la distancia.

Las graciosas y ligeras ondulaciones de la pradera en algunos puntos, diseñan con la sombra la húmeda cañada, donde se cimbra la espadaña inquieta al beso de la brisa de la tarde; y acecha en silencio alguna que otra cigüeña el reptil codiciado para su sustento: se la vé allí inmóvil, como un centinela; parece que medita; ó un casal de chajahs que allá mas lejos, con su tranco teatral, pasean sobre el borde de la laguna, dando ejemplo de buen sentido conyugal.

Esta es la pampa civilizada ó á medio civilizar, como se la quiera denominar: magestuosa, porque es solemne, recogida en sí con su silencio de misterio, con su silencio de omnipotencia divina. ¿Aquel mar inmenso de los últimos tiempos de la formacion del mundo, qué secretos no guardará? Qué revoluciones incógnitas y repetidas no habrán dado la razon talvez á la teoría de Boitard, ocultando en sus entrañas tantos grandiosos cataclismos? y el hombre con vanidad pueril todo lo quiere saber y reducir á problemas matemáticos sus teorias y afirmaciones cientificas, olvidando ese miserable átomo imperceptible de los grandes mundos, que no alcanzando su débil inteligencia á comprender á Dios, su saber es bien limitado, porque esa grandeza infinita es todo, desde el infusorio al que no alcanza el microscopio, hasta el globo inconmensurable que gira en el espacio suspendido por leyes eternas é inalterables.





III.

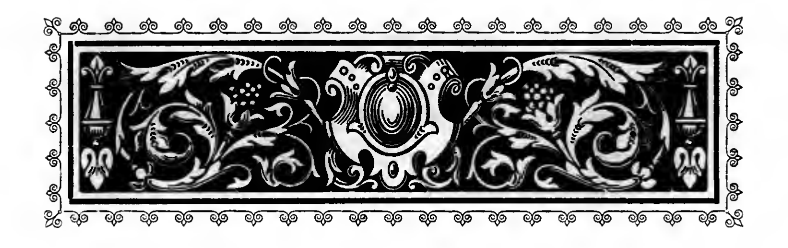
Hermosa es la tarde de otoño; el paisaje no tiene bosques, montañas ni rios: una alfombra de esmeralda y un cielo diáfano espléndido, será el fondo mas adecuado para el cuadro donde es necesario pintar doscientos ginetes argentinos en las posturas más arrogantes y vigorosas, divididos en grupos pintorescos, con resaltantes colores y briosos movimientos de una poesía épica homeriana.

Los paisanos están desmontados, arreglando unos sus monturas, otros en actitud de espera, teniendo todos de las riendas á sus caballos, se han convidado á jugar el Juego del Pato y esperan la señal de la lucha divididos en dos bandos; los azules y colorados van á ser actores en una fiesta de la fuerza bruta, de la destreza, y del valor, que al fin produce lamentables incidentes y un baile, como parodiando los contrastes de los cuadros de la vida con el mas resonante colorido.

Vamos pues á presenciar este juego de antaño en que nuestros padres echaban el resto: esos nuestros padres que siendo tan poquitos, hicieron cosas tan grandes; pigmeos legendarios de una epopeya de gigantes, que lanzaron con audacia á la posteridad esta estrofa:

Si la grandeza militar se estima
Por lo que de ella al porvenir le toca
Cabe bien Austerlitz dentro la boca
De algun cañon de Ayacucho ó Lima.





IV.

Se vé que es un dia de fiesta por el tropel de gente amontonada en bulliciosa algazara al frente de la Pulpería, que ha estrenado banderita nueva. ¡Ya lo creo que vale la pena! es dia de ganga para el pulpero, y va á sacar el vientre de mal año.

El lujo del dia santo es resaltante; pingos y ginetes están ataviados con las mejores pilchas que salen á relucir en el dia dominguero: el platerío es ruidoso y espléndidamente relumbrante, á dejarlo á uno ciego, aquello mirado á cierta distancia bañado por el sol, parece un relampagueo contínuo en multitud de piezas de armadura.

Pretales de maya riograndense, con corazones, medias lunas, estrellas, iniciales y que se yo cuantas cosas mas: cabezadas articuladas con piezas sólidas, bordadas, llevando el lema del dueño: espuelas de sesenta y cinco onzas, especie de grillos lujosos, centelleantes: riendas con virolas labradas y trenzados esquisitos, boleadoras de márfil enca-

denadas en los estremos: con pasadores de oro relucientes: rebenques con cabos cincelados llenos de flores desconocidas: testeras de plumas coloradas ó azules segun el bando, con cintas colgantes á los estremos: sobrepuestos bordados por cariñosas manos con dibujos primitivos, acomodados debajo de una sobrecincha del mismo sistema y sobre un coginillo tucumano crinudo: caronas y cinchas riograndenses ó floreadas por la talabartería argentina, adornadas de charol y tafilete colorado: estribos macizos de formacion antigua, metidas las correas en tubos con relieves floreados; en fin, aquello es un lujo desmedido que hace contraste alguna vez con el apero cantor que lleva un jóven pobre, que solo manifiesta su pobreza en su montura; porque él es rico en fuerza, valor, y hermosura.

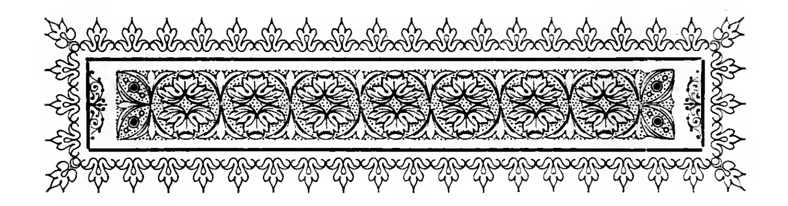
¿Y que diremos de los ginetes? que indudablemente tienen que estar en relacion con los bellos arreos y sus fogosos pingos: son hombres casi todos robustos: la tez bronceada por el sol de la fatiga, altos de estatura, esbeltos, elegantes, con la mirada del águila: el pelo largo cayendo á los costados de la cara: fisonomía correcta en su tipo original: anchas espaldas cubiertas por la chaqueta de paño azul de botones dorados ó de ormilla, ó la camiseta de elegantes pliegues ajustada á la delgada cintura por la ancha faja pampa que dá mil vueltas á

su alrededor, cubierta por el ancho tirador de cuero primorosamente bordado de seda con figuras incorrectas, matizado en ciertos claros con un enjambre de monedas de oro y de plata, que semejan las escamas de una antigua cota de malla, cerrado por delante con las grandes placas de artísticos gustos distintos, de donde arrancan los eslabones unidos á las monedas que enganchan á los ojales: estos medallones forman alguna vez una figura alegórica, bien grotesca; el sombrero negro bajo y de ala corta, ó de paja, cubre con donaire la cabeza adornada por la espesa cabellera inculta: el chiripá suelto, de paño azul, punzó, de espumilla bordado, ó de vicuña, ostentando sus graciosos y caprichosos pliegues, dejando por las aberturas ver el calzoncillo azulado y primorosamente cribado con el fleco que cae sobre la bien sobada bota de potro con delantal ó fuerte, de pequeña forma: las dagas, los puñales y los facones relucen cruzados oblícuamente en la parte de atrás de los esbeltos talles que se arquean de cuando en cuando con esa elasticidad de músculos flexibles.

Este es el traje nacional, nacido y creado en la tierra argentina: mas pintoresco que el árabe y el húngaro; este es el traje nacional que debemos conservar, como todas las naciones civilizadas de la Europa conservan el suyo, y lo conservarán, mientras se eleve en el hogar de un pueblo el pri-

táneo del amor á la tierra en que nacieron; y tan se comprende esta necesidad en los altos poderes, que vemos á los príncipes y los reyes, abandonar el cetro en ciertas épocas y revestir el uniforme del pueblo para halagar su sentimiento nacional é identificarse en la accion con la gran masa popular.





V.

En ese tumulto de paisanos paquetones se reparten en mil gustos variados las diferentes piezas del vestido, tomando cada uno los colores más bizarros y resaltantes: sucediendo lo mismo con los arreos.

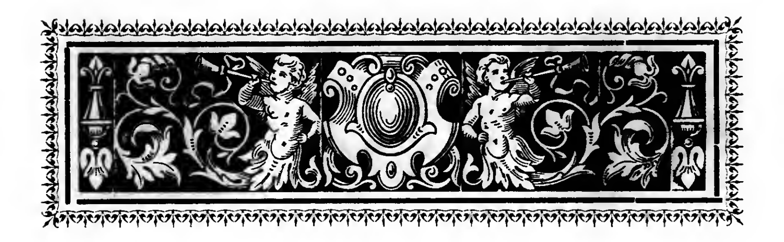
Los jugadores ya han montado á caballo: los valientes brutos de crin cortada y músculos de fierro, avezados al trabajo y á la fatiga, piafan impacientes: se agitan nerviosos, castigando con la espesa y bien peinada cola los importunos insectos: relinchan lanzando continuados resoplidos, husmeando con alegría la tropilla: escarban impacientes el suelo, haciendo sonar la coscoja del freno de grandes copas de plata; y un borboton de espuma inunda su boca: su impaciencia es notoria, su sangre ardiente, los impulsa al combate: parece que hubieran recibido de sus amos ese fuego que solo arde en los grandes pueblos, y que en un secreto idioma se comunica inconsciente.

Los grupos se dividen por una estrecha calle; el pulpero sale entonces, avanza hasta la cabeza de las dos fracciones, y á los cuatro robustos gauchos elegidos por los dos bandos para cinchar el pato, les entrega el palmípedo guardado perfectamente en un retobo de cuero con cuatro largas manijas, [1] que son tomadas al momento por los campeones designados.

En este momento un profundo silencio envuelve la escena: ese actor obligado, que impera con un dominio solemne, al principio de todo acto en que el hombre tiene que presentar una situacion extraordinaria.

(I) Tambien los habia de dos manijas.





VI.

Los cuatro paisanos han tomado fuertemente con sus callosas manos las manijas del pato, y las aseguran bien, de manera que sufra lo menos posible la mano: enseguida colocan los enseñados pingos de modo de tirar en sentido contrario al adversario; suspendiendo en el aire el pato por los cuatro radios que forman las agarraderas. Los dos jugadores que están á la derecha cargan el cuerpo sobre el estribo de este costado, soslayando un poco en la misma direccion sus caballos; haciendo otro tanto en sentido opuesto los del otro bando.

En este momento, los grupos de ambos contendientes se aproximan á los que tienen el pato, como una reserva poderosa que acudirá en el momento del desaliento, á restablecer la energía de la accion.

Ya todo listo se oye la señal, y una gritería infernal anuncia que comienza la salvaje cinchada, no á pié firme, sinó á la carrera, amacándose ner-

viosos los soberbios corceles, y sacudiendo alguna vez al dueño que siempre puja en sentido contrario. Los ginetes que quieren unir la maña á la fuerza acortan de repente la distancia y enseguida arrancan el tiron de golpe con astutos y bárbaros esfuerzos. Así van luchando cual si se tratara de un combate real y verdadero, en el que con un encarnizamiento indescriptible se pugnara por arrancar al enemigo un trofeo.

Terrible es la lucha en este instante; porque los caballos en confuso tropel, se juntan, se separan, dando tirones hercúleos y pechadas bestiales, que muchas veces hacen perder el equilibrio á su dueño; pero nada; vuelven á recuperar su posicion perdida; mas al fin llega el término del esfuerzo: uno no puede sostener mas su actitud de fuerza: suelta la manija y queda envuelto en el torbellino de los gritos y las burlas. Dos de los contrarios aprovechan entonces la oportunidad, y por un movimiento violento y unánime, tratan de arrancar el trofeo poniendo en juego con presteza su doble esfuerzo; pero rápido otro ginete toma la suelta manija, y vuelve á restablecer la tirante situacion. Un grupo contrario acude y entrando á toda furia en el centro de los que luchan arranca uno el pato cogoteando [1] al que

(1) Cogotear, es un acto de la lucha de dos fuertes ginetes que consiste en pasar el brazo sobre la parte anterior del cuello, arrancarlo de la montura y arrojarlo al suelo.

lo lleva, y sacándolo como pajarito de la montura, lo arroja al suelo, medio parado, entre una sarracina infernal, y se lanza en una carrera vertiginosa llevando en alto el pato, como si fuera una enseña romana conquistada por un parto, perseguido rudamente por la bárbara multitud, seguida por un vocerío desafinado.

El triunfo lo estimula, y aprovecha el buen caballo que lo lanza adelante haciendo sangrar sus hijares con las aceradas espuelas.

Enarbolada en el musculoso brazo, conduce la codiciada presa entre los alaridos de la victoria; mas cambia muy pronto la escena: el triunfo es efímero: guardar la presa es imposible: el grupo contrario está ya sobre él: arremeten como locos con toda la fuerza de sus caballos: esa masa que se le viene encima semeja algo como un polipo monstruoso rodando con vértigos: un huracan de bárbaros: Principia en ese momento una lucha tan confusa, envuelta en una masa de polvo y el rumor del suelo pisoteado, que es imposible describirla. Al vencedor acuden sus parciales para dar tiempo á que se escape, estorbando la accion de los contrarios: lo rodean, lo amparan y se vuelve el juego en ese momento un entrevero espantoso en el que luchando desesperadamente siguen todos impulsa-

dos por un soplo ardiente: el soplo del corazon argentino.

Se apeñuscan, se revuelven entre si, se estienden, se encojen, saltan, se arrastran, tropiezan, se levantan, caen otra vez siempre asidos de las ropas los ginetes, entre alaridos espléndidos: los encontrones son terribles, las rodadas espantosas, las dán con todo el impulso del caballo que doblando el pescuezo dá una vuelta completa, no cae uno, sinó diez, veinte, magullados con los miembros rotos: allí no se puede salir parado; porque al caer se estorban unos á los otros: aquello parece un ciclon humano que corre eléctrico arrasando todo lo que se le pone por delante, y conmoviendo el espacio con sus écos salvajes: quien vé aquella inmensa masa oscura tomar proporciones gigantescas al aproximarse, como un inmenso pánico, no puede menos que estremecerse al contacto del peligro, aumentado por la imaginacion que vertiginosa sigue la avalancha de ginetes desesperados. Los que quedan en pié siguen adelante, pasando sobre los que han caido, oprimidos, agarrados unos á los otros, rompiéndose el vestido, gineteando como bárbaros, lanzándose sarcasmos oportunos, que matizan la escena con un tinte original.

Y así vá el juego cada vez mas lindo. Tres gauchos montados en buenos caballos han alcanzado ya al vencedor, este inclinado hácia adelante

castiga rápidamente á su caballo: en vano; está perdido: ya están sobre él: no hay escapatoria: entonces dirigiendo la vista á un costado grita á un compañero que corre por ese lado:

Ché agarrá el Pato, y se lo arroja con presteza.

El otro lo abaraja en el aire y trata de escapar á lo que dá el pingo, mientras sus parciales siguen defendiéndolo con el mismo empeño heróico del principio. Pero desgraciadamente el vencedor rueda y se rompe la crisma, y sobre él caen varios formando una bola como las que hacen las víboras en la época del celo.

Aprovecha este momento un paisano del partido contrario: con una destreza admirable se toma de la crin de su corcel á la carrera, y apoyando la pierna izquierda sobre el recado se inclina al suelo como algo que de súbito cae: recoje el trofeo: se endereza con gimnástico vigor, y sale airoso adelante, dejando el borboton hirviendo de los jugadores que empiezan ya á sentir un poco fatigados sus caballos; pero tambien nuestro héroe del momento es alcanzado, le toma un contrario el pato de una manija, y empieza á la carrera con los caballos jadeantes, sudorosos, temblando, desfallecidos, con los hijares hundidos, casi aplastados, la lucha del principio. La tenacidad y el vigor de la

batalla se mantiene aún en el confuso grupo enardecido que aún queda de los dos bandos; fragmento que subsiste de aquellos hermosos escuadrones del principio, que sin desmayar combatirá hasta el ultimo aliento de sus caballos.

En este momento el que tomó el pato del suelo, que es un paisano fuerte como Anteo, hace un esfuerzo supremo y dando un tiron sobrehumano que casi disloca el brazo al contendor, arranca el trofeo prendiendo espuelas al caballo; y afirmando el rebenque en la verija, se lanza á todo lo que dá el noble animal á la próxima estancia que risueña se vé elevarse allí, adornado el patio de la casa con numeroso auditorio, de rollizas damas campesinas, platudos estancieros de las cercanías que admiran con ansiedad el espléndido desenlace.

Se aproxima el vencedor á la tranquera con el caballo jadeante, aplastado, sin fuerzas, entre los ladridos de los perros, que se avalanzan toreando como condenados, y tira el pato gritando al mismo tiempo con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Ahí tienen el Pato! ¡Venga el baile! y el caballo reventado por el último esfuerzo, se detiene temblando, dobla las piernas, mira con ansiedad la pradera y cae muerto de fatiga, como debió sucumbir el chasque de Maraton, despues de haber cumplido su heróico propósito.

Un momento despues arriban los compañeros del juego en procesion prolongada, á la desbandada, como dispersos de una derrota, mohinos y y desechos, los pobres corceles con los híjares ensangrentados ¡Qué poquitos quedan! apenas la mitad, los demás han quedado en el campo del honor, unos á pié, algunos con piernas y brazos dislocados, y talvez un muerto que haga llorar á la que le bordó el tirador ó el sobrepuesto, en vida, y lo despidió tan alegre algunas horas antes poniéndole en el ojal de la chaqueta la cinta de su bando.





VII.

Cuando el brioso general de caballería de Federico II: el inmortal Seidlitz, anunciaba maniobrar militares, las madres, las esposas y las amantes ponían á cada santo una vela, previendo los destrozos de tan peligrosos ejercicios; pero es preciso recordar que de esa escuela en que se fracturaban uno que otro brazo, nació la renombrada caballería prusiana que asombró al mundo con sus victorias.

El can-can ha hecho mas mal á la Francia que los mismos alemanes.

Buenos Aires, 1885.



EL GENERAL PAUNERO

A mi distinguido amigo el Dr. D. Mariano Paunero



General Paunero



I.

> La muerte evapora el imperceptible átomo humano como para que ni sombra quede de la vil materia en la inmensa vida de la inmortalidad; que solo pertenece á la idea que ha vivido alimentada por el pritáneo inextinguible que Dios derramó piadosamente en el universo como la base sólida y misteriosa de su obra divina.

COMO argentino me inclino con respeto ante esta figura venerable.

Fué, puede muy bien decirse, un hombre del pasado y del presente, que ha de destacarse en el futuro con el brillo mágico de las virtudes derramadas sin descanso en una vida entera consagrada al servicio de su país.

El general Paunero pertenecía por su prosapía á la escuela clásica del ejército argentino, de ese ejército que surgió vivificado por el sol de los hombres libres, que despues de escalar las ándicas masas de granito, bajó desfallecido y hambriento á la llanura de la victoria, llevando por lábaro triun-

fante una enseña desconocida en las multitudes de la opresion, y mas tarde cuando había afianzado las libertades de un pueblo, y dádole un nombre que no tenía entre las naciones civilizadas, hacía estremecer un pendon estrangero en un campo renombrado, y cuando la noche tenebrosa de la tiranía ocultaba entre los horrores de la guerra civil las pasadas glorias, se le veía aun, roto, despedazado, batirse con sin igual constancia, por esas mismas libertades, y morir degollado en esos campos de batalla de la barbárie, donde los verdugos han adquirido un renombre imperecedero, asesinando uno á uno los héroes de la independencia.

A esa escuela pertenecía, el general Paunero. Proscripto y batallando se educó aquella alma bondadosa, batido siempre por los rigores de la adversidad, y cuando el sol de Caseros devolvió á los argentinos su pátria errante, pudo el perseverante obrero de una causa santa, volver al suelo querido para completar con mas ahinco y constancia el noble propósito que sin cesar lo impulsaba.





II.

El general Paunero estaba alimentado por una alma noble: en su pecho robusto y resaltante palpitaba un corazon abierto á las grandezas de la vida. Bravo sin afectacion, modesto sin hipocresía, humano no por sistema, prudente por esperiencia, probo por instinto, severo por necesidad, era un hombre íntimo porque nunca proclamó sus virtudes á gritos. Adornado por una clara inteligencia, nutrida en cuanto era posible en esos tiempos, por una ilustracion bastante estensa, aquel espíritu fuerte remachado en las visicitudes de la vida del destierro, se destacará siempre mas como hombre de guerra que con otro realce.

Sus condiciones morales eran resaltantes: bajo el punto de vista militar, fué un general de escuela, no diré que un gran general, pero sí distinguido por su fortuna y prudencia: la práctica de la guerra habia formado en él una segunda naturaleza, completa en las relaciones de su organismo, adaptable á la mas difícil y peligrosa situacion que se presentára, transformando entónces á ese hombre tan

bondadoso en el soldado enérgico y tenaz que se proponía vencer constante las grandes dificultades del momento, alcanzando con el éxito previsto la solucion de ese problema de humo y pólvora que solo es dado dominarlo á los espíritus serenos que resisten impasibles los grandes contrastes de la guerra.

Bien se podría decir, que no era un general de los que necesita que el ministro de la Guerra, les marque con detalles las operaciones, quitándoles toda libertad de accion, muy al contrario, siempre le fueron confiadas algunas bien dificiles, que llevó á cabo con un espléndido éxito, sobresaliendo entre ellas la campaña estratégica de Corrientes donde con un puñado de argentinos burló al Ejército paraguayo, y despues de una marcha enorme acudió exacto á la hora de la victoria al campo de batalla de Yatay donde mandando la division argentina bajo las órdenes del general Flores se cubrió de glorias, empleo esta palabra; porque no la hay mas inmensa para un general que cuando sin pérdidas, por medio de una hábil maniobra contribuye poderosamente á destruir un ejército en un campo de batalla, y en seguida provoca la rendicion de otro.

Nunca se desmintió la confianza que se tenía en este bravo general porque se sabía que el cumplimiento del deber en él era un culto, abarcando con

el patriotismo mas sincero la gravedad de las sérias responsabilidades que asumía.

En las campañas del interior actuó siempre con mandos superiores: el éxito coronó sus esfuerzos, fué el pacificador de aquellas luchas fratricidas prodigando la moderacion y el consejo, y si alguna vez fué necesario un proceder severo, no fué él el que lo indicó y lo hizo cumplir.

Mas, lo que sobre todo hay que notar en esta personalidad simpática que poseía tan alta y prestigiosa posicion en ese teatro, es que nunca se mareó su espíritu con vanos vértigos, ni trató de sacar partido en provecho propio de su situacion.

Sus dotes personales eran atrayentes: fué uno de esos tipos que imponen á las masas. Por su modestia conquistan la estimación, por su gravedad infunden el respeto, dominando con la entereza. Rindió culto á la lealtad y haciendo una escepcion notable elevó un altar constante en su corazon á ese noble sentimiento, y pudo decir que para él:

"*Un amigo no es un hombre que engaña más políticamente á otro.*"

El general Mitre podrá decir si es exacto lo que decimos respecto á uno de sus más leales amigos.

En el ejército existía una estimacion muy marcada por el general Paunero, y no se podía menos que sentirse uno dominado por aquella atraccion simpática que poseía su noble faz, adornada por aquella larga barba de nieve que le daba el aspecto de uno de esos viejos guerreros, que revistiendo la cota de malla en épocas lejendarias, nos presenta el romance con heróicos tintes.

Su dulce fisonomía no demostraba la energía de la que siempre hizo uso moderado en los momentos necesarios, su complexion de fierro completaba la descripcion de su figura.

Defectos tuvo él que no podía ser perfecto por las razones de la humana confirmacion; pero esos mismos puntos antagónicos con las generalidades de su carácter, provenían de la disposicion de su bondadoso corazon, para no poder resistir alguna vez la influencia del cariño de la amistad. Errores militares cometió pero fueron disculpables en su prolongada y brillante foja de servicios.

Su hermosa vida puede reasumirse en dos palabras. De Ituzaingó á la guerra del Paraguay, pasó rápido como el judío errante de las batallas.

Bravo soldado en el combate, general de disposiciones relevantes.

Ministro de la Guerra activo y administrador.

Diplomático prudente, y todo esto fué impulsado por un soplo divino que en él fué un culto constante.

El amor á la pátria.





III.

Voy á presentar en breves apuntes, los servicios de un distinguido General que necesitaría un espeso volúmen para anotarlos, y un narrador mejor inspirado en las descripciones de los cuadros variados que nos vá á presentar una vida constante de soldado.

Pero siempre es algo, aun cuando incorrectamente, exhumar del olvido á los patrióticos ejemplos de una pasada época de tan provechoso estímulo para el ejército actual.

En 1805 nació el General Paunero en la Colonia, siendo sus padres D. Juan Paunero y Dª Juana Delgado, distinguidos vecinos de esa localidad.

Algunos años despues, era enviado á Buenos Aires al lado de su tío D. Francisco Delgado comerciante de esta plaza.

Pasó los años de su adolescencia encaminándose en la carrera del comercio, hasta que impulsado por sus nobles aptitudes penetró al templo de Marte

por un campo de batalla renombrado: comienzo fué de una carrera que incorregible en sus nobles aspiraciones, concluiría despues de cuarenta y cinco años, habiendo encerrado en ese largo espacio de importantes servicios, una de las mas dura sépocas de nuestra historia, en la que se formaron los maestros del ejército actual.

Dió comienzo á su vida militar en 1825 conduciendo un contingente de correntinos para el regimiento de caballería núm. 2, que mandaba el coronel D. José Maria Paz que debía incorporarse al ejército que se formaba para la campaña del Brasil.

Esta emergencia vino de improviso á darle un rol distinguido entre los oficiales subalternos de ese tiempo.

Asistió á la batalla de Ituzaingó al lado del coronel D. José María Paz; y siendo enviado por éste en comision algun tiempo despues á la Colonia, fué tomado prisionero por tropas imperiales que salieron á alguna distancia de la plaza á ejecutar una correría.

Mientras sucedía esto, aparecía por casualidad el Coronel Pringles con su regimiento que buscaba la incorporacion del ejército patriota y atacaba la fuerza que había tomado prisionero á Paunero.

Los adversarios se retiraron apresuradamente, y en el tiroteo que en consecuencia sucedió, una bala de las fuerzas de Pringles vino á herir en un muslo á Paunero.

Rápidamente retrogradando el enemigo, penetró en la plaza con el prisionero, dejando burlados á los que lo perseguían.

De la Colonia fué enviado el Teniente Paunero á Rio Janeiro donde tuvo que soportar por algun tiempo el cautiverio, hasta que fué cangeado por otro oficial, regresando entonces á incorporarse á su regimiento.

Concluida la campaña del Brasil arribaba á Buenos Aires el 1° de Enero de 1829 el General D. José María Paz con la segunda division del ejército, y poniéndose de acuerdo con el General Lavalle, combinaban un movimiento sobre las provincias del Interior para derrocar los gobiernos feudales que la anarquía había implantado en esa vasta comarca argentina.

El 13 de Enero de 1829 ascendia el Teniente Paunero á Capitan, recibiendo las calurosas felicitaciones de sus compañeros de regimiento.

Fué entonces, que el General Paz, con la fuerza

que él había traído del Brasil, otros nuevos elementos, inició la campaña de Córdoba.

Campaña fué esta que le dió la reputacion del General mas hábil de esa época, demostrando aptitudes relevantes que hubieran decidido de la suerte de la República, á no haberse interpuesto fatalmente el descuido de un recluta.

Esas fatales boleadoras que enredaron prisionero las patas del caballo del General mas grande argentino, despues del Libertador de Chile y del Perú, tuvieron una participacion tan infausta en los sucesos, como la mal aconsejada é injusta descarga que postró á Dorrego. ¿Quién sabe si el uno y el otro no marchaban á un mismo fin?

En aquel hecho nadie es responsable sinó el General Paz; porque á toda hora la primera entidad del ejército debe pensar en que su persona ha de ser allí la mas guardada y menos propensa al asalto del enemigo, para evitar como en el caso presente, que su desaparicion traiga graves consecuencias.

Ha sido en esta campaña en la que el Capitan Paunero ha merecido ardientes elogios del General Paz: pues lo juzga como uno de los Oficiales subalternos mas distinguidos de su tiempo.

Este juicio del metódico General argentino, cuyo

espíritu de crítica era implacable y mordaz, habla bien alto en favor del Oficial á quien lo dirige, y es exacto el juicio; porque quien haya conocido al General Paunero, viejo, encontrará las condiciones que Paz dá al Capitan de Ituzaingó. Valor, prudencia y bondad.

Asistió al combate de San Roque y batallas de Tablada y Oncativo en el rejimiento núm. 2 de Caballería del Coronel Pedernera, siendo elevado á Mayor por su digna comportacion en estos sucesos, y mas tarde, fué elejido por su circunspección y valentía razonada, para sofocar la insurreccion del Tío y refiriéndose el General Paz á este suceso, dice: "Que era un oficial hábil y valiente que no solo supo vencer, sinó atraer á los vencidos, quedando generalmente estimado."

La frase del ilustre general vale una biografía, en dos palabras condensa un retrato no desmentido nunca.

En esta expedicion demostró el Mayor Paunero condiciones superiores á su edad: fué una pequeña campaña laboriosa donde batió bizarramente á los caudillos Molina y Luque, consiguiendo en seguida la pacificacion del distrito, por medios conciliadores que solo son calidades de la edad provecta.

Mas tarde tuvo una mision diplomatica acerca

del general Quiroga. La eleccion de tan joven oficial, para una comision tan delicada, resalta la importancia que daba el ilustre general al mayor Paunero.

Prisionero el General Paz en 1831, asumió el mando del ejército el General Lamadrid, quien retirándose á Tucuman fué vencido por el General Quiroga que vengó con usura las derrotas que le infligiera el vencedor de Oncativo.

La disparidad era grande entre los dos generales: Paz era la idea modelada con anticipacion, y arrojada á un campo de batalla previsto con el raciocinio del valor y la prudencia: Lamadrid un héroe encerrado en una chispa eléctrica que se lanza como el rayo en el vacio, en una sola dirección.

Paunero se retiró á Bolivia donde prestó algunos servicios al General Ballivian, siendo mas tarde nombrado por el Gobierno oriental encargado de negocios de esa República.

Habiendo mejorado su situacion en el destierro, trató de hacer todo el bien posible á sus compatriotas, los argentinos proscriptos, y enconar al Gobierno boliviano contra Rosas hasta el punto de instigar en 1838 una expedicion á las provincias del Norte para insurreccionarlos en favor de la libertad de los pueblos argentinos.



IV.

Por fin iba á sonar con el estruendo de la batalla la hora de las grandes aspiraciones del pueblo argentino, de ese pueblo aherreojado durante veinte años en la mas sangrienta esclavitud.

El pronunciamiento del General Urquiza contra Rosas, anunciaba á los proscriptos que allí estaba la enseña de la libertad, y que era necesario rodearla con todos sus esfuerzos para alcanzar el triunfo definitivo de los principios.

Paunero fué de los primeros con Mitre y Sarmiento en acudir al llamado del libertador. Al remontar el Paraná en uno de los buques de la escuadra brasilera con el propósito de dirigirse á Coronda, recibieron el primer fuego de las fuerzas de Rosas en el Paso de Obligado, donde existía una batería mandada por el Coronel D. Ramon Rodriguez.

Los buques pasaron rápidos sin grandes averías, y mas tarde los pechos de los tres amigos osten-

taban como premio á la serenidad demostrada en ese combate, la condecoracion de la orden de La Rosa dada por el Emperador del Brasil.

Mandando una division de Caballería, asistió el Coronel Paunero á la batalla memorable de Caseros, y pudo al fin el constante pioner de la libertad, ver en el ocaso de un dia de fuego ponerse el sol ensangrentado de la tiranía, para iluminar mas tarde, con la luz de la civilizacion y del progreso, á un pueblo que hoy como una brillante expresion de la raza española vá á admirar al mundo por su actividad y sus disposiciones al adelanto, como lo han hecho ya en la América del Norte los fogosos descendientes de la raza inglesa.

La gloria de Caseros es un suceso tan grande y culminante, como el grandioso porvenir de un pueblo, que hoy camina firme en el derrotero luminoso que solo marca la historia á las naciones que sobresalen por la perfeccion constante que en ellas se elabora.

Hay hechos de tan magna trascendencia; que enaltecen de tal modo al que los ejecuta, que eclipsan ante la severa justicia de la historia los errores del pasado.

Némesis deslumbrada por la aureola del libertador de Caseros, desarmará la implacable espada; y ese sol de los hombres libres, ha de borrar los puntos sombríos de la escultura del vencedor de Rosas.





V.

Desde Caseros hasta el año de 1855 vemos alejado al Coronel Paunero de la vida militar en la República Argentina; en este año vuelve y toma nuevamente servicio formando el regimiento de Coraceros (hoy 2 de Caballería de línea) que tendrá una fuerte faena en la guerra con los indios.

Estando en la frontera asiste el 31 de Octubre de 1857 con Granada y Conesa al combate que tuvo lugar en el Sol de Mayo contra las hordas mandadas por Cafulcurá, y un dia despues en el Cristiano Muerto, á un segundo combate contra los mismos enemigos.

En estos tiempos en que por el descuido de la frontera, á causa de los exíguos medios de defensa, los indios habían tomado hasta cierto punto una supremacía insolente sobre nuestras débiles milicias, la guerra del desierto asumia entonces un carácter serio; y como el remington no habia aun entrado en accion, los combates presentaban una actitud de encarnizamiento tal, que llegaba la audacia del sal-

vaje hasta echar pié á tierra, y avanzar en esa organizacion sobre nuestras tropas. La soberbia y el valor del indio se ostentaba entonces en su mayor auge, impulsando este engreimiento, verdaderas y reñidas batallas con las uumerosas hordas de Calfucurá que duraban dias enteros, como sucedió en el hecho de armas que acabo de citar.

Era aquello una guerra interminable y fastidiosa, como para quebrar al soldado mas constante: el descanso era efímero: no habia sueño: siempre, alerta con el caballo ensillado: la alarma continuada sorprendía, burlándo á cada momento; y cuando se marchaba apresuradamente en procura de la invasion anunciada, á una inmensa distancia se le veía evaporarse como por encanto; y si se combatia eran con grandes ventajas para el indio que no tenia otro propósito que dar tiempo á que el robo y la devastacion cumplieran su obra impugnemente.

Vencidos hoy los indios, mañana se presentaban mas audaces en un extremo opuesto de la línea, y cuando se creia alcanzarlos despues de una marcha forzada en que habían quedado fatigados casi todos los caballos, el sarcástico númida se retiraba tranquilamente á nuestra vista, sin importarle quien no lo podía perseguir, dejándonos en la mas horrible ansiedad, preocupados de las amargas

é injustas críticas que implacables caerían sobre el irresponsable jefe de frontera.

Aquella no era vida para un militar, donde solo había trabajos y sangrientos sacrificios, pero ninguna gloria que recompensara tan grandes servicios.

Vivido hé algun tiempo en la frontera y en los toldos de los indios: conozco perfectamente la vida abnegada que han llevado mis compañeros de armas, y puedo decir sin temor de caer en una exajeracion, que esos actores de los dramas del desierto bien pudieran llevar en su pecho con orgullo una medalla cuya inscripcion dijera:

"A la mas grande constancia del soldado ignorado."

Sí, porque en esos tiempos se necesitaba espíritu para soportar esa vida de bárbaros y de sobresalto.

Y á proposito recordaré la falta de equilibrio con que alguna vez se destribuyen recompensas. Presentaré un ejemplo. La guerra del Paraguay ha durado cinco años, pues bien, tenemos que el que ha asistido á un año, de campaña, ostenta cinco condecoraciones y aquel que fué despues de Curupaytí y estuvo hasta el final, es decir, cuatro años de lo mas crudo de la guerra, no posee sinó una

medalla. Parece esto inexplicable, pues es bien cierto. Algo parecido sucede ahora con las campañas al desierto; se han olvidado las anteriores al remington, que es el arma material y moral que ha influido en gran parte en la victoria sobre el indio.

Entre otros combates asistió el Coronel Paunero auxiliado tambien por Granada y Conesa al del Pigué, el 15 de Febrero de 1858.

Concéntricas en este punto las fuerzas de los tres jefes de frontera trataron de poner una muralla de hierro al mas grande General de las hordas de la pampa: especie de Aníbal bárbaro por su valor, sagacidad y constancia.

El combate fué encarnizado. Cafulcurá constituia un génio, tenia la intuicion de la guerra: batallaba siempre con sucesión de esfuerzos, y conociendo el espíritu supersticioso de sus vasallos los alentaba con supercherías de indio, ostentando con actitudes grotescas un ídolo de piedra que nunca le abandonaba; [1] amuleto hereditario, decía él,

---

(1) Cuando la invasion de San Cárlos (1871) marché con el batallon Provincial al partido del 25 de Mayo que en ese momento era asolado por Cafulcurá; allí tuve ocasion de conocer por un prisionero escapado de las fuerzas de aquel cacique, que lo hizo comparecer á su presencia, el retrato de este indio suspicaz, donde no faltaba el ídolo de piedra, la esgrima de espada que hacía él solo por la mañana como un ejercicio gimnástico, la bandera colorada y otras cosas mas que harian más largo este relato. En mi opinion ha sido el mas grande genio de la pampa.

que sonreía á la victoria, y una bandera colorada que servía como el penacho blanco de Enrique IV para reunir sus dispersos: con ese acto premeditado buscaba alcanzar dos propósitos: el predominio absoluto sobre su horda, y la constante resistencia á las fuerzas de la frontera concentradas hàbilmente por él en un punto fijo, mientras el gran negocio tenia lugar, es decir los innumerables arreos envueltos en verdaderas tempestades de polvos se alejaban rápidos á punta de chuza y de ponchos enarbolados, semejantes á grandes pájaros que se ajitaban como puntos sombríos en los intérvalos que dejaban aquellas prolongadas polvaredas.

Aquí tambien en este combate la horda fué rechazada dejando un sangriento rastro en la fuga; pero á imitacion del astuto zorro, por nada dejaba la presa que conducía en la boca.

La escesiva estension de nuestra frontera daba este resultado casi siempre: no estando en relacion con la fuerza que la guarnecian, eran inútiles todos los esfuerzos para dominar completamente á un enemigo que impunemente podia penetrar por donde se le antojaba.

Los servicios prestados por el Coronel Paunero en la frontera fueron de grande importancia, porque en él existia, notablemente desarrollado ideas

de orden y organizacion, y el servicio se hizo entónces con una regularidad geométrica, precaviendo en lo posible el avance del salvaje.

Así pasó el tiempo hasta la campaña de Cepeda, en que fué llamado á desempeñar el delicado puesto de Jefe de Estado Mayor General del ejército de Buenos Aires, recayendo en él esta eleccion en momentos en que brillaban otras personalidades militares. Era necesario pues hacerse conocer en un puesto de tanta importancia, por haber sido elegido en las mas críticas circunstancias.

Sin trepidar asumió la responsabilidad que se le discernía y se hizo conocer bien pronto por la rápida formacion del improvisado ejército y su estricta organizacion.

En la campaña de Pavon ascendio á general y asumió el mismo carácter, y pudo verse un ejército en condiciones de organizacion y movilidad, tan bien dispuesto como el del Paraguay, y demostró que incognito en el difícil rol de Jefe de Estado Mayor, se guardaba un futuro General, cuya buena estrella no lo abandonaria nunca.

Una palabra mas autorizada que la mia, la de mi distinguido amigo el General D. Luis Maria Campos, abriendo opinion sobre el General Paunero,

me dice en un precioso escrito que tengo en mi poder: "Como militar fué para mi el Jefe mas organizador de aquella época, y no temo decir que el ejército de Buenos Aires en la campaña de Pavon se encontraba bajo un régimen verdaderamente estricto y justo, donde se sentia la direccion activa inteligente del Jefe del Estado Mayor."

Este lijero retrato ejecutado por un pincel conciso y verdadero, perteneciente á un soldado inteligente, es algo que nos presajia que encontraremos mas tarde á un General que se hará notable.

Concluida la campaña de Pavon el General Paunero, al frente de una división marcha al interior para asegurar los resultados de la batalla.

La insurreccion de Peñalosa tuvo lugar entonces y sin pérdida de tiempo desplegó al Coronel Rivas con alguna fuerza sobre la Rioja para ahogar en la cuna la montonera.

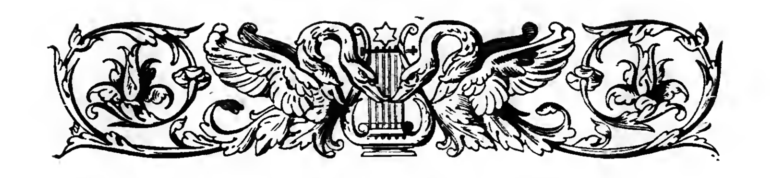
Concluida esta emerjencia con el sometimiento de Peñalosa, se creía ya tranquila la Republica cuando el año siguiente se levantó de nuevo este caudillo, siendo esta vez su perseguidor el General Arredondo; pero escapándose á la actividad sagaz de éste, cayó repentinamente sobre la Provincia de Córdoba, y marchando sobre la capital la tomó por

sorpresa sin grande esfuerzo, y sacando algunos elementos se preparó á una lucha mas resistente.

Mientras tanto el General Paunero al tener conocimiento de este hecho tan audaz, reune apresuradamente su division á la que agrega la del General Sandes, marcha sobre Peñalosa, y dá la batalla de las Playas donde el valiente caudillo es derrotado, retirándose desastrosamente con los restos de sus fuerzas á la Rioja.

En esta campaña siempre se admirará la oportunidad de las rápidas disposiciones del General Paunero, que concentrando fuerzas separadas, dá una batalla á un ejército compuesto de buenas tropas y los vence con habilidad.





VI.

La guerra del Paraguay nos vá á presentar á un General bravo y prudente, á quien los años han fortalecido con una experiencia aprovechada, cuyos consejos en un momento dado alcanzaran un éxito brillante. Discípulo del General Paz, sus lecciones fueron con el tiempo perfeccionadas con la práctica de largas campañas que aguzaron su espíritu militar, formando uno de los elementos mas organizadores de estos tiempos.

A la noticia del acto vandálico ejecutado por órden de Lopez en la provincia de Corrientes, el Generalísimo de la triple alianza, recordó, que á nadie mejor podía elegir para mandar y organizar el primer núcleo de resistencia que contrarestase la invasion paraguaya, que al General Paunero: su prestigio, su prudencia, circunspeccion, y el conocimiento exacto que tenia de la responsabilidad que asumia, presajiaban de antemano en momentos tan angustiosos, que se encontraria el rumbo de la victoria: habia confianza en él: era algo como un inmenso consuelo en tan solemnes momentos: entonces el

viejo soldado de Ituzaingó, marchó con la tranquilidad del que está acostumbrado á vencer, á cumplir tan arriesgada mision, y el lector, vá á presenciar la formacion de un ejército á las barbas de todo el poder del déspota paraguayo.

En el primer momento, recoje todas las tropas que encuentra á mano, y dirigiéndose á la provincia de Corrientes establece provisoriamente su campamento en el Rincon de Soto; levantando allí la primera bandera argentina que ha de concentrar á los dispersos correntinos, que retroceden por la fuerza de la debilidad ante el pérfido avance del enemigo.

Los momentos son apremiantes: Robles avanza ensoberbecido en la confianza del número, con veinte mil hombres y un núcleo de traidores que hace mas fácil su pasaje por las praderas correntinas. Resistir aquel ímpetu de bárbaros, es imposible: abandonar á la heróica Corrientes, á la provinciadel sacrificio constante, ¡jamás!: es necesario entonces maniobrar, demostrando la sutileza y la habilidad de un General precavido, para poder aprovechar en una emergencia oportuna los errores que pueda cometer el enemigo; mientras tanto, hay que contemporizar, hacer la guerra de recursos hasta que las fuerzas argentinas aumentadas puedan jugar su verdadero rol.

Entonces dá comienzo á la época mas gloriosa de la vida del General Paunero, donde demuestra disposiciones superiores, desconocidas en ese tiempo; porque es necesario que desaparezcan los hombres de la escena de la vida para poder valorar su mérito en el escenario propio donde actuaron, y estoy seguro que la historia mas tarde dirá de él, que fué uno de los brazos estratégicos que dieron Yatay y Uruguayana, como Dessaix en Marengo y el príncipe heredero de Prusia en Sadova.

Conociendo el General Robles la debilidad de las huestes nacionales, inició con presteza un movimiento de avance hácia el Sud en la esperanza de obtener una estruendosa sorpresa que concluyese de un golpe de mano con la resistencia de la provincia de Corrientes. Dominado con ese propósito, ocupa la capital; y dejándola guardada por dos batallones, prosigue adelante á marchas forzadas con la intencion de batir á Paunero, y continuar sin tropiezo su camino triunfal á Entre-Rios.

Por otra parte, Estigarribia, que era la izquierda disparatada de la red estratégica de la invasion paraguaya, ocupará provisoriamente, de paso, el litoral del Uruguay en la provincia de Rio Grande: su planta de vándalo, sembrando el terror y la devastacion avanzará á buscar aliados en un partido político en el Estado Oriental; es decir á tantear el

terreno, creyendo tal vez encontrar adhesiones como las que han surgido en Corrientes.

Todo esto son operaciones improvisadas, por sorpresa, sin declaracion de guerra: es necesario fulminar como el rayo: matar el espíritu con aplastamientos rápidos: de súbito, veloz, con hordas compactas rodeadas por una caballería valiente y audaz como debió ser la de Yugurta:la situacion no puede ser mas crítica para los argentinos: el campamento del Paraguay se levanta en son de guerra como una pieza: está pronto y organizado, y rueda sobre nuestras indefensas y tranquilas praderas con rumores salvajes, y el pueblo argentino conoce entonces, aunque tarde, los inconvenientes de un progreso sin resguardo; y apresurado por la indignacion; y la proximidad de un peligro que no á sabido prevenir, ni puestose en condiciones de rechazarlo, trata de organizar á toda prisa el primer núcleo de resistencia.

Ese es Paunero, viejo guerrero, que aprendió con Paz á vencer á los caudillos *con figuras de contradanza* y ahora vá á enseñar á burlar á la astucia mas refinada con una maniobra digna del mayor elogio.

Robles avanza en busca de Paunero, la débil cortina que oponen los correntinos no puede detener

las masas compactas de un numeroso ejército regular, regido por una disciplina que todo lo castiga con la muerte.

El General Paunero conoce esta marcha: su ánimo se serena ante una responsabilidad tan grande: todas las miradas están con ansiedad sobre él, los ánimos inquietos, y dispuestos á ser inflexibles si sufre un descalabro; porque jamás ha sido perdonado un General desgraciado; el juicio lo hacen casi siempre los ignorantes, y la ignorancia como la brutalidad es impasible, no reflexiona, es ciega, hiere al acaso, sin ton ni son, sin ver la sangre que mana de la ancha herida hecha á una reputacion.

Esta operacion del caudillo enemigo la había previsto el General argentino, era de suponer que esa gran mole de fuerza no se estaria quieta, y en consecuencia medita un golpe de mano que burlando el grueso del ejército de Robles, caiga de improviso sobre la ciudad de Corrientes y la arranque al audaz enemigo.

Operacion fué esta criticada entonces sin alcanzar su resultado: tenia por base una combinacion moral de fuerza: el pequeño núcleo no podia entregarse á la inercia; eso hubiera sido su muerte: era necesario llamar la atencion del enemigo sobre su retaguardia para alcanzar con mas facilidad el obje-

tivo deseado, y al mismo tiempo sacar provecho del coraje argentino que no se le debe nunca mantener en inaccion, para evitar la desmoralizacion que sobreviene siempre á causa de las continuadas fatigas y el desaliento en las marchas inútiles repetidas, ó retiradas forzadas, que hacen bajar la moral de un ejército á una situacion peligrosa.

Necesario era pues pelear, sacando provechoso recurso del ardiente espíritu de nuestros soldados que son un fogonazo en el combate, y muy á propósito para las empresas mas aventuradas: ejecutar una operacion audaz, de trascendencia, que levantara la moral que necesita un ejército para alcanzar un difícil objetivo estratégico; mas cuando ese ejercito se encuentra frente á otro que le es superior en número, y le amenaza constante.

La sangre que se prodiga por las necesidades morales de la guerra, es la mas útil sangre derramada; porque de cada gota renace con ventaja el vigor y la constancia.

De manera que el combate del 25 de Mayo de 1865 fué un golpe de temeridad razonada, oportuna, que demostró la superioridad de nuestra infantería sobre la paraguaya que fué desalojada de sus fuertes posesiones, y sembró en el ánimo vacilante de Robles el sobresalto, ocupando en su reta-

guardia su línea de retirada y le hizo ver claramente que podia ser interceptado por no tener el dominio del rio Paraná.

Si "~~Bis pacen~~ *para bellum*" hubiera sido una realidad, Robles habria acompañado á Estigarribia en la triste vida del cautiverio.

No volveré sobre este combate por haberlo ya narrado, aunque ligeramente, en el pequeño bosquejo que figura en las primeras páginas de los servicios del Coronel Charlone.

Una vez obtenido ese objetivo, vertiendo la desconfianza en el ejército paraguayo, Paunero se retira apresuradamente, y fuera del alcance del enemigo establece su campamento en la Esquina, donde se ocupa en dar una organizacion sólida á sus tropas que se aumentan con nuevos refuerzos, y preparar todo lo necesario para la gran jornada histórica: entonces ejecuta una marcha simulada en direccion Goya y de repente se escabulle hácia el Este, y dá comienzo enseguida á una operacion que solo á un bravo y prudente General podia serle encomendada.

Es necesario ejecutar una marcha estratégica que atravesase toda la provincia de Corrientes de Oeste á Este, burlando al ejército enemigo, para

ejecutar su juncion con la division oriental, y caer como una avalancha sobre Estigarribia que imprudentemente había dividido su ejército.

Esta delicada operacion á la que aún no se le ha dado el mérito que tiene, fué ejecutada con grandes dificultades, y es por eso que la habilidad de la maniobra tiene mayor realce; es verdad que esos tres mil argentinos eran de granito. La noticia de la sublevacion de Basualdo fué recibida en camino, pero nada conmovió esa bizarra division, y al fin despues de una de las marchas mas atrevidas que pudo ser honrada con la pluma de Jenofonte ó Tucidides, alcanzó su objetivo, obteniendo el resultado previsto; es decir, una de las mas nobles manifestaciones estratégicas de la guerra del Paraguay.

La division de Estigarribia fué destrozada en detalle en la carnicería Yatay, y el caudillo insolente asolador de pueblos indefensos tuvo que pasar por la horca caudina de la Uruguayana con su abatido ejercito. El total destruido y prisionero de esa columna enemiga alcanzó á diez mil hombres.

Se comprende bien que si alguno fué el gran factor en el suceso, y acreedor en buena parte á esta victoria decisiva y consecuencias de esta campaña, es el General argentino, que interpretando con pericia el plan del generalísimo, y ma-

niobrando hábilmente, primero puso indeciso á Robles, y burlando mas tarde á Resquin, cooperó extratégicamente á uno de los mas completos resultados, como fué el abandono inmediato del territorio argentino y Rio Grande, impedimento de coadyuvar á la insurreccion de un partido político en la República Oriental, y el retiro apresurado de Resquin al Paraguay. [1]

Entonces todo el ejército aliado en tres grandes columnas, tomó sus líneas estratégicas concéntricas hácia el Paso de la Pátria, creyendo aun poder dar alcance al ejército paraguayo; pero, toda fatiga y apresuramiento fué en vano. El ejército paraguayo ejecutó el pasaje á su territorio sin que una escuadra que estaba anclada en el Rio Paraná, y que era dueña de las aguas que surcaba, hubiera enviado un buque á estorbarlo. Entre las razones que se han dado, se menciona la bajante del rio: es un punto historico que deberá aclararse. Pasaje fué este que duró varios dias: lo ejecutó en el Paso de la Pátria llevando consigo multitud de ganados y un inmenso botin.

Resuelto el pasaje del rio Paraná por el General Mitre, contra la opinion de algunos generales, fué

(1) Uno de los cargos que hacía Lopez al general Robles, es no haber batido á Paunero, dejándose burlar como un tonto.

encomendada esta delicada operacion al bravo general Osorio quien obtuvo esa gloria imperecedera.

Las primeras tropas argentinas que pasaron el territorio paraguayo fueron el 1[er] cuerpo mandado por el general Paunero que hasta el 24 de Mayo no hizo nada digno de notar.

En esta batalla memorable fué á esta fraccion del ejército argentino á quien le cupo la mayor faena, alli vió á su bravo viejo general dirijiendo los movimientos del combate, en medio del fuego, chorreando sangre por una herida, sobresaliendo aquella noble faz adornada por la blanca barba de la edad de la experiencia entre el ardor de una juventud entusiasta.

En Yataytí-Corá como en otros combates parciales siempre se encontró su persona en el fuego, y en el consejo sus reflexiones impulsadas por la prudencia.

En Curupaití mandaba el 1[er] cuerpo de ejército y fué tambien á este núcleo de fuerza, á quien como en la batalla del 24 de Mayo cupo la mayor faena.

El General Paunero aquí no tuvo otro rol que el de un bravo. Sufrió sereno los estragos de la metralla; no había otras disposiciones que dar que alentar los ánimos con su ejemplo bizarro.

Despues de este combate el cañon guardó silencio por algun tiempo, es que estaba cansado de matar.





VII.

CURUPAITÍ sangraba aun, cuando en Noviembre de 1866 estalla una revolucion en Mendoza, en los críticos momentos en que empeñada la República Argentina en una guerra estranjera, necesitaba mas el apoyo y la union de sus hijos para vengar el honor nacional tan cruelmente ultrajado.

Nesesario era pues en esta grave emergencia encontrar al hombre bravo y prudente á quien confiar la delicada empresa de ahogar en su cuna la potente insurreccion.

El elejido es el general Paunero: se le improvisa un ejército arrancando una division del ejército del Paraguay. Inmediatamente marcha esta, acompañada de la sorpresa de los brasileros que no podian comprender, que en una guerra extranjera se levantaran en armas argentinos contra argentinos, para neutralizar la accion de la gloria nacional.

Rio IV es la primera base de operaciones que elige el general Paunero para concentrar alli el

primer núcleo de sus fuerzas. Organiza dos divisiones y se dirige rápido sobre el enemigo que maniobra en San Luis y dá el combate de Los Loros y el de Portezuelo: desprende al general Arredondo: el enemigo se interpone, y este general acepta con esa calma y esa audacia escepcional que le distingue, la memorable batalla de San Ignacio, conquistando la victoria por un rasgo de temerario arrojo; y decidida lacampaña por este hecho de armas, fácilmente son pacificadas las provincias de Mendoza y San Luis.

En esta campaña es en la única que ha sido vituperada la conducta del General Paunero.

Se le ha hecho el cargo de haber vacilado alguna vez en sus disposiciones, y no concurrido oportunamente al campo de batalla de San Ignacio con el grueso de sus fuerzas, como pudo hacerlo, al tener conocimiento de la crítica situacion de las fuerzas del general Arredondo; que contrariando instrucciones recibidas (segun se ha dicho) libraba una batalla desesperada contra las fuerzas insurrectas.

Como algun error debe cometer el hombre que se dedica á una carrera tan azarosa como es la militar, no he creido omitir un cargo fundado en un documento de alta importancia que conservo en mi poder, donde se prodigan los mayores elogios

al general Paunero, al que se denomina el general mas organizador de nuestra época y bravo por excelencia, porque el juicio imparcial debe alcanzar tanto los errores, como los actos culminantes, sinó, ¿que valor tendria un boceto preñado de elogios? sería un panegírico que se prestaría á la duda y á la crítica.

Debemos antes que todo considerar, que cuando un hombre ha pasado mas de cuarenta años de su vida en un batallar contínuo, gastando su cuerpo en las míseras vicisitudes de la vida militar, y la inteligencia en esa lucha terrible de las responsabilidades, llega un momento en que el abrumante peso de los años ejerce la influencia de la inercia en sus actos, y se le vé entonces indeciso y vacilante, sin el vigor de la edad provecta, en que no se teme tanto la responsabilidades.

Mas si los compañeros de armas del General Paunero hacen pesar sobre él ese cargo, justo fuera que el General Arredondo no saliera ileso de la crítica por no haber buscado la incorporacion de aquel, cuando supo que un ejército superior venia á atacarlo, salvo el caso que justificase ante la historia su actitud.

Sobre este episodio se ha guardado cierta reserva histórica, de manera que los juicios omitidos

han sido privados y muy ligeramente tocados en publicaciones al respecto. Pero poniendo la cuestion bajo su verdadero punto de vista de la crítica, se saca en consecuencia lo siguiente:

Si el General Arredondo dió la batalla contrariando instrucciones, en circunstancias en que pudo buscar la incorporacion con el grueso del ejército que operaba bajo las inmediatas ordenes del General Paunero, proximo á él; movimiento que venía ejecutando despues de haber cumplido la comision que le fué encomendada, cometió un error; mas, si fué sorprendido y tuvo que aceptar la batalla á su pesar, en un terreno favorable para sus tropas, la falta no le pertenece; pero si al General Paunero que oyendo el cañon debió acudir presuroso en cualquier circunstancia, al lugar donde se efectuaba el combate; que segun las disposiciones antes tomadas de comun acuerdo por los dos Generales, al iniciar las operaciones, deberian reunirse en el transcurso de la marcha que se operaba como ya lo he expuesto en el boceto del General Campos.

Asi, á primera vista se ve la imprudencia de la separacion de un ejercito, que se espone á ser batido en detalle, y era tan segura la marcha de avance de Saa, que dicen, que al iniciar la batalla de San Ignacio, esclamó:

Ahora voy á almorzar á Arredondo, y luego me comeré á Paunero.

Mi juicio en este caso vacila, porque necesitaria oir la palabra del venerable veterano, que hoy está muy lejos para que pueda exponer su opinion, y formar entonces mi dictámen fijo sobre este punto historico, conociendo ademas por experiencia propia, lo difícil que es lanzar en ciertos momentos toda la responsabilidad sobre un General á causa de errores que le son atribuidos, que alguna vez son efecto de la mala ejecucion de sus disposiciones.

Razon tiene el General Marmont, cuando dice: "Que el mejor General es el que comete menos errores." Pero supongo que los errores que dán la victoria son errores de otro género, que superan ventajosamente á las grandes disposiciones tácticas ó estratéjicas que nos dán la derrota, pues alguna vez es necesario aceptar desesperadamente el refran criollo que dice: "Barbaridades son triunfos."

Nunca aconsejaríamos semejante axioma en las condiciones en que se encontraba el General Arredondo antes de la batalla, si es que tenía la posibilidad de incorporarse al general Paunero; pero estoy cansado de leer espesos volúmenes en que se hace la crítica mas implacable sobre operaciones y movimientos que han dado la victoria, es verdad que ese proceder puramente literarios tiene lugar despues que han pasado los sucesos, y se conoce la situacion de ambos beligerantes, ignorada por

ellos mismos cuando estaba el uno frente al otro.

El éxito coronó con una victoria inesperada, un momento de ansiedad en que pudo comprometerse la campaña iniciada bajo una hábil direccion: es que la buena estrella del General Paunero iluminó con su luz habitual el camino de la victoria que alcanzó el intrépido Arredondo, quien aplicar pudo muy bien en este combate la frase aquella de Souvorow.

"*Que cuando la victoria no se entrega voluntariamente, es necesario violarla.*"

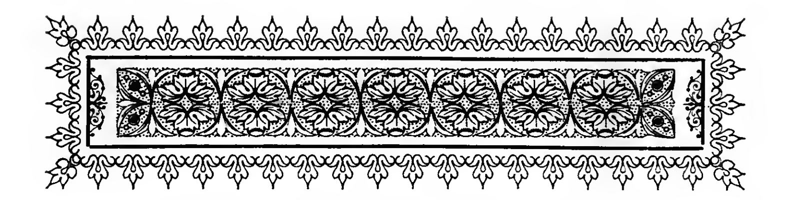
Por lo demás, sabemos por el capitan del siglo que la casualidad entra por tres cuartas partes en el éxito de las batallas; como tambien que los partes arreglan despues simétricamente los grandes desórdenes del fuego, dejando, es verdad, en el fondo lo sucedido.

Pacificado el interior regresaron algunas de las tropas al Paraguay, y el General Paunero bajó á Buenos Aires donde se le entregó la cartera del Ministerio de la Guerra.

En este puesto demostró aún su actividad é inteligencia que ya habia puesto de realce en los ejércitos que se le habian dado á organizar.

Importantes fueron sus servicios llenando, debidamente todas las necesidades administrativas del ejército del Paraguay.





VIII.

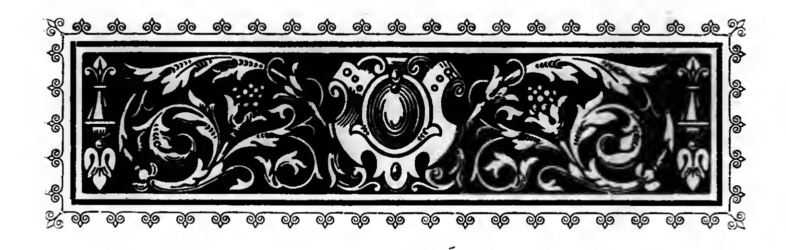
REPRESENTANDO dignamente á la República Argentina le vemos mas tarde en la corte de San Cristóbal, donde manifiesta con una prudencia digna de elogio dotes especiales, desempeñando comisiones delicadas, y cuando al fin de la jornada la divina Providencia detuvo su carrera tan brillante y azarosa en la vida de un soldado, quedó dormido en el sueño del justo, y su corazon tan bueno detuvo el latido sin sobresalto, motor habia sido de una vida de virtud y sin descanso.

Asi fué tranquila esa muerte: apagándose en la última doliente despedida el fuego que alimentaba ese pecho, que nunca fué caverna de un remordimiento, y solo volcan de nobles aspiraciones al porvenir.

Guarden sus hijos esa sagrada memoria: es un escudo de armas indeleble: colgado está en el panteon de las glorias argentinas.



UN COMBATE MEMORABLE



I.

Asalto de Schipka [1] **—Descripcion de este lugar—Demostracion de Suleyman-Pachá sobre la estrema izquierda del ejército ruso.**

El *Paso de Schipka* inmortalizado repentinamente por un glorioso hecho de armas, no es propiamente hablando un paso, pues no presenta ni garganta ni desfiladero, ni un punto adecuado

---

(I) Este episodio ha sido traducido libremente del Francés: constituye un fragmento de la obra anónima titulada "La Guerra de Oriente."

Aunque estos cuadros por sí solos se recomiendan, el traductor se ha permitido hacer algunas agregaciones que dán talvez mejor vigor literario al relato.

En dos palabras vamos á esplicar la relacion que tiene este combate con el comienzo de las operaciones del ejército ruso al invadir en 1887 el territorio otomano.

En este período los errores estratégicos de los turcos fueron aún mayores que los de los rusos, siendo el principal error de aquellos, dejar la parte central de la Bulgaria abierta á la invasion, por cuyo claro penetró audazmente el General Gourko, hasta Tirnova salvó los Balkanes y poseslonándose de sus cuatro pasos, entre los cuales estaba Schipka, avanzó algo mas al Sud, para tener que retroceder en seguida ante las fuerzas superiores de Suleyman-Pachá, quien dirigiéndose mas tarde sobre el paso de Schipka la atacó sin éxito como se verá por la relacion de este episodio.

en que trescientos hombres puedan renovar las hazañas de las Termópilas. No está defendido por profundas trincheras como las que existen en el *Paso Kiper* donde un ejército podria ser aniquilado antes de llegar á las manos con los defensores de la posicion. Su denominacion es sin duda á causa del camino que atraviesa una seccion de los Balkanes, menos alta que la altura general de estas montañas, cuya superficie desde el valle de la Yantra al Norte, hasta el valle Toandja al Sud, aunque tenga un contorno estremadamente accidentado, es bastante continuado para dar lugar á un camino accesible.

Del lado de la aldea de Schipka, la montaña es es casi tallada á pico y se necesita mas de una hora de marcha para llegar á la cima del paso donde el punto mas elevado alcanza á 4.749 piés sobre el nivel del mar, y tiene por nombre *Montaña San Nicolás.*

Una vez salvado este punto, el declive disminuye lijeramente para formar en seguida un estrecho valle cuya longitud alcanza á 8.000 metros, remorta despues sobre *Tcherveni-Breg* (montaña roja) y vuelve á bajar en seguida en una pendiente bastante suave sobre el flanco derecho del barranco de la Koseritsa hasta dos kilómetros de Gabroga. Por esta parte el camino había sido

fortificado por los paisanos búlgaros bajo la inteligente direccion de los ingenieros rusos, que lo habian transformado en una vía escarpada, aunque ancha, y perfectamente transitable para los rodados; de modo que se presentaba en magníficas condiciones para la defensa.

Cuando los rusos se apoderaron de esta posicion, carecía de importancia defensiva á causa de las escasas fortificaciones que la defendían, que únicamente consistian en lijeros espaldones y trincheras de tierra artilladas con un reducido número de cañones Krupp de acero, y de una pequeña pieza de montaña que los turcos habian abandonado intactos con sus avantrenes y numerosos armones repletos de granadas.

Mas tarde, conociendo los rusos la gran importancia de este lugar, completaron las imperfectas fortificaciones, constituyendo siete sólidos reductos armados de potente artillería.

Constituia la llave de la posicion á causa de su dominante altura y escarpados flancos, la *Montaña San Nicolás*, coronada por una batería que alcanzaba con sus fuegos á todos lados, y las dos baterías llamadas turcas, á causa de haber sido establecidas sobre las trincheras bosquejadas á la lijera por los soldados otomanos, cuando el general Gourko atacó por el sud esas posiciones.

La batería que se encontraba mas próxima á la *Montaña San Nicolás* fué designada en los partes rusos bajo el nombre de *Batería de Acero* por estar armada con los Krupps tomados á los turcos.

Al Este se encontraba la *Batería Circular:* al Norte la *Luneta Turca* igualmente establecida so· una antigua fortificacion enemiga: al Oeste el reducto del *Monte Bedek-ko* y la *Batería Verde.* Mas tarde en la jornada del 24 de Agosto se construyó á la lijera una octava fortificacion al Norte de las que se acaban de mencionar, próxima al parque de municiones, con el propósito de contener el movimiento envolvente intentado por Suleyman-Pachá.

La línea que formaban estas obras, circundaba el pequeño valle, del cual hemos hablado anteriormente, formando un campo atrincherado: su guarnicion campaba bajo vastas y sólidas tiendas turcas de forma cónica, que fueron tomadas por los rusos en el mismo lugar cuando se posesionaron de Schipka. Un Karaula (cuerpo de guardia), y un Han (posada), situados á lo largo del camino se transformaron provisoriamente, el primero en depósito de municiones, y el segundo en un hospital.

La posicion bajo el punto de vista militar de Schipka carece de la gran potencia defensiva que

se le ha atribuido hasta el presente, dos puntos vulnerables hacen desmerecer su importancia y la debilitan enormemente.

El primero, consiste en que las alturas que la separan á derecha é izquierda y forman profundos barrancos, la dominan por completo pudiendo muy bien haber sucedido que siendo la guarnicion exigua para ocupar esas dos alturas, nada hubiera mas fácil á los turcos que hacer subir algunas piezas sobre la *Montaña Verdek* al Este y sobre la de *Aikirdijebel* al Oeste, y contrabatir la artillería con la gran ventaja que daba esta posicion. El segundo reside en los accidentes del terreno por los cuales hay que llegar á la posicion, los que á primera vista parecen constituir una ventaja.

La fuerza de una posicion no depende enteramente de las dificultades que presenta su acceso á un ataque directo, pero si, de la estension del terreno descubierto que su fuego puede barrer, y de su capacidad para concentrar ese mismo fuego sobre los puntos de mas importancia crítica. En vista de estas observaciones se distingue, á primera vista en la posicion de Schipka, la dificultad de dominar con su potencia mortífera el laberinto confuso de valles laterales, y de alturas que la rodean; de manera que una brigada de infantería podría aglomerar sus reservas en un barranco de esos, á

una distancia de cien metros de la primera posicion rusa, sin esponerse al fuego de su artillería.

Insistimos en estos inconvenientes para hacer resaltar debidamente todo el mérito de la bizarra defensa que hicieron en los primeros dias un puñado de rusos; defensa memorable que quedará en la historia como un ejemplo de valor y de abnegacion.

Si Suleyman conocia estos puntos débiles, se esplica demasiado bien la persistencia de sus primeros ataques; pero lo que parece incomprensible, es que, despues de haber sido rechazado, por una guarnicion que apenas se componia de tres mil hombres, se haya obstinado en continuar los asaltos, con insensatez inaudita, en circunstancias en que el número de los rusos habia sido duplicado, y en el momento en que el general turco perdia toda probabilidad de éxito.

Muy bien podria suponerse que Suleyman-Pachá jugaba una de esas partidas desesperadas, en la que en vista del objetivo que se propone alcanzar, no se tiene en cuenta el sacrificio de vidas que se hace. Sin embargo, debió comprender que este ataque desesperado de ningun modo garantía al país de una invasion mas allá de los Balkanes, y no ignorar que los rusos habian desistido de su pri-

mer objetivo que era la marcha sobre Adrinópolis, y que si mas tarde volvian á tomar la ofensiva de este lado, bastaria con hacer guardar la entrada del paso con una brigada en una posicion debidamente fortificada, para contener al enemigo, hasta la llegada de los refuerzos oportunos. Aunque supongamos que el general turco hubiera tenido la certidumbre de no ser sostenido por sus colegas, siempre habria podido bajar por cualquier paso situado mas al Este, y haciendo sus marchas del lado del Norte, hacer insostenible la posicion del general Radetsky. Si escojido hubiera para este movimiento el paso de Demir-Kapour podria tambien haber llegado sobre el camino de Tirnova con todas sus fuerzas, sin perder un solo hombre.

Presumimos con razon, que Suleyman, que se preocupaba mas, en su mayor empeño, de conservar su posicion personal, y acrecentar las simpatías que tenia en el gobierno, que en coadyuvar al éxito definitivo de una campaña cuyo honor hubiera recaido sobre la reputacion de su rival Mehemet-Ali; sabia además que intentando volver á posesionarse de Schipka lisonjeaba el orgullo nacional profundamente humillado por la pérdida de esta posicion. Tambien se ha dicho que á consecuencia del pavor que inspiraban los rusos, como por la ignorancia militar de los turcos, pensaban en Constantinopla que á todo trance debia tomar-

se esa posicion que suponian era una condicion indispensable á la seguridad de la capital. En estas condiciones la opinion general estimulaba la empresa de Suleyman-Pachá, y así fué que, despues del fracaso hicieron recaer la responsabilidad, no sobre él, á cuya temeridad era debida aquella catástrofe, pero sí, sobre el prudente generalísimo que habia rehusado secundar la operacion.

El 16 de Agosto, la 9ª division de infantería rusa á la que estaba encomendada la guardia de los Balkanes, se encontraba distribuida en los pasos del modo siguiente:

Los pasos de Elena y de Brebova fueron guardados por el 34º regimiento de infantería de Sievsk, la 5ª batería de la 14ª brigada de artillería, y el 13º regimiento de dragones de la órden militar con dos piezas de la 20ª batería á caballo á las órdenes del general Boreicha.

Los de Hankeüi, por el 33º regimiento de infantería de Eletz, la 6ª batería de la 9ª brigada de artillería, la 1ª batería de montaña y 2 sotnias de cosacos.

Los de Schipka, por el 36º regimiento de infantería de Orel; la 2ª y 5ª batería de la 9ª brigada de artillería, 6 piezas de la 2ª batería de montaña,

5 batallones de la legion búlgara y 5 sotnias de cosacos, á las órdenes del general Stoletow.

El resto de la division, es decir, el 35° regimiento de Briansk estaba en Silvi con el cuartel general del príncipe Sviatopolk-Mirsky.

En este dia dió principio á sus operaciones Suleyman-Pachá. Hacia ya algunos dias que los diarios ingleses, adictos á los turcos, venian anunciando que el ejército de Adrinópolis iba á reunirse con el de Mehemet-Ali, y los espías señalaban en efecto á los rusos, fuertes concentraciones de tropas del lado de Sliwno.

Para engañar con mayor sagacidad al enemigo, el general turco resolvió hacer una demostracion sobre estremo izquierdo ruso, como si realmente hubiera tenido la intencion de pasar los Balkanes por este lado, con el intento de maniobrar en la Bulgaria Danubiana. El 10, 6 batallones de infantería y una multitud de tcherkesses atacaron bruscamente al regimiento de Eletz á la entrada del desfiladero de Hainkeuï: despues de un tiroteo de algunas horas se retiraron y no se presentaron mas.

Al mismo tiempo un destacamento mas considerable salvaba el paso de Demir-Kapou y alcanzaba

en Stare-Reko la vanguardia del general Boreicha, la rechazaba hasta Brebova apesar de los refuerzos que le fueron enviados sucesivamente, y de nuevo la batió el 17 delante de Brebova, arrojándola de esta ciudad que fué medio destruida por un incendio producido por los bachi-bouzouks, y persiguiéndola en seguida hasta Elena. El general Radetski apremiado por el general Boreicha sobre el envío de refuerzos cayó en el lazo que le tendia Suleyman-Pachá, y creyó que todo el ejército turco iba á envolver su izquierda.

De Brebova, dos caminos se ofrecian al enemigo para marchar sobre Tirnova: el del Sud, por Elena y Prissova, y el del Norte por Slatariska. En vista de esta circunstancia inmediatamente envió la 2ª brigada de la 14ª division y 2 batallones á Slatariska para cubrir la segunda y tomando la 4ª de cazadores con dos piezas de montaña se dirigió en persona á Elena. Al llegar á esta ciudad reconoció su error, pues no era con el ejército de Suleyman-Pachá con quien el general Boreicha tenia que habérselas, sinó con un fuerte reconocimiento compuesto de algunas tropas regulares y de un gran número de bachi-bousouks. Instigados por estos últimos la poblacion musulmana de Elena, que allí estaba en mayoría, se sublevó y la guarnicion rusa tuvo que retirarse sobre algunas posiciones quese encontraban próxima á la ciudad.

Las tropas turcas se retiraron á su turno al arribo de los cazadores.

Despues de haber dejado sus instrucciones al general Boreicha y enviado á la 2ª brigada de la 4ª division la órden de evacuar á Slatariska y de reunirse en Tirnova, el general Radetski condujo el 29 la 4ª brigada de cazadores á Prissova, donde se encontró con un parte de los generales Stoletow y Derojinsky que le hizo conocer los propósitos de Suleyman y el verdadero punto de ataque que habia escogido.





II.

Ataque de la garganta de Schipka. Un ruso contra diez turcos.

El 18 de Agosto á las diez de la mañana la guardia de Schipka observó un movimiento extraordinario de tropas del lado de Kezanlyk. Una columna fuerte de 6 batallones apareció sobre las alturas que están delante de la ciudad y espesas nubes de polvo anunciaban que esas tropas eran seguidas por otras. Despues del medio dia la caballería enemiga ocupó las aldeas de Senovo y Yanina. No sospechando toda la estension del peligro que le amenazaba, el general Stoletow previno al general Radetski de la presen-sencia de fuerzas enemigas en Kezanlyk. Ya se ha visto anteriormente que el general Radetski engañado por Suleyman se creia sériamente atacado por su izquierda. Sin embargo, tuvo la prevision antes de partir para Elena de enviar al regimiento Briansk la órden de abandonar á Pelvi y de reforzar la guarnicion de la posicion de Schipka.

El 19, los rusos vieron salir de los bosques, sombrías y profundas columnas, centelleando á los reflejos de un sol de oriente sus miles de bayonetas; una nube de tropas irregulares rodeaban estas oscuras masas. La vanguardia se instaló en Senova mientras que el grueso de las fuerzas se replegó á retaguardia apoyando un flanco en Kenzanlyk. El 20 se tuvo la evidencia de que todo el ejército de Suleyman-Pachá estaba sobre Schipka disponiéndose sériamente á tomar esta posicion y no á efectuar una demostracion, como hasta entonces se habia supuesto. Como á las 4 de la tarde ese ejército se desplegó y entonces se pudo distintamente contar en la llanura al Sud-este de la aldea de Schipka, una línea de 40 batallones cuya derecha se apoyaba en la aldea de Yanina.

Algunas pequeñas columnas de caballería y de infantería turca, avanzaron sobre la aldea de Schipka.

La guarnicion hizo algunos disparos sobre estas tropas con las piezas de á 9 para poder graduar el tiro desde la *Montaña San Nicolás*. Un instante despues se vió la mosquetería empeñarse al pié de la montaña, entre la vanguardia turca y algunas compañías de búlgaros encargados de defender la aldea. Al cabo de algunas horas de defensa los búlgaros se retiraron sobre la montaña,

despues de haber hecho sufrir grandes pérdidas al enemigo, á consecuencia de los muros y cercados que abundan en esta aldea.

Los turcos anunciaron inmediatamente la toma de este villorrio por un incendio voraz que destruyó todo en un instante.

La espesa humareda que se elevaba remolineando hácia la cima de las alturas, dió á conocer á los rusos la destruccion de esta encantadora y pintoresca localidad. Los turcos establecieron su campo á retaguardia de la aldea dando la espalda á tres gigantescos túmulos de tierra que afectaban la forma de tres inmensas topineras, en el mismo lugar en que las tropas del general Gourko tuviesu campamento un mes antes.

Todo hacía presagiar para el dia siguiente un ataque que los rusos esperaban con resolucion y vigilancia, con ese valor frio que los ha hecho respetar entre los mejores soldados del mundo.

Las intenciones de Suleyman-Pachá se hicieron cada vez mas evidentes. El 4º batallon búlgaro que estaba de gran guardia entre la garganta y la aldea, estuvo espuesto durante toda la noche á un fuego contínuo de mosquetería y se replegó sobre el paso antes del alba.

Apenas lució el dia dió comienzo uno de esos combates legendarios, en el que los combatientes con encarnizado brio demuestran hasta donde puede llegar el ódio de dos eternos enemigos: es imposible consignar algo mas conmovedor que esta lucha de bravos en que por una parte se despliega una tenacidad salvaje, y por la otra una constancia homérica.

El general Stoletow dispuso sus tropas, y repartió el mando sobre la línea de defensa del modo siguiente:

El 3er batallon del regimiento de Orel, y la 2ª batería de la 9ª brigada de artillería ocupaba la *Montaña San Nicolás* y *la Batería de Acero:* esta última estaba artillada con 7 cañones turcos de los cuales uno era de montaña.

El 1er batallon de Orel, ocupaba algunas trincheras sobre la derecha y formaba el sosten de la *Batería verde* y de la *Batería circular*, que tenian cada una 4 piezas de la 5ª batería de la 9ª brigada de artillería: la *Batería circular* tenia además 2 piezas de la 10ª batería de á caballo. Dos compañías del 2º batallon del regimiento de Orel ocupaban además las alturas del *Redek-Ko* delante del flanco derecho. El flanco izquierdo que estaba frente á las montañas del *Berdek* se hallaba cu-

bierto por trincheras y guardado por el 2°, 3° y 5° batallones de la legion búlgara.

Tres compañías del regimiento Orel, el 1° y 4° batallones búlgaros y 4 piezas de la 2ª batería de montaña, formaban la reserva. Esta fué colocada sobre el lugar llamado el Istmo, que se encuentra situado entre las tiendas que están mas cercanas á la *Montaña San Nicolás* y pié de esta.

El mando de este punto, que formaba la posicion avanzada, fué confiado al Coronel Conde Tolstoï ayudante de campo del emperador; y el de las trincheras de la izquierda al Coronel Príncipe Viaseuiki, tambien ayudante de campo del emperador; el del flanco derecho y el de la base á la que se denominó posicion principal, al Coronel Depradovich, quien al arribo del regimiento Briansk, entregó el mando al Coronel de ese regimiento Lipinsky.

Desde las siete de la mañana se vieron aparecer los gorros colorados á la izquierda de la *Montaña Berdek*. Un calor prematuro anunciaba que el dia sería sofocante, el sol iluminaba un cielo diáfano, y un aire embalsamado subía de los bosques que rodean la posicion, el agua murmurante caía sobre las hojas de los árboles en las fuentes naturales que allí existen, y el cantar de las aves, que aun no

habían sido atemorizadas por el ruido de la batalla, se escuchaba entre un silencio solemne. La muerte que pronto iba á segar tantas existencias en este lugar sangriento, perdia su horrible aspecto en medio de esta naturaleza festiva, y los 3.000 bravos rusos encerrados en Schipka, ignorando si los refuerzos pedidos llegarían en el momento oportuno, se prepararon á ese duelo sin igual y formidable, en el que un puñado de hombres se batirían con el valor de la desesperacion, contra un ejército de 50.000 hombres tan bravos como las armas y tan salvajes como su fanatismo.

Los turcos dieron comienzo á la construccion de una batería frente á la *Batería de Acero* sobre el *Berdek*. Los rusos rompieron inmediatamente el fuego contra los trabajadores; pero todo fué inútil: á las diez de la mañana el enemigo había colocado cuatro piezas en posicion.

Apenas despuntó el alba, fué encargado el teniente Romanof, del 7° batallon del cuerpo de ingenieros, de colocar minas instantáneas sobre el gran camino que va de la aldea á la garganta de Schipk. Hacía un instante que habia quedado concluido este trabajo, cuando los 40 batallones de Suleyman-Pachá, se formaron en columna de ataque y avanzaron con la mas grande bravura marchando sobre el camino que nace á la salida de la

aldea. Los primeros tercios de la subida la salvaron fácilmente. Protejidos por la pendiente escarpada de la montaña se encontraban á cubierto del fuego de artillería y hacian retroceder á los tiradores rusos. Mas, apenas hubieron llegado sobre la pequeña meseta donde se encuentra una posada en construccion, sus columnas se vieron obligadas á avanzar sobre un terreno desnudo y descubierto.

Tres reductos y numerosas trincheras dominaban ese punto, la mayor parte de los cañones que defendian esas obras eran las piezas que habian sido abandonadas por los turcos en ese mismo lugar, y como por escarnio de la fatalidad, con sus mismos proyectiles se les dió la bien venida.

Los osmanlis avanzaban siempre con el mismo coraje; sus primeras filas cayeron literalmente segadas bajo esta lluvia de fierro, al mismo tiempo que se escuchaba el pavoroso estruendo de horribles esplosiones en todo el largo del camino. Eran las minas instantáneas que estallaban por medio de la electricidad; y aunque la esplosion fué á destiempo, ocasionó grandes pérdidas á los turcos y trastornó de tal modo el camino que se hizo impracticable durante el resto del dia.

A las diez, los cuatro cañones instalados sobre el *Berdek* rompieron el fuego y la infantería turca

desplegándose sobre todo el frente Sud de la posicion rusa vomitó un fuego terrible de mosquetería, lanzando inútilmente una granizada de balas contra los atrincheramientos.

Los rusos, bien resguardados, aprovecharon debidamente su tiempo; economizaban sus municiones y tiraban á golpe seguro. Al mismo tiempo una fuerte columna turca daba el asalto á la pequeña batería rusa del Sud-Oeste, que era defendida por la 3ª compañía de tiradores del regimiento Orel; llegó hasta el pié del reducto, pero á pesar de su tenacidad no pudo ir mas léjos. Reforzada sin cesar por tropas frescas atacó dos veces con el mismo furor y dos veces fué rechazada por los bravos defensores, apoyados por una compañía búlgara destacada de la reserva.

Los turcos despues de una sangrienta persistencia retrocedieron al fin, dejando centenares de muertos sobre la pendiente, que en vano habian intentado subir con tanto brío.

El plan de Suleyman-Pachá era muy simple: consistía, sin preocuparse de la pérdida de soldados, en tantear por asaltos sucesivos todos los puntos de la posicion, hasta que encontrando el mas débil, lanzar sus mejores regimientos y forzar de ese modo el fuerte baluarte moscovita.

Rechazado de la batería del Sud-este, hizo entonces una tentativa sobre el otro estremo del frente de la pendiente occidental de la *Montaña San Nicolás.* Apesar de las horrorosas pérdidas que sufrian, los intrépidos turcos que habian sido traidos del Montenegro, se lanzaron en una columna profunda y cerrada sobre la que, las granadas tiradas á corta distancia abrían grandes claros, pero aquel coraje salvaje no pudo realizar lo imposible: barridos por un fuego violento, incomodados en sus movimientos por los muertos y heridos que á cada instante rompían las filas y embarazaban el camino con sus sangrientos despojos, tuvieron aun esta vez que abandonar el campo regado con tanta sangre heróica.

En este momento (once y media de la mañana) la guarnicion de Schipka prorrumpió en alegres hurras viendo llegar al regimiento Briansk que fué establecido de reserva á retaguardia de la *Batería circular;* este regimiento había hecho una jornada de 42 kilómetros sin descansar.

Sin desanimarse y prosiguiendo su plan funesto en el que el sacrificio de hombres reemplazaba á las disposiciones tácticas usadas en semejantes ataques, Suleyman buscó otro punto de asalto. Hizo colocar sobre todo á su frente, espesas filas de tiradores que hacían caer una lluvia de balas du-

rante todo el resto del dia, no solamente sobre las trincheras, sino tambien sobre el pequeño valle situado á retaguardia, donde las balas perdidas ocasionaron grandes bajas á la reserva, ménos abrigadas que las tropas colocadas en los atrincheramientos. En seguida organizó una columna de asalto, é hizo atacar la *Batería de Acero*, sobre el flanco izquierdo de la *Montaña San Nicolás*. El primer asalto tuvo lugar al medio dia.

Con gran angustia vieron los rusos aquellas grandes y profundas masas de infantería enemiga que descendían, formadas en tres líneas, de los bosques vecinos al valle que se estiende al pié de la altura en que se eleva la batería. Con un coraje indomable los turcos atravesaron el espacio descubierto á la carrera y treparon las pendientes de las montañas al son de sus tambores que tocaban á la carga, y á los estruendosos gritos repetidos de ¡Allah! il ¡¡Allah!! pero apesar de la energía y tenacidad estraordinaria con que fueron conducidos al asalto, el fuego mortífero de los sitiados los rechazó con grandes pérdidas.

Diez veces reorganizaron sus columnas, y diez veces con el mismo empeño iracundo y con la misma intrepidéz salvaje renovaron este ataque insensato. Suleyman enviaba tropas frescas sobre tropas frescas, y volvía á hacer empezar la batalla.

Los valerosos soldados otomanos trepaban con gran dificultad la áspera pendiente; y cada metro ganado costaba raudales de sangre: filas enteras caían sin descanso y las compañías de retaguardia pasaban pisando montones de cadáveres; y cuando creian alcanzar la cima, no quedaba de aquella espesa columna sinó un puñado de bravos; entonces los que habían sobrevivido, desanimados por la grandeza del esfuerzo que aun quedaba que cumplir, retrocedían apesar del empeño y las exhortaciones de sus bizarros oficiales en llevarlos al combate. ¡Cuánta sangre corrió sobre esa fatal pendiente de la montaña, y cuánta sangre ha corrido y correrá en los campos de batalla, á causa de la ineptitud brutal de un hombre de guerra!

Las avaluaciones mas moderadas de las pérdidas de los turcos en este ataque insensato, alcanzan á mas de 3.000 hombres.

Hasta el anochecer, los rusos y los búlgaros, que en razon de su pequeño número combatían sin descanso, oyeron tocar á la carga y los gritos horrorosos de los asaltantes.

Al caer la noche habian ya colocado los turcos, seis piezas en batería, al mismo tiempo que ocupado las alturas de Aikiridjebel, á pesar de los fuegos de la *Batería verde* que mandaba el capitan

Policarpof, colocando en este punto dos cañones. A las ocho de la noche creyendo Suleyman-Pachá que la guarnicion de Schipka, agotada por esta horrorosa lucha de diez horas, estuviera entregada al descanso intentó un nuevo asalto.

Silenciosamente avanzó una espesa colunma sobre las fortificaciones rusas, ya los primeros asaltantes estaban al pié del parapeto del reducto para escalarlo; cuando los centinelas pudieron apercibirlos por la luz de la luna, y dando la alarma, una viva mosquetería respondió barriendo instantáneamente los aproches de la posicion.

Esta primera jornada solo costó á la heróica guarnicion de Schipka 200 hombres. Es el dato oficial que tenemos, y cualquiera que sea la desigualdad que presenta con la pérdida de los turcos, no se encontrará inverosímil, porque es preciso no olvidar que durante todo el dia no hubo combate cuerpo á cuerpo, sinó simplemente se limitó á una lucha de artillería y mosquetería, en la cual los rusos estaban resguardados por sus atrincheramientos y tiraban sobre masas profundas donde no se perdía una bala.

Este combate pertináz y contínuo, había abrumado de cansancio á las tropas del general Stoletow que solo pudieron tomar un reposo incompleto

perturbado amargamente por los clamores desgarradores de los heridos turcos, que pedían socorro á pocos pasos de los atrincheramientos donde habían caído. La fusilería no cesó en toda la noche en razon de que los turcos construian una nueva batería y trabajaban trincheras, dos de las cuales distaban solo 200 pasos de las posiciones rusas.

Aunque tuviese la idea el Jefe de Schipka de ejecutar una salida para dispersar á los trabajadores enemigos, se veia imposibilitado de llevar á cabo esta operacion á causa del pequeño número de fuerza con que contaba.

Asi limitó sus disposiciones bajo la proteccion de las reservas, á reparar las baterías y las trincheras, y á aumentar su fuerza defensiva, sobre todo, la de la batería denominada de Acero cuyas piezas y soldados habian estado al descubierto todo el dia, sufriendo por esta razon grandes pérdidas.

La jornada del 22 fué menos fatigosa que la precedente. Sin duda Suleyman-Pachá en la noche había reflexionado maduramente sobre sus asaltos, resignándose á no enviar sus soldados á estrellarse inútilmente contra las rocas y los muros, y preparar con mas calma el nuevo asalto que

meditaba. A las seis de la mañana con 8 piezas de á 4 y de á 6, y dos de montaña que tenían en posicion, hizo romper el fuego que no cesó durante todo el dia.

La artillería rusa no pudo contestar con un fuego tan nutrido porque apenas le quedaban ochenta tiros por pieza (las tomadas á los turcos) y las municiones de repuesto no llegarían hasta el 24. Sin embargo, desmontó varios cañones del enemigo y le hizo volar dos armones.

Con el intento de abrumar de cansancio á la pequeña guarnicion, Suleyman ordenó se continuase la mosquetería sin interrupcion, no solamente sobre el frente Sud, sinó tambien sobre los flancos, al mismo tiempo que simulaban ataques, obligando por este medio á los rusos á tenerse constantemente sobre las armas.

Al mismo tiempo, el general turco llamaba de Kezanlik y de las aldeas vecinas todas las tropas que estaban por alli diseminadas, y reuniendo su ejército todo entero en la aldea de Schipka, que constaba de mas de 50.000 hombres, (como ochenta batallones) preparó el ataque para el dia siguiente.

Durante la noche, los rusos concluyeron los trabajos emprendidos en la anterior: se repararon

las baterías y las trincheras, se establecieron traveses y dos nuevos atrincheramientos: trabajos que fueron ejecutados bajo el fuego persistente del enemigo.

Mas tarde, las compañias del rejimiento de Orel, establecidas en la Batería de Acero, fueron relevadas por una compañía del 9º batallon del rejimiento Briansk á las inmediatas órdenes del capitan Skorodinsky comandante de ese batallon. Los infelices búlgaros á quienes los rusos desde el principio de la campaña, habían tenido constantemente en los puestos mas peligrosos, y soportado ellos solos, la casi totalidad de las pérdidas de la primera jornada, continuaron estóicamente en sus puestos de peligro.

Los turcos no cesaron durante toda la noche el fuego infernal, con el intento de mantener en contínua alarma, como si estuvieran prontos á dar un nuevo asalto. Excelente estratagema que impidió á la guarnicion de Schipka de avasallarse al sueño aunque hacían cuarenta y ocho horas que no habían cerrado los ojos.





III.

La jornada del 23—Los turcos intentan envolver la posicion de Schipka.

Apercibiéndose Suleyman-Pachá, que el fuego de los rusos disminuia, comprendió que sus nuniciones escaseaban, y además sabía que aun no le habian llegado refuerzos, así, en vez de prodigar su ejército en ataques sucesivos, resolvió por esta vez envolver toda la posicion en el ataque general que meditaba: acometer á los rusos por todas partes á la vez, y ahogar de algun modo la pequeña guarnicion rusa, bajo el peso enorme de sus 50.000 hombres. El éxito parecia infalible, y se creía como cosa imposible, que la línea rusa oprimida de este modo por todas partes, no se rompiera en algun punto: efectivamente, si la llegada de los refuerzos traídos por el general Radtski hubieran tardado una media hora, Schipka habría sido tomada.

Detengámonos un momento para examinar la situacion de este puñado de bravos que iban á ostentar hasta que grado de heroismo puede alcanzar el valor humano. Hacía tres dias que no dormian y apenas habian comido á la lijera; la fusilería les privaba de estas necesidades, su sed era ardiente, porque los turcos desde el primer dia habían desviado el curso de las fuentes; y combatían con un calor que alcanzaba á los 45° á la sombra.

La reverberacion de los rayos del sol sobre las rocas cegaba á los combatientes, los árboles tenian su follaje casi seco, y en esta sofocante atmósfera los turcos dejaban podrir sus muertos muy próximos de las posiciones rusas, sirviéndose de ellos algunas veces como resguardo contra aquella granizada de plomo. Aquel hedor insoportable hacía flaquear el corazon de esos hombres que ni el cansancio abrumador, ni el peligro habían podido, abatir por un momento su enérgica resolucion.

El general mayor Kossinsky, inspector general de los hospitales del ejército, que se encontraba con Stoletow, compara en una carta dirijida á la "Gaceta de Moscow," Schipka á Sebastopol: "He
" visto, dice, un segundo Sebastopol, la renova-
" cion de aquel cañoneo terrible, de aquel fuego
" infernal que durante once meses había bramado

" al rededor de la desgraciada ciudad. He
" asistido á los mismos actos de abnegacion heróica
" y de menosprecio de la vida. No exagero afir-
" mando que los seis dias de Schipka (del 21 al
" 26 de Agosto) fueron mas terribles aun, que la
" jornada de Sebastopol: allí á lo menos sabiamos
" que por tal ó cual trinchera se podría ganar el
" bastion con una seguridad relativa, conociamos
" la direccion de los proyectíles enemigos, y deter-
" minábamos con mas ó ménos regularidad los
" lugares en que caían, sabíamos tambien cuando
" el cañoneo se dilataba, y el momento en que
" tomaba una nueva intensidad; pero en la posi-
" cion de Schipka ha sido un fuego cruzado sobre
" todos los puntos é incesante, no interrumpido
" durante un instante, ni de dia ni de noche."

La bizarra comportacion de las tropas que han resistido un ataque semejante se impone á la admiracion del mundo.

Antes del alba, el cañoneo que no había cesado en toda la noche, estalló con una furiosa violencia

A este tiempo ya tenian los turcos en posicion diez cañones sobre el Berdek y 4 sobre Aikiridjebel; á medio dia tenian 4 mas sobre este punto. Al mismo tiempo el ejército otomano se abrió como la sierra de un cangrejo para oprimir las posiciones rusas.

Una columna desfiló á lo largo de la montaña Berdek para envolver la izquierda, un destacamento tomó posicion sobre el frente Sud, y el resto del ejército se dirigió sobre la pequeña aldea de Senobo, de allí tomando un pequeño sendero apenas bosquejado, por el cual anteriormente habia huido la antigua guarnicion de Schipka, se internó esta columna en las montañas arboladas que están frente al flanco derecho de los rusos, á fin de envolver igualmente la posicion de este lado y de reunirse á retaguardia con las fuerzas que viniesen del Berdek, cortando asi la comunicacion de los reductos con Gabrova.

La izquierda de la guarnicion rusa fué atacada á eso de las siete de la mañana por las tropas que subieron por las dos pendientes de la aldea Etter. El 2°, 3° y 5° batallones turcos, que estaban establecidos frente de sus barrancos y que por órden del Coronel Conde Tolstoï habian sido reforzados con dos compañías del I° y 4° batallon búlgaro, enviados de la *Batería de Acero* bajo el mando del Coronel príncipe Viazenski, recibieron á los asaltantes con un fuego nutrido que les causó grandes pérdidas.

Durante el dia, 6 batallones con una tenacidad admirable, llevaron varios ataques á las trincheras ocupadas por los batallones búlgaros; pero siem-

pre fueron rechazados. Cuando en la noche se relevó de su puesto de combate á aquellos bravos soldados enrolados por la libertad de su pátria, que ya habian perdido la mitad de su efectivo en Esk-Zaghra, las tres cuartas partes de su fuerza estaba fuera de combate.

Sobre el frente intentaron los turcos cuatro veces el asalto á la *Batería de Acero;* pero siempre fueron rechazados con grandes pérdidas. Los rusos, por su parte, en este lugar sufrieron muchas bajas porque eran fusilados por el flanco y retaguardia y se vieron en la necesidad de construir á toda prisa varias líneas de trincheras para resguardarse. Tres de las piezas de acero fueron desmontadas en el dia. Las otras á causa de la penuria de municiones, no respondían al fuego de los turcos y solo tiraban en los casos estremos, cuando las columnas de ataque se aproximaban. Pero el ataque á las trincheras llevado á cabo por los turcos en el frente Sud eran bien poca cosa en comparacion de los asaltos repetidos que fueron lanzados sobre los flancos.

Estas posiciones habian sido puestas bajo el mando del Coronel Lipinsky que las ocupaba del modo siguiente:

Las trincheras alrededor de la *Batería circular* estaban defendidas por compañías del 2° batallon

del regimiento de Briansk con la 5ª y 6ª compañía de reserva. Una parte del 3er batallon, la 10ª y 12ª compañía, y la mitad de la 3ª compañía de tiradores, ocupaba la *Montaña Redek-Ko* y las otras compañías se hallaban en las trincheras del flanco derecho de la posicion cerca de la *Batería verde.* Las trincheras avanzadas de este lado fueron guardadas por la 11ª compañía, y el istmo cerca de la ambulancia, por tres compañías del regimiento de Orel, colocadas igualmente como las compañías vecinas del regimiento de Briansk, á las órdenes del teniente coronel Lindstron del regimiento de Orel. Las otras cuatro compañías del regimiento de Orel, que formaban la reserva general se encontraban entre la *Batería circular* y la *Batería verde.*

El objetivo de los turcos sobre el flanco derecho fué la *Montaña Redek-Ko* donde se encarnizaron con una persistencia desesperada.

Desde las cinco de la mañana, el Teniente Coronel Schwabe que mandaba ese puesto, vió avanzar cuatro fuertes columnas enemigas sobre la posicion: pidió refuerzos; solo se le pudo enviar compañía y media en razon de ser muy escasa ya la reserva.

A las seis, los turcos cargaron con furor con sus acostumbrados alaridos salvajes; Schwabe que

había comprometido hasta su último soldado, pidió una segunda vez refuerzos; el Coronel Lipinsky le envió dos compañías del regimiento de Orel. A las 7 y media reforzados los turcos con nuevas tropas, dieron un nuevo y terrible asalto, haciendo sufrir á los rusos pérdidas enormes. Los turcos tiraban al acaso, decia uno de ellos, y éramos heridos por las balas perdidas; era tal el granizo de plomo que las filas se aclaraban con asombrosa rapidéz. El Teniente Coronel Schwabe pidió una tercera vez refuerzos: se le envió todavia un destacamento de reserva.

Al mismo tiempo que esto sucedia el general Stoletow enviaba una mitad de la 6ª compañía del rejimiento de Briansk y otra de la 2ª compañía de los tiradores del rejimiento de Orel con 4 piezas á ocupar la Luneta turca con el designio de sostener la guarnicion de Bedek-ko y de flanquear con sus fuegos las columnas que atacaran esta última posicion.

Sin embargo, las pinzas del cangrejo iban cerrándose. De repente las columnas que habían desfilado sobre el flanco izquierdo á lo largo del Berdek, desembocaron de los bosques que están á retaguardia de la *Batería circular* y se lanzaron sobre el camino para tomar de revés la montaña *Bedek-ko.*

Si este brusco movimiento hubiera tenido éxito, *Schipka* habria sido envuelta y por consecuencia perdida la posicion para los rusos. Ante este ataque tan rápido la 5ª compañía y una mitad de la 6ª que se encontraba de reserva en la *Batería circular*, apenas tuvieron tiempo de desplegarse: asaltadas á cien pasos por un fuego violento; no tuvieron mas salvacion que arrojarse desesperadamente á la bayoneta sobre los turcos sin hacer un disparo, rechazándolos con un coraje digno de ese crítico momento. A este encuentro sucedió una intensa fusilería, que continuó así por algun tiempo.

Los asaltantes reforzados por nuevas tropas, volvieron á tomar varias veces la ofensiva, pero siempre fueron repelidos por el fuego de los rusos.

El monte Redek-ko continuaba devorando los esfuerzos sucesivos que se le enviaban, las balas turcas no dejaban un defensor en pié. A las diez, nuevo pedido de refuerzos del Teniente Coronel Schwabe; se le envió la última compañía disponible con la órden de sostenerse hasta perder el último hombre.

Se habia recibido la noticia de la marcha del general Radetski de Gabrova, con una brigada, cuya llegada se esperaba como la única salvacion en aquella lucha desigual. El valiente general Stoletow

resolvió hacer el mas grande y supremo esfuerzo para dar al general Radetski ocasion de llegar á tiempo.

Durante cuatro horas el combate continuó con increible furia, bien se podría decir que los bosques que circunvalan la posicion, vomitaban turcos á millares: las columnas se sucedian á las columnas, pero los rusos impasibles bajo un fuego espantoso, no perdian una pulgada de terreno; héroes mecánicos por la fuerza de las circunstancias, que son por lo general el orígen de los grandes hechos.

Los partes de esta jornada, abundan en rasgos de valor admirable, y episodios heróicos; hubieron muchas compañias que quedaron sin un solo oficial y continuaron sin embargo batiéndose bizarramente, rechazando con su propia iniciativa, los ataques del enemigo: gran número de heridos volvian á las filas despues de la primera curacion, y cuando sus oficiales les indicaban que se retirasen al hospital de Gabrova, respondian casi siempre. "Aun " tenemos tiempo, los hospitales son para los que " están heridos gravemente, nuestras heridas son " leves, y bien ó mal, aun podemos servirnos de " nuestros fusiles. . . . es necesario hacer todos los " esfuerzos posibles. . . . no es el momento de pen- " sar en curaciones, y sobre todo, no se muere mas " que una vez." Y aquellos bravos entre bravos morian como héroes.

Oficiales y soldados rivalizaban en bizarría y constancia, y supieron morir sin ostentacion y con estoicismo. Hambrientos, transidos de fatiga, enfermos, solo deseaban batirse y como siempre, los oficiales estaban en primera línea.

En muchos casos los soldados que tenian sus fusiles deteriorados guardaban sus puestos en las filas, firmes, impasibles, con aquel valor sereno automático que admiraba á Napoleon.

Que haceis ahí?—les preguntaban los oficiales—si ya no podeis tirar?

—Es verdad, respondian los soldados, pero nos reuniremos en compañia especial para trabajar á la bayoneta. Pero no por reconocer el heroismo de los rusos, debemos olvidar de rendir el homenage debido á los valientes milicianos búlgaros, demasiado olvidados en los partes rusos; fueron los que de esta manera trabajaron mejor.

Recorriendo las trincheras el general Derojinski, apercibió diez y siete soldados tendidos detrás de un atrincheramiento, y un oficial en pié, con una pierna herida y el rostro cubierto de sangre. El oficial hizo el saludo militar.

—¿Duermen vuestros soldados? preguntó el general, indicando con el dedo los dormilones.

—¡Si, general! duermen, pero duermen el sueño de los bravos; no se despertarán mas, ahí han muerto.

—¿Y Vd. que hace en este lugar?

—Espero mi turno, es todo lo que queda de mi compañía: replicó el oficial conmovido.

Hay tal semejanza en los actos de la guerra que parecen unos copiados de otros. El mayor Mayorga, argentino, once años antes de esta guerra, dió una casi igual contestacion al general E. Mitre en el combate del Boqueron en el Paraguay.

No hubo ardid que no emplearanl os turcos para —engañar á sus enemigos. Un capitan de tiradores, colocado en una avanzada con su compañía hacía dirijir sus fuegos sobre una barricada que estaba próxima, cuando una voz partiendo de detrás de este abrigo, llamandole por su nombre le gritó, " Haced cesar el fuego que tirais sobre nosotros"—Quien ha dado esta órden? "El comandante del cuerpo," respondieron.—Pero de que cuerpo: con mil diablos, preguntó el vigilante Oficial. Esta vez viendo descubierta su astucia los turcos, respondieron con una descarga.

A las dos de la tarde, un oficial enviado por el teniente coronel Schwabe, vino á anunciar, que en

presencia del gran número de heridos y de las fuerzas constantemente crecientes de los turcos, no habia ya la posibillidad de mantenerse en la *Montaña Bedek-ko*, si no se enviaban nuevos y numerosos refuerzos. Por toda reserva no quedaban ya, sinó una mitad con las banderas de los distintos cuerpos. Entonces se le dió la órden al destacamento, de mantenerse firme á todo trance, y en caso de necesidad estrema, de replegarse evitando las minas instantáneas colocadas á retaguardia de *Bedek-ko* y ocupar las trincheras. El Subteniente Romanof del 7° batallon de ingenieros recibió al mismo tiempo, la órden de tener pronta la batería galvánica, á fin de hacer volar á los turcos, en casode verse en la necesidad de abandonar la posicion.

Aquel fué uno de los momentos mas críticos de la jornada. Una fusilería terrible continuaba chisporroteando al rededor de la *Batería Circular*, los tcherkesses asaltaban la *Luneta turca*, y la *Batería Bedek-ko* pronto iba á ser abandonada. Las reservas estaban casi agotadas, todos los soldados habían entrado en combate; pero felizmente habian disminuido notablemente los esfuerzos del enemigo sobre el frente Sud, y el conde Tolstoï pudo enviar una compañia al Coronel Lipinsky. Hácia las tres ó las cuatro de la tarde,—notándose que el enemigo dirijía su principal ataque, contra

el destacamento del flanco derecho, le envió todavia una compañía y destacó su última reserva, es decir 2 compañías del 1er batallon y una del cuerpo de la lejion búlgara, con el designio de defender la base del paso que va á la *Luneta turca*. Como á las cinco de la tarde el Coronel Tolstoï se dirijió en persona sobre el flanco derecho, donde estaba el coronel Lipinsky, confiando temporalmente el mando al mayor Redkine, comandante del 4° batallon búlgaro.

Apesar, de todos estos refuerzos, la situacion era amenazadora sobre la derecha. Los turcos contenidos en los bosques por las descargas de los rusos, se desplegaban sobre el borde y tiraban sin cesar. Grandes grupos de heridos se dirijian de *Bedek-ko* al hospital de sangre provisorio, situado allí.

El puñado de rusos que quedaba sobre la montaña, luchando desde el alba, con un enemigo inmensamente superior, tuvo al fin que abandonar la posicion, y á las 5 de la tarde empezó á replegarse en pequeños grupos, conduciendo sus ultimos heridos. Los oficiales de este destacamento casi todos fueron muertos ó heridos; de las compañias una sola no quedó en pié; horriblemente diezmadas solo presentaban pequeños grupos de soldados de diversas procedencias.

En las trincheras y las reservas, las pérdidas eran enormes, ocasionadas por el fuego cruzado de los turcos, al cual había estado espuesta la posicion hacía doce horas.

Irremediablemente parecía la partida perdida para los rusos. La lejion búlgara tenía tres cuartas partes de su efectivo, fuera de combate, los rejimientos de Briansk y de Orel estaban reducidos á la mitad de su efectivo, y los que sobrevivian desmoralizados por esta horrorosa carnicería ya no reaccionaban, pero lo que mas afectaba el espíritu de aquellos valientes soldados, era que empezaban á faltar las municiones. Despues de tres dias de un fuego violento, el parque estaba casi exhausto, y mientras que los turcos renovaban sin cesar sus ataques, los rusos tenian que economizar sus municiones y tirar lo menos posible. En cuanto á refuerzos, no los habían recibido de ninguna parte y solo Dios sabía cuando llegarían. Los turcos habían concluido por obtener grandes ventajas, oprimiendo á sus adversarios por todos lados, y posesionándose cada vez mas de puntos ventajosos.

Sintiendo que los rusos debilitaban sus fuegos, reforzaron sus ataques: Suleyman creyó alcanzar la victoria. A las cinco de la tarde, el parque de artillería rusa no tenía sinó armones vacíos, y no

les quedaba másque la bayoneta para concluir victoriosamente ese dia. Las baterías cesaron el fuego y los rusos se lanzaron al arma blanca; como una avalancha, se precipitaron sobre los turcos, que no pudiendo resistir tal impulso de coraje desesperado; retrocedieron aun una vez; pero guardando silencio las baterías rusas, adivinaron sus adversarios la causa de ese silencio y dieron un nuevo y terrible asalto.

Las tropas rusas, agotadas por tres dias de combates contínuos sin aliento, sin reposo, y sin cartuchos, no pudieron resistir esta vez aquel esfuerzo terrible, y empezaron á retrogadar abandonando las posiciones regadas con su sangre.

En la *Luneta turca,* las municiones tambien faltaban, asi fué que el fuego tuvo que cesar. Los turcos, enardecidos por este silencio, se lanzaron con la mas grande audacia al asalto. Ya alcanzaban la cima cuando los rusos saliendo de su atrincheramiento, hicieron llover sobre ellos una granizada de grandes piedras, troncos de árboles, que los hizo rodar al bajo del barranco de donde habian salido; algunos que habian tenido la audacia de escalar la meseta, fueron bayoneteados y otros huyeron á reunirse con sus camaradas.

Durante una hora, los rusos se defendieron con estos estraños proyectiles, y habiendo llegado el

momento crítico, en que faltaban las grandes piedras, arrojaban sobre los turcos, fusiles rotos, terrones de tierra, sus cartucheras repletas de guijarros y todo lo que encontraban á mano.

Sin embargo, los turcos excitados por sus oficiales, que demostraban gran valor continuaban con empeño su empresa. Un oficial gravemente herido se habia tomado de un tronco de árbol en la mitad del camino de la pendiente de la meseta, y desde allí llamaba á sus soldados que retrocedian apostrofándolos con mil epítetos denigrantes; un nuevo esfuerzo los iba á hacer dueños de la posicion, cuando un inmenso hurrah señaló la vanguardia de los tiradores del general Radetski.

¡Schipka habia sido salvada!





IV.

Arribo de los refuerzos rusos

Hemos dejado al general Radetski, el 20 de Agosto, en Slataritza, á cuyo punto le habia conducido la finta de Suleyman-Pachá, por el lado de Brebrova; allí le alcanzó un despacho de Stoletow y Derojinski, anunciándoles que iban á ser atacados por todo el ejército turco. Comprendiendo inmediatamente la estratagema de su adversario, acudió á Tirnova, donde llegó el 21; allí recibió un nuevo despacho anunciándole que desde las siete de la mañana, el paso de Schipka habia sido atacado. A la mano no tenía sinó tropas fatigadas por tres dias de marchas inútiles, pero apremiando el peligro, no habia tiempo que perder. El 22 al amanecer hizo partir de Tirnova en direccion á Gabrova la 4ª brigada de cazadores con dos piezas de montaña, y de Scherémet la 2ª brigada de la 14ª division de infantería, con la 2ª y 3ª batería de la 14ª brigada de artillería, destacando de esta brigada un batallon del regimiento de Podolía

que dejó en Tirnova para proteger los equipajes, el hospital, la ciudad, y las baterías que se habían construido: además ordenó á la 2ª division de infantería del general Imeretinsky que acababa de llegar de Muradbey, de dirigir su marcha sobre Selví, y á su arribo á este lugar, enviar inmediatamente sobre Gabrova, la 1ª brigada de la 14ª division con la 4ª batería de la 14ª brigada de artillería.

El general Radetski llegó en la noche á Gabrova y despues de haber dado algunas horas de descanso á sus cazadores volvió á ponerse en marcha.

Los defensores de Schipka ignorando completamente el tiempo que la alarma de Bebrova, habia hecho perder al comandante del 8° cuerpo, empezaban á creerse abandonados, desesperando hacer una mas prolongada resistencia. Los generales Stoletow y Derojinski, esperaban por momentos ser rodeados; habian enviado un último despacho donde manifestaban sus temores, esponiendo los esfuerzos que habian hecho para conjurar la catástrofe, y asegurando que con la ayuda de Dios resistirían hasta perder su último hombre. "En todo caso, decian, derramaremos hasta nuestra última gota de sangre, antes de rendirnos."

Eran las seis; en este momento se sintió una

ligera disminucion en los fuegos de los turcos, la que los rusos no pudieron aprovechar á causa de que todas sus reservas estaban comprometidas. Las tropas quemadas sin cesar por un sol ardiente, habian alcanzado el colmo de las fatigas y del hambre. Hacía tres dias que no se había hecho el rancho, faltaba el agua, y una sed espantosa aniquilaba gradualmente esos hombres. Jadeantes, estaban tendidos envueltos en un silencio tétrico sobre las desnudas colinas, indiferentes ya por el sufrimiento, á la lluvia de balas que sobre ellos caían: otros combatian con ferocidad sobre las caldeadas rocas; obligados á retroceder, lo hacían defendiéndose como tigres; y el éco como tomando parte en este estruendo salvaje, repercutia el grito de triunfo, de los turcos, ¡Allah il Allah!

Los dos generales rusos se encontraban en la *Montaña de Bedek-Ko*, inquietos trataban de descubrir con sus anteojos, el camino que conduce al valle de la Jantra, sembrado de bosquecillos y sombrías rocas, cuando de repente Stoletow, impresionado por una emocion violenta que no fué dueño de dominar, lanzó un grito, y tomando fuertemente el brazo de su hermano de armas, estendió la mano en direccion al fondo del desfiladero. Un instante despues se vió aparecer la cabeza de una prolongada columna, serpenteando á lo largo del camino.

"¡Que Dios sea alabado!" esclamó Stoletow. Los dos generales se descubrieron con respeto, y las tropas puestas de pié, elevaron el pensamiento al Dios de los ejércitos, y conmovidas estendieron la vista ansiosa hácia los refuerzos que llegaban.

Un rayo de sol caía á plomo sobre los bosquecillos de la entrada del desfiladero, haciendo á lo lejos centellear las bayonetas. Entonces los rusos prorumpieron en un grito de alegría, inmenso, de una emocion tan grande, que es indescriptible, que hizo temblar la cima de las colinas: los alaridos de los turcos se perdieron en este estruendoso hurrah, saludo con que la desesperacion daba la bien venida á los salvadores. Algun tiempo transcurrió así; gradualmente fué acercándose la cabeza de la columna al Han y apareció sobre la pequeña meseta delante del parque.

Mas lo que se vé es caballería. ¿Se encontrará acaso de tal modo comprometido el general Radetski, que no ha podido enviar sinó esta arma para combatir la infantería turca en los precipicios de los Balkanes?

De cualquier modo que sea, este refuerzo es de grande utilidad.

A la derecha del campo, repentinamente se vé aparecer un cañon de campaña dirigido contra la artillería turca, instalada sobre la montuosa colina cuya posesion habia dado á los turcos la ventaja de envolver la derecha de los rusos. En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron los ginetes de sus caballos. Las tropas descienden la colina; una columna de infantería rusa aparece al alcance de la fusilería turca; se dispersa, y emboscándose detrás de las rocas, los matorrales, y los árboles, vomita bocanadas de humo blanco. ¡No son ginetes, es la vanguardia de los cazadores!

Habia sucedido lo siguiente. En el momento en que el general Radetsky saliendo de Gabrova iba á penetrar por la entrada de la montaña, encontró un ayudante del general Stoletow que bajaba la pendiente á toda brida, sobre un caballo blanco de espuma. "Pronto mi general, gritó emocionado, apercibiendo al general Radetsky, no nos podemos ya sostener, los turcos van á cortarnos la retirada." No habia un momento que perder; pero el general Radetsky no es hombre que se turba. Inmediatamente hace sacar las mochilas á su vanguardia, la monta sobre los caballos de algunas sotnias de cosacos que acampados estaban en ese lugar y cuyos ginetes se encontraban ya en el paso, y marchan guiados por los cosacos que habian quedado para guardar las monturas. Esta vanguardia sube

las pendientes al galope: cuanto mas avanza va encontrando convoyes de heridos que marchan hácia Gabrova. [1] A lo lejos atruena un cañoneo formidable repitiendo el éco sus rugidos y en algunos momentos, cuando guarda silencio la artillería, se oye chisporrotear la mosquetería endiablada, y se vé ondular de lo alto de la montaña, vastos penachos de humo blanquizco.

Parece que los caballos comprendieron su mision, y con nuevos bríos siguen su carrera: el ardor de los ginetes se les comunican y cada vez apuran mas su marcha. Por fin llegan al campo de batalla. Los cazadores alcanzan apenas á 205; pero en estas críticas circunstancias, bien valían un ejército. Indescriptible es el efecto moral que produce su llegada; los defensores de Schipka queman, entonces con prodigalidad los últimos cartuchos que habian economizado hasta ese instante; y entonces creyendo los turcos en el arribo de fuerzas considerables, sienten que la jornada se les escapa, y flaquean ante este efecto moral.

El general Radetsky que en persona conducía á los cazadores, y de quien, muy bien se puede decir, fué el salvador de la jornada, avanza á la cabeza de su estado mayor, despreciando el fuego de los

(I) En este dia se enviaron 538 á este punto.

tiradores turcos, y se reune á los otros dos generales sobre la colina cerca de la batería en la primera posicion. Por su antigüedad y superioridad de grado, toma el mando inmediato de la posicion, y releva al general Stoletow despues de haberle felicitado enérgicamente por sus buenas disposiciones estratégicas y por la energía de su bizarra defensa.

Por la izquierda, la guarnicion de Schipka habia conseguido rechazar los ataques del ejército de Suleyman-Pachá, mas sobre la derecha, la situacion estaba muy comprometida. El enemigo tenía grandes masas reconcentradas en las montañas que se encontraban al frente, y como á 800 metros de Redek-Ko, de cuyo punto está separada por un profundo y difícil barranco, de donde amenazaban constantemente la retaguardia de la posicion rusa.

Aquella posicion era necesario atacarla para completar la libertad del paso. Comprendiendo inmediatamente el general Radetsky esta difícil situacion dirigió hácia la montaña tres compañías del 16° batallon de cazadores que acababa de llegar.

El fuego de las trincheras duró todavía media hora, hasta el momento en que estas subieron á la

montaña y se arrojaron sobre el flanco del enemigo.

Puestos en desórden por la carga intrépida de los cazadores, los turcos retrocedieron rápidamente, siendo imposible entonces contener el arrastramiento general de las tropas que se lanzaban furiosas en pos de ellos; los soldados que estaban en las trincheras avanzadas, arremetian al grito de hurrah, y con gran trabajo se les pudo contener en esta primera montaña, por no tener utilidad ninguna su arrojo, á causa de la aproximacion de la noche, y de la retirada del enemigo sobre una segunda altura.

Hácia las ocho de la noche, todo entró en una calma completa, por primera vez, despues de tres dias de tanto estruendo: la fusilería y el cañoneo callaron del todo: ya era tiempo que durmieran tranquilos los muertos de la jornada.

Este sangriento combate fué desastroso para el ejército de Suleyman-Pachá: sus pérdidas alcanzaron de 7 á 8.000 hombres, las pendientes del Bedek-Kó estaban sembradas de cadáveres; los rusos por su parte, habian perdido próximamente la mitad de su efectivo. De todas las tropas enviadas sucesivamente á la defensa de *Bedek-Kó,* no quedaban sinó 150 hombres ilesos. Imposible es

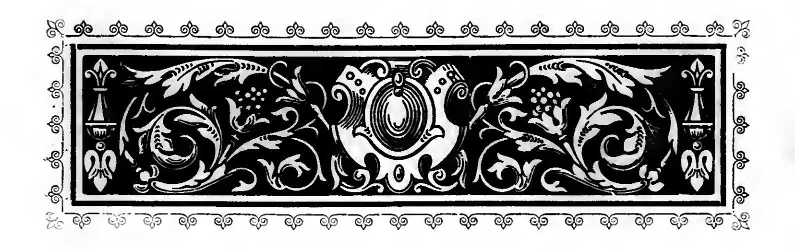
concebir un mas rudo encarnizamiento. Los soldados de los dos ejércitos habian demostrado una igual bravura, y la bizarra firmeza rusa en la defensa, solo habia tenido competidor en la bárbara tenacidad turca en el ataque.

Un tal coraje, observa juiciosamente un corresponsal del "Daily News," podria ser previsto en cuanto á los turcos, que siempre ha sido un pueblo guerrero. Pero respecto al soldado ruso, cambio de especie, sale del seno de una poblacion que ama la paz y es capaz de aprovechar de ella; cuando es necesario combate por su soberano y su país, pero ningun instinto belicoso le atrae á los campos de batalla.

Una vez mas se ha probado que el patriotismo es capaz de convertir en valientes soldados, á la raza ménos guerrera y sostener su valor, en medio de las mas terribles privaciones.

Los rusos que han defendido el paso de Schipka durante los tres primeros dias de la lucha, batiéndose sin trégua, con un adversario inconmensurablemente superior en número, han peleado sin descanso y sin tomar alimento, y en el momento en que el general Radetsky llegaba á su socorro iban á ceder, es cierto, pero á causa de una fatiga física insoportable y por la falta de municiones.





V.

Los tres últimos dias de la batalla

La brigada de cazadores, arribó en la noche, y el dia despues muy de mañana, dió comienzo al abastecimiento de municiones y víveres, continuando despues sin interrupcion.

De Tirnova á Gabrova, el país presentaba el aspecto de un campo devastado, y el camino embarazado por una procesion no interrumpida de familias huyendo de Kesanlyk y de las aldeas del Sud de los Balkanes, donde habian vuelto á empezar los degüellos. Los búlgaros de Gabrova, ayudados por algunos de esos pobres refugiados, prestaron valientemente los mas grandes servicios á los soldados rusos, ya conduciendo los convoyes, ya trabajando en el entretenimiento del camino, despreciando el fuego de los turcos que hizo muchas víctimas entre ellos, ó llevando agua á los soldados rusos en las filas, en momentos

en que volvió á principiar el combate, el 24 de Agosto.

En este dia parecia apaciguado un tanto el furor de la batalla, apenas algunas escaramuzas de poca importancia se renovaron de nuevo sobre la izquierda y el frente Sud.

Como al medio dia, Suleyman-Pachá tomó la ofensiva, frente á la Montaña de *San Nicolás*, con fuerzas insuficientes y sin hacer apoyar debidamente el asalto: escojió para este ataque, las rocas de la pequeña batería. El conde Tolstoï envió immediatamente á las trincheras situadas á lo largo del camino, la 4ª compañia del regimiento Briansk, y sobre las rocas la 4ª compañia del regimiento de Orel, sirviéndoles de inmediato sosten dos compañías.

Un batallon enemigo apoyado por otros dos se lanzó al asalto, y sufriendo un fuego violento llegó valerosamente hasta la cima, donde fué recibido á bayonetazos y destruido en su mayor parte, haciendo sus restos, bajo un fuego violento, una desastrosa retirada. Al mismo tiempo, el 13º batallon de cazadores, atacaba los atrincheramientos de la derecha desde cuyo punto inquietaban tenazmente la izquierda de la posicion rusa, y arrojando á los

turcos á viva fuerza se posesionaba de ese lugar tan importante.

Asi fué, que todo el interés de la jornada quedó sobre la derecha.

Por esta parte los turcos ocupaban las tres alturas de *Adkirijebel* y oprimían vivamente el flanco ruso. Una de esas alturas situadas frente de Bedek-Kó, era una amenaza perpétua para la línea de comunicacion con Gabrova; un destacamento compuesto del 16° batallon de cazadores, de la II compañía del regimiento de Briansk y de 2 compañías del 14ª batallon de cazadores, tuvo por encargo el desalojo del enemigo en ese punto.

Se empeñó entonces muy de mañana el combate en los bosques que rodean la posicion. Como á las nueve, el general Dragomirof llegó con el regimiento Jitomir, pues hacía dos dias marchaba sin descanso. El regimiento de Podolia, de la misma brigàda, arribó un poco mas tarde. Dragomirof dejó un destacamento de reserva cerca del Han y avanzó sobre la *Luneta turca.*

El camino en esta parte se encontraba barrido por las balas turcas y el regimiento de Jitomir sufrió pérdidas sensibles, y no encontrando abrigo sobre las alturas, tuvo que acostarse en las trinche-

ras de la luneta, esperando el momento en que fuera necesaria su cooperacion.

Encontrábase en ese momento el general Radetski con su Estado Mayor sobre la vertiente de la colina, observando las peripecias de la batalla, se le reunió el general Dragomirof, se pusieron entonces de acuerdo los dos generales en cuanto á las disposiciones que se debian tomar, y como los turcos parecian numerosos y se sostenian con firmeza contra el destacamento que los atacaba, se envió inmediatamente al 2º batallon del regimiento Jitomir para sostener el ataque.

Algunos notaron que el general Dragomirof estaba preocupado y pensativo contra su costumbre. Tal vez presentía lo que le iba á suceder. Cuando volvia de reconocer la posicion, habiéndose bajado del caballo, alguien le propuso un momento de descanso y le proporcionaron una silla de tijera que se encontraba allí. En este momento el general se inclinó y esclamó " Ya está. " Se creyó que se habia sentado y nadie paró la atencion en el doloroso gemido que prorumpió el capitan Moltsof que habia caido al lado del general.

Creo que me han herido esclamó Dragomirof. Efectivamente, una bala le habia atravesado el mus-

lo arriba de la rodilla, felizmente sin tocar la arteria; pero labrando los músculos; la misma bala habia herido al capitan Maltsof que estaba á su lado. Ya pueden imaginarse que turbacion produciría este accidente en la comitiva del general. Era reputado por su intrepidéz y por el imperio que ejercia sobre sus soldados como un elemento indispensable para esas críticas circunstancias: en la situacion grave en que los defensores de Schipka se encontraban, constituia una doble pérdida que á primera vista se sentia. El regimiento de Jitomir desfilaba en el momento en que subian al general sobre una angarilla, este con voz firme y sonriendo les dijo:

— Adelante mis bravos: á cada uno le llega su dia, y á fé mia os digo que si me mandan al otro mundo, el mal no es muy grande.....

Los soldados quisieron precipitarse sobre su jefe pero él los contuvo con un gesto:

— Continuad vuestro camino, agregó, y solo os pide vuestro general que á pesar de mi ausencia, os batais como valientes soldados rusos que sois.

Entonces, se oyó un grito que estalló unánime en las filas de aquellos soldados de fierro.

—¡Os vengaremos!

La primera frase que pronunció el general en cuanto llegó á la ambulancia fué preguntar cuando podria subir á caballo.

—No temais nada general, respondió el médico despues de haberle reconocido la herida; pronto estareis restablecido.

—¡ Voto al diablo! esclamó con violencia aquel hombre enérgico, creis por ventura que hablo de miedo de esta insignificancia? Quiero saber si muy pronto estaré en estado de volver á tomar el mando.

Los médicos se miraron en silencio, pero uno de ellos se atrevió á decir: "Antes de seis semanas no estareis restablecido."

El nombramiento de Teniente General vino á calmar la amargura que este bravo oficial sentia por no poder continuar la campaña.

El batallon de Jitomir se lanzó sobre el bosque al paso de carga, los turcos retrocedieron: su artillería abandonó la primera altura y los copos de humo blanco que marcaban la línea de batalla sobre los árboles retrogradaron visiblemente. El general Radetski se puso en persona á la cabeza de tres compañías de la reserva y la altura fué tomada.

despues de un terrible combate á la bayoneta! Los turcos volvieron con su tenacidad acostumbrada á querer retomar la posicion; pero todos sus esfuerzos fueron envano. Al fin concluyó la jornada por un ataque infructuoso del regimiento de Podolia contra las otras posiciones que los turcos ocupaban sobre Aikiridjebel.

En la noche que sucedió á este combate llegaron á su turno los regimientos de Minsky y de Volhyia lo que hizo subir el efectivo de la guarnicion de Schipka á 20.000 hombres. Los restos de la legion búlgara que se habian mantenido en el fuego hacian cinco dias, fueron remitidos á Gabrova para dar á esas tropas, que habian sufrido tantas privaciones y fatigas, un poco de descanso.

Aunque la necesidad mas apremiante se habia llenado, salvando felizmente una situacion que se manifestó en un momento tan crítico; sin embargo el paso estaba aun comprometido. Durante los primeros dias de esta lucha, habia estado la guarnicion demasiado ocupada en defenderse en sus posiciones y era muy poco numerosa para pensar en incomodar los movimientos del enemigo, fuera del radio inmediato de sus fuegos.

Los turcos habian aprovechado esta emergencia para desbordar la derecha rusa, descendiendo

la vertiente de los Balkanes del lado de Gabrova para restablècer á la derecha del camino, sobre una altura que los partes rusos han denominado *Montaña arbolada*, en el punto en que esta deja el valle de la Jantra y principia á trepar el desfiladero, tres séries de trincheras apoyadas por una batería.

Figuraos un profundo barranco: sobre la pendiente de la izquierda, el camino corre serpenteando; en el declive de la derecha á I.400 ó I.500 metros, término medio, se destacan las fortificaciones turcas que enfilan el camino en algunos puntos, haciéndolo por consecuencia excesivamente peligroso.

La inferioridad numérica de los rusos habia creado esta situacion tan crítica. Siempre que èsas obras no fuesen destruidas, el abastecimiento de Schipka y el movimiento de las tropas se tendria que hacer bajo el fuego del enemigo y exponiéndose así á pérdidas sensibles.

Esto mismo se observó en la mañana del 25, las balas se achataban contra las rocas de que es tallado el camino, algunos soldados del convoy caían heridos, sin que se oyese la lejana detonacion del arma que habia lanzado el proyectil; el bravo general Derojinski recibió un balazo en el corazon y rodó por tierra como herido por un rayo.

El general Radetski comprendió inmediatamente la situacion del paso Schipka por esta parte, y por consecuencia la urgente necesidad de arrojar á los turcos de la montaña. Desde el 24 tomó sus disposiciones de combate: se envió al batallon Jitomir para envolver la izquierda del enemigo: descendió hácia Gabrova, volvió á subir la montaña por una rampa apenas practicable, y llegó el 25 de mañana cerca de los atrincheramientos de los turcos. Un momento despues un fuego terrible de mosquetería anunció que el combate se habia empeñado.

Durante horas enteras el éco de las montañas repercutió la crepitacion de la fusilería y el trueno de los cañones.

Los rusos avanzaron á la manera de los indios, cubiertos por los árboles; pero insuficientemente; porque el humo traicionaba su presencia. En muy poco tiempo llegaron á 50 metros de la primera trinchera; pero se estrellaron en ese lugar contra obstáculos insuperables por el momento.

Los turcos habian construido al rededor del reducto abatidas de árboles casi imposible de salvar. Los rusos se agruparon detrás de los árboles, y desde allí se lanzaron repentinamente sobre los abatis; pero fueron rechazados con pérdidas enormes: los soldados no podian dar un paso embara-

zados por las ramas; mientras que los turcos tiraban sobre ellos á quema ropa haciéndoles una gran mortandad.

Muy pocos soldados volvieron de este primer asalto del reducto, y hubo una compañia que fué enteramente destruida.

Comprendiendo esta crítica situacion, el general Radetski ordenó al general Lipinsky que atacase la fortificacion con tropas de la vanguardia, reforzadas por el 1er batallon del rejimiento de Podolia y tres compañias del de Briansk.

El general Lipinsky dió á estas tropas las instrucciones siguientes: á 2 compañias del 14a batallon de cazadores, la órden de avanzar en línea recta por el camino, deteniéndose en los abatis para hacer descargas sucesivas sobre el enemigo á fin de atraer sobre ellas el fuego de las columnas que habian atacado á la derecha y á la izquierda: al batallon del rejimiento Jitomir la órden de avanzar á la derecha de los cazadores, y al batallon del rejimiento de Podolia, la órden de avanzar á su izquierda.

Estos batallones desplegaron una espesa línea de tiradores, á retaguardia de la que marchaba, teniendo en la primera línea dos compañías y en la

segunda las otras dos. Los tiradores debian cumplir la órden de avanzar sin hacer un disparo.

El comandante en jefe subió á caballo y se dirijió sobre el teatro del combate, seguido de una parte de su estado mayor, su jefe el general Dmitrieusky, á pié con la cabeza desnuda, el rostro descompuesto por el sufrimiento, y sostenido por dos soldados se puso á la cabeza de un batallon para llevarlo al asalto. Una bala de cañon vino á herir el suelo detrás de él, lo cubrió de tierra y cayó por ierra sin conocimiento.

Trascurrida una hora, las tropas habian alcanzado hasta el pié de la *Montaña arbolada*, y se dedetuvieron como habia sido convenido para descansar un instante; en ese momento la cadena de los tiradores de los batallones, trepaba ya las pendientes de la montaña; despues de algunos instantes de reposo las tres columnas empeñaron simultáneamente el ataque.

La brigada Veissel-Pachá que defendia la posicion dirijió primeramente sus fuegos redoblados, esclusivamente sobre la columna del centro, que seguia el camino; pero cuando se apercibió de que avanzaban los tiradores á derecha y á izquierda desplegó sus tropas, haciendo fuego en todas direcciones, y debilitándolos un poco en el centro

del lado del camino. La columna rusa del centro se precipitó entónces á la carrera hasta el pié de las trincheras.

Los turcos viendo el pequeño número de los asaltantes de la primera línea se lanzaron sobre ellos con una audacia increible pero vigorosamente cargados á la bayoneta de frente por la columna del centro, y á la derecha é izquierda por dos batallones de los rejimientos Jitomir y Podolia, emprendieron la fuga abandonando un gran número de muertos sobre el teatro del combate.

El empuje de los rusos fué tan impetuoso que la reserva de los turcos, no tuvo tiempo para defender la segunda trinchera situada á retaguardia de la primera y se retiró precipitadamente, disparando sus fusiles sobre el hombro á la casualidad. (1)

Arrastrados por el buen éxito del combate, los rusos en vez de detenerse y reorganizar sus filas se lanzaron imprudentemente á la persecucion del enemigo, y llegaron hasta la tercera línea de los atrincheramientos, establecidos por los otomanos sobre la *Montaña arbolada*, allí se encontraron en

(I) Nota del Traductor — Esta clase de fuego, es especial en el ejército turco, colocan el fusil bajo el brazo izquierdo, ó sobre el hombro, con el cañon hácia atrás, y hacen fuego sin tomarse el trabajo de volver la cara para ver si han apuntado bien; este proceder se emplea generalmente en las retiradas.

presencia de tropas de refresco, y obligados á detenerse empeñaron una viva fusilería, No teniendo los medios de continuar el movimiento de avance para tomar la última altura, el general Radetsky, se vió en la necesidad de enviar el 2° batallon del regimiento Volhynia como refuerzo de los combatientes, y al mismo tiempo la órden del coronel Lipinsky de replegar las tropas á retaguardia: ordenó tambien la inmediata ocupacion del primer atrincheramiento tomado á los turcos por el 3° batallon del regimiento Volhynia á las órdenes del coronel conde Adlerberg, ayudante de campo del emperador, las demás tropas permanecieron en sus posiciones.

Los turcos dejaron que los rusos efectuasen tranquilamente su retirada, pero habiendo recibido mas tarde refuerzos considerables, empeñaron un combate tenaz para volver á tomar los atrincheramientos que habian perdido. El tercer batallon del regimiento Volhymia reforzado por dos compañías del rejimiento de Briansk, rechazó durante toda la noche sus ataques; pero el coronel Conde Adlerberg desesperó con la fuerza que contaba de poder conservar por mas tiempo la *Montaña arbolada,* y urgentemente pidió refuerzos.

El general Radetski supuso que era imposible reforzar el descatamento del flanco pues por toda

reserva no quedaba mas que el regimiento de Minsk, y se hacia necesario relevar con nuevas tropas algunos de los batallones comprometidos que hacia tres dias que no hacian el rancho; y estaban casi sin agua. Ordenó pues al coronel Conde de Adlerberg de replegarse, lo que ejecutó en la mañana del 26 despues de haber rechazado dos asaltos mas del tenaz adversario. Este prosiguió en su propósito, y apesar de las pérdidas enormes que habia sufrido se contentó con volver á tomar posecion de todas las obras de la *Montaña arbolada.*





VI.

La lucha cesa. Pérdida de los adversarios. Servicio sanitario.

Un violento cañoneo sucedió á los combates anteriores durante todo el dia 17: pero el 28 un prolongado convoy escoltado por fuertes columnas se dirigió en direccion á Kezanlik. El temerario general turco agobiado por sus inmensas pérdidas renunciaba á la lucha y procedia á la retirada de su hermoso y valiente ejército. (1)

Como guarnicion de las posiciones que habia conquistado á fuerza de tanta sangre dejó algunas tropas árabes.

En el cuartel general ruso la inquietud era muy grande: decian; que el general Nepokoitchisky jefe de estado mayor del gran duque Nicolás habia sido

---

(I) N. del T. Tengase en vista que siendo inexpugnable la posicion de los rusos, compensaba su potencia defensiva su inferioridad numérica.

enviado para examinar la situacion y que habia llegado felizmente en momentos en que los turcos se retiraban, regresando por consiguiente con tan halagüeña nueva. Los dos adversarios guardaron sus respectivas posiciones y los ingenieros turcos fortificaron el *Berdek*, *Aikiridjebel* y la *Montaña arbolada.*

Los rusos contrarestaron las dificultades que les causaba esta última posicion, construyendo caminos desviados que les permitian evitar el fuego de dia pues durante la noche no existia el menor peligro.

Cuando se apercibió el general Radetski de que flaqueaba Suleyman, envió á su primer destino los refuerzos supérfluos que llegaban para disputar el camino desde Schipka á Tirnova á los turcos, en caso que el paso hubiera sido forzado. Fueron enviadas tambien la 2ª division de infantería y un destacamento de la 11ª; conservando la 14ª division una brigada de la 9ª, los tiradores, los búlgaros y un destacamento de cosacos á pié con un fuerte contingente de artillería para guardar el paso contra todo evento. "La posicion no es muy agradable, expone un corresponsal del Daily News, que visitó el paso en ese momento. Toda el agua tiene que traerse de una fuente que está al pié de la montaña. A consecuencia de la penuria de leña la mayor parte de los alimentos cocidos tienen que conducirse desde la Jantra en grandes calderos. Las

emanaciones de los cadáveres insepultos vicia la frescura del ambiente puro de las montañas."

" Las tropas campan al raso: el domicilio del general Radetski es el ramal de una trinchera, dice que los turcos han dado mas de cien asaltos sucesivos; y esclama el intrépido y viejo general con firmeza:" He de sostener este punto hasta que sea relevado, apesar del turco y del diablo."

El mas grande inconveniente era la *Montaña arbolada*, amenaza perpétua sobre la retaguardia de la posicion; pero á causa de las pérdidas que habian sufrido en el ataque del 25, prefirieron los rusos vivir con este peligro, antes que esponerse á causa de las pérdidas que habian sufrido en el ataque del 25, á un nuevo y sangriento fracaso.

En resumidas cuentas—¿cuáles fueron los resultados que habia obtenido Suleyman con este ataque, emprendido contra las órdenes mas terminantes, y continuado con una loca obstinacion? Ninguno. Los rusos eran dueños del paso, y si debilitaron momentáneamente sus alas fué para mandar refuerzos á Radetski no aprovechando Osman-Pachá, ni Mehemet-Ali esta circunstancia, porque no atacaron por su parte sinó algunos dias despues, cuando los refuerzos mandados en ayuda de Schipka estaban de vuelta. Y para tales resul-

tados el general turco habia sacrificado 20.000 hombres talvez mas?

Un corresponsal escribia de Adrinópolis el 5 de de Setiembre á la Correspondencia Política de Viena: " Todos los dias llegan á este punto un número enorme de heridos que vienen de Filipópolis."

" Puedo atestiguar que de cuatro dias á esta parte, han arribado seis mil heridos, los que en su mayor parte han sido evacuados para Constantinopla para dar lugar á otros que llegan sucesivamente; tambien sé que existen en Filipópolis cinco mil, y si se cuentan los cinco mil que hay en Kezanlik alcanza á la cifra estupenda de 16.000 heridos." Tenia tantos, que el bárbaro Suleyman pensó en un momento atroz recurrir á un medio salvaje para desembarazarse de ellos.

El Doctor Moore médico enviado por el Comité de Stafford-House, en un informe publicado por el Birminghan Post le atribuye esta frase: " Sin el socorro de los médicos de Stafford-House, hubiera fusilado mis heridos."

Los médicos ingleses desgraciadamente eran insuficientes y muchas veces impotentes. Cuando por desgracia llegaba el caso de ser herido en el ejército turco, podia el paciente con

certidumbre, esperar una muerte cierta por falta de los auxilios necesarios.

Un médico austriaco al servicio del ejército otomano, escribia á la Prensa de Viena el 6 de Setiembre: " El médico que estime el dolce far niente ó el Kief como se dice en turco, puede venir á tomar servicio en Turquia, y estará plenamente satisfecho. Nadie tendrá necesidad de él, ni reclamarán sus servicios, y su presencia, solamente se revelará en casa del Comisario pagador, suponiendo que la falta de pago de haberes no se haya hecho una regla invariable."

Se recluta á los médicos militares entre los elementos mas disparatados imajinables. Fácilmente se encontrará entre ellos miembros de una sociedad misantrópica de Filadelfia que jamás han manejado otro instrumento cortante que su cuchillo para degollar carneros; tambien hallareis en el cuerpo médico turco, carniceros antiguos, enfermeros é indijenas que han hecho su estudio en las escuelas de Brusa.

En proporcion el mal que hacen estos singulares practicantes no es muy grande; porque el turco sinó desea mejor morir al aire libre sobre el campo de batalla, á ningun precio toma los medicamentos del hospital.

Un medicamento preparado por un giaur, se vuelve impuro por el simple contacto de ese perro cristiano, que podria comprometer la felicidad eterna del creyente. Allah ayuda á los que quiere ayudar y si Allah no los socorre en sus trances peligrosos, se encontrará mejor en el paraiso, que sus camaradas estendidos en el hospital sobre el lecho del dolor. Este es el gran principio de medicina que asiste á los musulmanes, principio que los despacha generalmente al otro mundo, resignados y hasta contentos.

El pequeño número de médicos turcos que han recibido una educacion científica vienen en su mayor parte de Austria y de Francia, y los únicos clientes que poséen son los numerosos renegados que se encuentran en el cuadro de oficiales turcos. Estos acuden á ellos comunmente ó los hacen llamar para sus familias cuando los necesitan.

Es imposible indicar el número exacto de las víctimas de la ignorancia, y de las faltas de medidas higiénicas; pero no hay mas que ver la carencia de cumplimiento de prescripciones sanitarias, las mas simples y primitivas, para poder afirmar que el número de esas víctimas es considerable. Sucumben por millares á

causa de la disenteria, del tifus y de otras clases de fiebre. Las pérdidas de los turcos sobre el campo de batalla son aun mucho mas numerosas á causa de la insuficiencia absoluta del servicio sanitario.

" Los turcos no poséen cuerpos de camilleros para transportar los heridos, ni enfermeros para reanimarlos, y ni aun tampoco medio alguno para operar la trasladacion de los heridos y de los enfermos hácia las localidades en que podrian ser mejor curados. Además el herido turco no se deja amputar porque teme habitar el paraiso con una mala figura. "

" Tampoco poséen los turcos ni el material, ni los instrumentos suficientes para operaciones quirúrjicas, y todos los objetos que poséen de curacion es de su propiedad esclusiva, y bastan apenas para el servicio de sus protectores que se encuentran entre los oficiales.

La mayor parte de los soldados turcos heridos sucumben á una supuracion superabundante que los agota rápidamente. Además toda herida que afecta la menor artéria se hace mortal á causa de la hemorrágia; porque las heridas de este género privadas del socorro médico no cesan de sangrar. Esta última categoría de heridos es la mas dicho-

sa; pues los mas desgraciados son aquellos que mueren lentamente de inanicion sin tener nadie que ampare su desgracia."

"No temo engañarme estimando que 80 á 90 por 100 de los heridos turcos sucumban á causa de sus heridas. En tales circunstancias no se esplica la bravura y sangre fria del soldado turco sobre el campo de batalla, sinó recordando el poder absoluto del fanatismo oriental y las voluptuosidades prometidas en el paraiso."

Si á los 16.000 heridos que hemos citado anteriormente, se añaden 5.000 muertos que yacen sobre las pendientes de las montañas de Schipka alcanza al horroroso total de 21.000 hombres fuera de combate sin provecho alguno. Solo sobre el flanco de Arhiridjebel, los búlgaros que hicieron el oficio de sepultureros por cuenta de los rusos, enterraron un millar de cadáveres.

Suleyman-Pachá pidió con urgencia 20.000 hombres de refuerzos. Algunos batallones del Asia proporcionaron la mayor parte, y para completar el número el gobierno turco tuvo que pedir á los cuerpos de Policia y militares de Stamboul todos los individuos que no fueran absolutamente indispensables, y con esos reclutas se formaron cuatro batallones. Por la primera vez se enrolaron los ne-

gros eunucos, aquellos feroces guardianes del Haren, y todas las gentes ricas entregaron algunos al ejército. El sultan solamente guardó los suyos porque no eran suficiente, para custodiar las ochenta y tantas damas que tienen el honor de ser las esposas mas ó menos lejítimas del soberano otomano.

Las pérdidas de los rusos una vez que fueron verificadas se encontraron mucho mas inferiores á lo que se había supuesto en razon del encarnizamiento de la lucha, y para creer la exactitud de los datos oficiales es necesario notar el débil efectivo que soportó el ataque de Suleyman-Pachá. El número de heridos se remontó á 98 oficiales y 2633 individuos de tropa y como un millar de muertos, término medio.

La pérdida en oficiales como se vé es enorme y sobre todo sensibles en las jornadas del 24 al 25. Siendo muy diestros los tiradores turcos, y ocupando posiciones en que dominaban las tropas rusas, podian escojer en las filas los oficiales á los que reconocian por la blancura de su uniforme.

De este modo la brigada de cazadores perdió 24, el 2° y 3° batallones del rejimiento de Jitomir casi todos; el rejimiento de Volhynia, el de Podolia y el de Briansk todos los jefes. Se notó con indig-

nacion entre las víctimas de esta jornada un número de heridas ocasionadas por balas esplosivas; pero á los turcos poco se les importa infringir las convenciones humanitarias que observan las potencias europeas. " La bala esplosiva, dice un corresponsal ruso, hace un pequeño agujero al penetrar y muy grande á la salida cuando no produce varios, ó esplota en el interior del cuerpo destruyendo todo el organismo. En los primeros asaltos las tropas regulares no hicieron uso de estos proyectiles y solo los tcherkesse y bachibouzoks las empleaban; pero en seguida los redifs y los nizams siguieron su ejemplo. Como en los combates anteriores, los turcos se habian señalado por actos de crueldad inaudita; en uno de sus ataques repetidos viéndose dos oficiales rusos rodeados, se volaron la tapa de los sesos previendo la suerte que les esperaba; mas tarde se les encontró mutilados, con los piés y las manos cortadas.

Por parte de los rusos el servicio sanitario estuvo á la altura de su mision. " Durante los combates de Schipka, escribe el general Kosicki, los médicos se han hecho admirar por su coraje y desprendimiento; imposible es exijir una fidelidad y una abnegacion mas grande en el cumplimiento del deber. En el teatro de la accion se habian instalado dos locales á propósito para curaciones, una ambulancia á retaguardia de nuestras

posiciones y un hospital en Gabrova." Sigue demostrando el peligro en que se encontraban, espuestos los médicos y heridos que á consecuencia de esa lluvia inmensa de balas, muchas veces eran muertos por una segunda herida recibida en el momento de la curacion.

Desde el 26 al 13 de Setiembre, los turcos, como ya lo hemos dicho antes, no manifestaron ninguna intencion de volver á tomar la ofensiva.

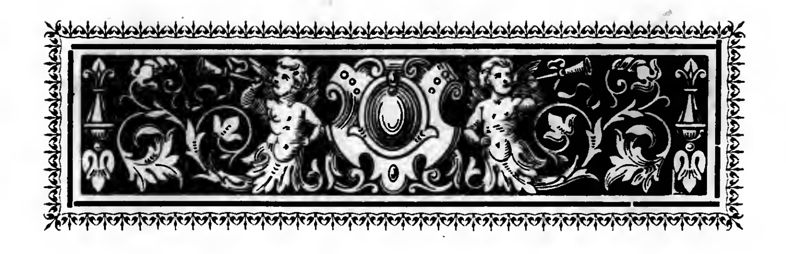
Los rusos quedaron tranquilos poseedores de los cuatro pasos de los Balkanes que antes tenian en su poder (Schipka, Tirnova, Hainkein y Elena) que hacía un mes el general Gourko habia tomado posesion de ellos. (1)

(I) Aquí concluye la narracion de este hecho de armas que puede muy bien dar un ejemplo demostrando hasta donde pucde llegar en el soldado disciplinado, sus virtudes militares. Es bueno que se sepa que esta descripcion no es de orígen Ruso, sino de diversos corresponsales de diarios europeos que asistian como testigos presenciales de esos sucesos, y que muchos no eran afectos á los rusos.



EL CLAMOR

(LEYENDA PARAGUAYA)



I.

La última escena del combate del Boqueron tiene lugar.

Horrible el callejon está cubierto con una espesa nube color de plomo que asfixia.

El bunn, bunn, del cañon no cesa un solo instante: y el suelo antes de llegar á la medio derruida trinchera de los paraguayos, se encuentra salpicado de cuerpos humanos ensangrentados, repugnantes, en diferentes posiciones, cuyos brazos como los tentáculos de un inmenso mónstruo marino herido, se mueven dolorosamente, algunos tronchados, despedazados otros, por la saña despiadada de la guerra.

Los Argentinos rechazados abandonan el terreno: sombríos como una nube de tempestad ván en silencio amenazando con el rayo.

Se vé la imponente figura de Mateo Martinez retirarse el último.

Su voz atronadora insultando á los paraguayos conmueve el éco.

Y el éco repite iracundo en los intérvalos que deja el trueno de la artillería, las blasfemias del héroe argentino.

Lentamente ván desapareciendo los últimos restos del naufragio del asalto entre un silencio solemne.





II.

La nube plomiza se mantiene aún sobre el teatro de la lucha; parece que en ella ocultos se movieran los ángeles que conducen las almas de los héroes á la altura.

Debajo, entre aquel amontonamiento de horrores humanos, se vé un jóven oficial argentino, herido de un balazo en el pecho; ha caído recostando la cabeza sobre el cadáver del valiente coronel Argüero: semeja estar aletargado bajo una horrible pesadilla: su respiracion fatigada hace levantar su pecho como una ola de sangre: sube y baja, y á borbotones se escapa el licor generoso de la vida por un agujero repugnante.

Este oficial se llamaba Raul; su historia es tan triste como un gemido de agonía. Al infortunio del prisionero enlazó el martirio del amor.





III.

Los paraguayos prorrumpen en un alarido de triunfo al ver alejarse á los bravos soldados argentinos.

Un silencio feroz sucede un instante á esta lídia inhumana.

Saltan el parapeto y se produce una escena salvaje.

Dá comienzo el asesinato al arma blanca, y una que otra detonacion viene á interrumpir el mete y saca de la bayoneta, y alguna voz que agonizante grita:

—¡No me mate, por piedad, no me mate!

Raul siente que su última hora ha llegado: aturdido, sin casi conocimiento de su existencia real, sin una nocion impresionable de lo que abarca su

vaga mirada, espera indiferente el fatal momento, su corazon sin esas profundas afecciones que hacen del hombre un cobarde cuando le abandona la vida, insensible siente aproximarse el remedio fatal.

Un paraguayo se le aproxima calando el arma, mientras que otro muerde el cartucho y ceba el fusil de chispa: un viejo jefe cierra el círculo y les grita en guaraní:

—Desnúdenlo primero, la ropa es buena.

Los soldados dejan los fusiles recostados en los cadáveres próximos, y empiezan con pullas de cuartel el merodeo de la victoria.

Aquella agonía prolongada hace entreabrir los ojos á Raul y dirijiéndose al feroz viejo, le dice:

—Me vá Vd. á quitar la vida?

—Si, contestó el paraguayo, te voy á despenar Añaraiu. (1)

En el momento en que el soldado del fusil de chispa, lo armaba y se preparaba á apuntar, una voz de mujer intervino pidiendo gracia.

(I) Hijo del diablo.

Aquel acento suplicante, conmovedor éco de la desventura, temblando nervioso, en los lábios de una jóven paraguaya era un protesta generosa arrancado á la piedad por el azar infausto: vibró esa chispa de conmiseracion entre las detonaciones del asesinato; y como un sonido agudo, penetrante como una daga de hielo, que reprochase aquella crueldad tremenda, vino á azotar la conciencia de los verdugos.

Ese grito de angustia detuvo un crímen; el disparo no partió y Raul pudo contemplar una escena conmovedora, estraña al campo de batalla, é incomprensible para él.

Una esbelta jóven oprimia fuertemente al viejo jefe.

Este con ceño feroz le decia:

—Tú has salvado á ese opresor de tu pátria, de esta tu pátria que ya es el pasto de los buitres, y dándole un punta pié al casi cadáver de Raul, esclamó con desprecio:

—Anda.....tal vez para ser un ingrato,..... para mi negra desdicha.





IV.

MARTA era una mujer de fuego, sus encantos radiantes de simpatía inspiraban el amor por la gracia y la hermosura, y su belleza tropical poseia en si toda la atraccion repentina que de un golpe puede producir esa embriaguez moral que en el lenguaje de los suspiros se denomina una pasion violenta. Su encantadora filiacion no se podrá borrar nunca de la mente que la inspira; porque está grabada en la leyenda, como los caracteres melancólicos de un sepulcro. Ah, nunca.... Unía aquel tipo exhuberante de amor á sus atractivos físicos, el talento, la bondad y una alma de ángel. Todo en combustion por la pira de su sangre paraguaya.

Estatura mediana, con un talle voluptuoso, y un seno de nieve ideal en sus perfectos contornos, que con mágica armonía se enlazaba por medio de un cuello bien torneado con su faz iluminada por dos grandes ojos negros.

Negra diadema relumbrosa formaba su espesa cabellera, adornada siempre con una blanca diamela.

Su cútis terso y pálido resaltaba con vigor ante los negros diamantes de sus ojos, tan negros como el tormento, tan lánguidos como el amor, tan elocuentes como un suspiro del alma, vivos, ardientes, terribles, poseían en sí todo, segun los latidos de su corazon: esas diversas variantes del alma de la muger que vagan al acaso de sus latidos. De manera que escondida en la selva de sus cabellos é iluminada por la luz divina de sus ojos, constituia lo mas próximo á la perfeccion humana; majistral modelo para una tela que aun Chaplain no ha ideado; tanta belleza, tanto amor, tanto donaire, solo en ella resaltaba: diamante perdido entre los guijarros de granito de una playa salvaje.

Vestia siempre de luto y al andar contoneaba el cuerpo con una gracia andaluza arrebatadora.

Esta jóven pertenecia á una familia de la Asuncion, y habiendo muerto su madre y quedado sin apoyo, se vió en la necesidad de acudir al lado de su anciano padre, que era un jefe caracterizado del ejército paraguayo.

Se esplica asi la salvacion de Raul.





V.

RAUL que se encontraba débil por la pérdida de sangre y el principio de la fiebre; no pudo soportar tanta emocion y desvanecido dejó de sentir.

Cuando despertó se encontró solo, en un lugar desconocido.

Una miserable choza cobijaba al herido: estendido, sobre un mal lecho de juncos, se sentia devorado por una sed ardiente.

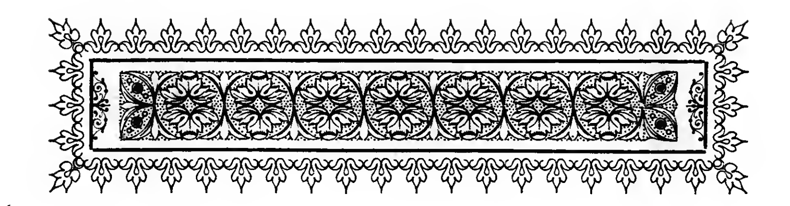
Aquella soledad era abrumante: la débil claridad crepuscular señalaba con fúnebre melancolía el Angelus de la tarde: la mas profunda tristeza penetraba con aquella luz de almas que sufren: los recuerdos de la pátria confusos en tropel se agolparon sin piedad á su cabeza: ese silencio de muertos lo aterró; tumefactos y doloridos sus ardientes párpados se cerraron para no ver su implacable destino de prisionero de Lopez, y sus lábios secos,

exhautos de sangre, y febricientes de sed, quisieron llamar á la piedad de alguno.

¡ Ah ! el infeliz cautivo estaba solo: inclinó la cabeza dolorida á un lado y murmuró un nombre:

—¡Patria mia! dijo, y quedó aletargado bajo el peso de su desgracia.





VI.

OSCURECIDA la tarde por las tinieblas de la piadosa noche, se sentia el mugido de un viento tempestuoso que á intérvalos hacía crujir la débil cabaña.

Vislumbrábase á la distancia el vago fulgor del campamento, y se oia como un murmullo lejano que á momentos sube y se apaga, el ronco rumor de la soldadesca.

Una sombra se aproximó al rancho del enfermo con pequeños pasos y penetró rápida.

Mujer era sin duda la silueta misteriosa; las formas y el andar traicionaban su sexo. Se veía claramente que trataba de ocultarse á las miradas importunas.

Se apróximo al lecho; tanteó su cabecera; se inclinó rápida y sus lábios rozaron la frente ardiente del cautivo.

Ese tierno beso, libado al amor y á la piedad despertó al prisionero.

Y sin darse cuenta de su felicidad balbuceó ansioso.

—¡Dadme agua!

—¡Imposible!—esclamó la sombra; el agua te mataria, y yo quiero que tu vivas para mi, enemigo maldito de mi pátria. Solo la conmiseracion puede hacerme traicionar mis nobles sentimientos; el terrible abandono en que te encuentras entre tus enemigos ha herido mi compasion: privado de tu libertad, arrastrando los hierros de la esclavitud, suspirando por esa tu infame nacion, has de sentir entre tus grandes tormentos, el consuelo que hasta hoy nadie alcanzó.... No conoces mi voz? No te acuerdas de mi?.... Soy Marta......

— Marta, murmuró, Raul, haciendo un esfuerzo de reminiscencia; queriendo avivar esa sombra sin dolor, oculta en las tinieblas de la noche como un sueño de oro.

—Soy Marta, hace años que en la Asuncion nos vimos . . . . entonces yo era algo para tí. . . . Ahora solo soy una compasiva enfermera . . . . . . Te he salvado la vida por acaso, sin conocerte. Me sos-

pechas ahora? No recuerdas nuestra última despedida? Dios en su voluntad divina te trae maniatado á mis piés.......como un esclavo.....Tu olvido lo pago sacrificándome por tí.....

Aquel acento conmovió ese cuerpo casi inerte, pidió á la vida un esfuerzo, y balbuceó casi apenas, el infeliz cautivo.

—Solo el corazon de la mujer tiene esa grandeza..... tú, Marta.....

Ella prosigió:

—Si, yo.....¡entiendes! y bendigo la bala que te ha herido, y que te trae á mi lado para enseñarte que la mujer paraguaya ama del mismo modo que sus compatriotas, saben combatir y morir por una causa....mi raza es bárbara porque no es corrompida, y heróica porque la domina el fanatismo de la pátria.

—¡Marta! Ah! te he adivinado....solo tú serías capaz.....agua por Dios.....tengo frio, me abrasa la fiebre.....te pido no te separes de mí hasta que no haya muerto ...me lo prometes?

—¡Te lo juro! esclamó la jóven, y tomando con sus manos la cabeza del herido, la bañó en sus lágrimas.

Aquella escena imperceptible, entre las tinieblas de una noche tempestuosa robada á la luz del Sol, tenía la grandiosa filosofía del amor escondido en las sombras del espíritu.

En estos momentos se sintió el paso acompasado de la ronda y á lo léjos se distinguia la luz siniestra del farol del cabo.

—Adios, le dijo la jóven...... Viene gente,— y desapareció rápida.





VII.

El enfermo fué mejorando y al fin convaleció, gracias á los cuidados del Doctor Stuard.

En este tiempo los prisioneros eran tratados en el campo paraguayo con alguna consideracion, sobre todo los que estaban próximos á Lopez en Paso Pucú.

Aun este hombre estraordinario no había revelado en todo su lujo, su perversa índole.

Raul por su simpática juventud había atraido hácia si, cierta estimacion aparejada con alguna libertad que le permitía pasear un rádio limitado.

Aprovechando aquellos momentos, en que, fatigada se descuidaba la vigilancia, pudo alguna vez verse con Marta á solas.

Esas entrevistas entre los dos amantes, rodeados por la soledad y el misterio de la perfumada noche,

debieron ser sublimes; voluptuosos instantes que el secreto de la selva ocultaba con ahinco, y la brisa murmurante enardecia con sus besos de fuego: éxtasis insondable robado á la crueldad del vencedor: inmenso afan aguijoneado por esa misma contrariedad, que como un rayo suspendido sobre sus cabezas los hacía temblar en medio de su dicha incierta: empujados por una fuerza desconocida, instintiva, divina, incomensurable, sonrió la esperanza, un porvenir radiante de ventura, y unia sus almas en un solo pensamiento para no separarse mas.

Ah! este nuevo lazo gordiano tambien estaba destinado á ser roto en la tierra por la espada.





VIII.

RAUL ya no se acordaba que gemia en la esclavitud, ni echaba de menos su hermoso pasado. Aquellos ojos negros valian mas que una fortuna.

Esa entereza y gran carácter de muger, dominado había completamente al infeliz prisionero.

Raul amaba con ese amor sin sombras, cuya sinceridad y pertinacia tiene su principal orígen en la gratitud, y en las condiciones desfavorables en que se encuentra el que está enfermo de este sentimiento. Para ser felices era necesario vencer al infortunio.

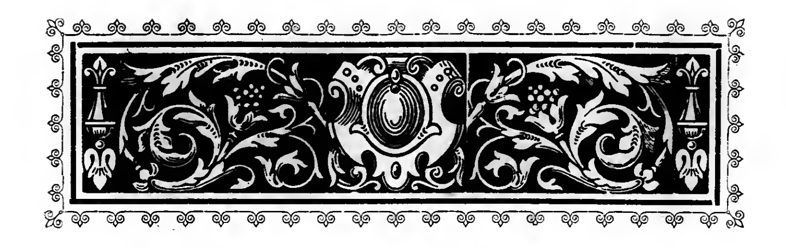
Esa mujer que arrostraba el peligro, la muerte, y la deshonrra, que estaba pronta á todo sacrificio por un prisionero que en el campo de sus parciales constituia el sér mas despreciable, era el amor mismo: y ante esa manifestacion de su espíritu, tan persistente y heróica al mismo tiempo, el infeliz cautivo,

comprendiendo aquella enérgica abnegacion, había doblado la cerviz con amoroso vasallaje, y un agradecimiento eterno.

Las manifestaciones de ese sentimiento se revelaban por la contemplacion perenne á la heroina, por la constante y sublime veneracion rendida en todo instante con ardiente anhelo á la vírgen perfumada, revelada en una noche de amor, por una inspiracion del cielo, vaporosa, aérea como imagen de un dulce ensueño.

Parecía imposible que aquel ángel pudiera morar en esta miserable cueva de hipócritas.





IX.

Los reveses despertaron al fin la crueldad del hombre de San Fernando y asi fué que ahogó en sangre la rábia de sus derrotas.

Un momento no se abatió aquella crueldad incorregible, y respondió á las victorias de sus enemigos con el furor taciturno de su negra alma: era un sistema, meditado y taciturno, como un furor implacable.

Obligado á abandonar las líneas de Humaitá, se refujió transitoriamente en San Fernando.

Calvario fué este de un pueblo que sucumbió en el tormento; aquellos martirios solo pudieran igualarse con los del infierno.

Allí fué conducido Raul con los demás prisioneros: desde aquel momento le fué completamente privada la libertad. En el dia vivía encerrado en un

estrecho círculo con los demás prisioneros; en la noche dormia enlazado al cepo de lazo cubierto por la inmensa boveda de las estrellas.

La miseria, el hambre, y una tristeza profunda, estenuaron al desventurado jóven, y su ansiedad mortificante era cada dia mas aterradora.

Un dia vió á Marta á lo lejos; rápido se puso de pié, quiso lanzarse hácia ella, exhaló un grito; pero mas lijero que todo esto el centinela le descargó un feroz golpe con el fusil, que lo hizo rodar por tierra.

— ¡Bárbaro! gritó la infeliz amante. Y desapareció para no avivar sospechas que hicieran mas desventurado al que tanto amaba.

La jóven comprendia que su pérdida y la del prisionero era segura si se llegaba á vislumbrar su afecto; mas no se puede vivir en este mundo sin un noble corazon que sea el eco de sus secretos. Aquella alma generosa y leal, era una antigua esclava llamada Angela; que idolatraba á Marta.

Ella, con el pretesto de vender mandioca, naranjas y otras cosas se aproximaba á los prisioneros y se comunicaba imperceptiblemente con Raul.





X.

Una mañana despues de este suceso, se oían contínuas descargas: El centinela de los prisioneros preguntó al sargento:

— Han caido los cambás?

— No, están fusilando presos, respondió secamente el interrogado.

Ese mismo dia al anochecer se aproximó Angela y le tiró un chipá al jóven prisionero, guiñándole el ojo, al mismo tiempo que le decía con desprecio.

— Toma, añaraiu.

Raul comprendió que algun misterio habia, tomó el pan guaraní con avidez; y al partirlo encontró en su interior un pequeño papel escrito y un pedazo de lápiz.

Ansioso clavó allí su mirada que incierta se desprendia de dos hundidas órbitas.

" ! Ten valor ! en caso que muera la esperanza, yo moriré contigo. "

Eso decia el papel.

Raul guardó aquella fúnebre promesa, y en uno de los momentos que pudo robar á la vigilancia del centinela escribió con lápiz.

¡ Ah ! para siempre adios : la infausta suerte
Qué el lazo rompe, que las almas junta,
Y vá á arrancar tu corazon del mio,
Tan solo ahora una esperanza endulza,
Yo te hallaré donde perpétuas dichas.
Las almas de los ángeles disfrutan.

El cautivo en su dolor profundo inspirándose en un numen inmortal presentia su triste fin.

Cuando estas líneas llegaron á manos de Marta estaban casi borradas y el papel húmedo.





XI.

Las descargas continuaban como el reloj de la muerte, aproximando el desenlace fatal.

Al otro dia se hizo comparecer á Raul ante la 5ª comision militar de San Fernando. Se le exigió que declarase una vileza; respondió con una mirada de desprecio.

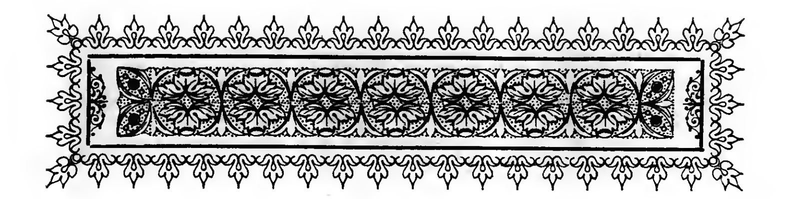
Amenazado con el cepo colombiano permaneció inmutable, selló sus labios con el fanatismo del honor, y resignado, se preparó á soportar la bárbara tortura.

Sufrió impasible en el primer momento ese suplicio atroz. Atado con fuerza las manos á la espalda; doblegada la cerviz con violencia por el peso de los fusiles, azotado cruelmente cuando sus yertos miembros no obedecian rápidos á la marceracion del tormento, guardó silencio: ese silencio de angustia que ahoga, que sofoca como una mordaza

de fuego; hizo un esfuerzo sobrehumano para mantener la dignidad de hombre: aturdido, conjestionada la débil cabeza, dominó al fin el mareo del dolor. Avasallada la materia, flaquearon las fuerzas físicas: su bello rostro se puso lívido al principio, deslizando un sudor glacial sobre las abultadas venas, inyectadas de sangre como si quisieran estallar; en seguida se presentó amorotado, descompuesto, convulso, tomó un aspecto horrible; sus ojos preñados de sangre se cerraron para no saltar de sus orbitas; las estremidades aletargadas parecian inertes; estaba á un paso de la agonia..... lanzó entonces un ¡ay! ronco: parecia un gemido último, así como el estertor de una muerte desesperada, que hubiera estremecido el corazon que no fuera el de un verdugo, y desvanecido entre las sombras del sufrimiento, desapareció para él la imájen de la vida.

Cuando despertó de aquel sueño consolador, estenuado y dolorido, entumecidos los miembros, sin movimiento, devorado por una ola de fuego que quemaba su cabeza, sintió que una pesada barra de grillos aprisionaba sus piernas y un feroz centinela atento vigilaba su actitud con una cara de demonio y una indiferencia glacial. Aquella crueldad era preciso inventarla; crearla; nacer con ella era imposible. Su bárbaro autor ha sobrepasado á todos los atormentadores de la humanidad.





XII.

Las descargas continuaban y en sus intérvalos de ansia eterna se oían los gritos de las víctimas del azote, ó los ayes del cepo colombiano; y cuando un completo silencio reinaba en ese patíbulo sin descanso, es que se supliciaba á lanza y bayoneta: así, lo mas ilustre de la Asuncion moria miserablemente en el cadalso sin que una protesta condenara esa demencia del crímen, sin que una mano vengadora librase á ese desgraciado pueblo de tanta afrenta, á esa nacion viril, cuyos hijos en el campo de batalla tenian tanto desprecio por la vida.

La sed de sangre de Lopez era un delirio: neurosis hija del orgullo herido: epiléptico de la venganza, cuya crueldad sin rumbo, destruia la base principal de su poder. Ese corazon era incomovible, porque allí la maldicion de Dios había estinguido el sagrado amor á la pátria.





XIII.

MARTA vivía sin sombra, su desesperacion insaciable había transformado su belleza, parecia el ángel del sepulcro cerniendo su vuelo sobre una tumba. Pálida y marchita rondaba por los alrededores de la prision amada, y sus ojos de tanto llorar estaban secos; ardiente la pupila, sin brillo vagaba atónita. Devorada por el insomnio y la fiebre de su angustia, parecia una insensata lanzada al acaso entre una selva.

Entre los tormentos de su alma existia una afenidad eléctrica, sublime que consuela con angustia todos los malos momentos de la vida de dos séres que se aman. Eran los tormentos del amor.

Ah! solo tenía la esperanza de encontrarlo allá.....

donde pérpetuas dichas
las almas de los ángeles disfrutan.



XIV.

Un dia que dormia Raul al calor desfalleciente del sol de la tarde, lo despertaron bruscamente: abrió los ojos con pereza y vió algo que no se dió cuenta en el primer momento. Un oficial paraguayo y nueve caras cobrizas estaban frente á él. Los rayos visuales de aquella fila satánica convergian á su pecho como una descarga de ódios.

Los soldados terciaban los fusiles, vestian camiseta punzó, y chiripá abigarrado, estaban inmóviles, envueltos en un tétrico silencio.

El que mandaba la fuerza se aproximó al prisionero y le dijo:

—Vos te llamás Raul?

—Si, contestó el interrogado, poniéndose dolorosamente de pié.

—Dos pasos al frente y marche.

—Dónde me llevan? esclamó con sorpresa el infeliz jóven.

A cambiar de temperamento.

—Me van á fusilar?

—Si: contestó, secamente el empedernido oficial.

Entónces en aquel momento supremo en que el corazon mas duro se parte en pedazos; sorprendido traidoramente por el egoismo de la conservacion, recien Raul pensó en la vida: sintió la pátria palpitante con su grandeza infinita; recordó las divinas delicias de su oculto amor, las esperanzas halagadoras de una dicha inefable; de repente, como un volcan que abraza todo, una oleada de su espíritu cambió bruscamente el amargo núcleo de sus ideas, y se despertaron en él con esa crueldad de fibras que se retuercen, los últimos celos de ese ajitado instante, terribles surgieron, al considerar que sobre su lápida funeraria aquella, mágica mujer podría amar á otro; mil tormentos punzaron ese corazon agonizante; esa ansiedad sin límites: desesperacion última que hacía de ese infeliz jóven un mártir antes que el plomo homicida horadase su cuerpo: al fin tristemente doblegó la cabeza al dolor; reacionó enseguida: recordó que tenía un nombre, buscó fuerza en la razon y el orgullo; lla-

mó en su auxilio al altivo valor del soldado; entonces sereno y resignado dijo al oficial:—Estoy pronto.

La tropa hizo por cuatro á la derecha y entre la primera y segunda fila colocaron al prisionero.

Se movió la escolta con paso lento: los hierros del condenado á muerte sonaban como el compás de una marcha funeral.

Cuán largo fué aquel camino, sin un consuelo, sin una mirada compasiva.

¡Ah! solo el silencio de la muerte. . . . La tarde declinando al ocaso, estaba triste; fria; meláncolica como la tarde en que se va á enterrar un ser querido.

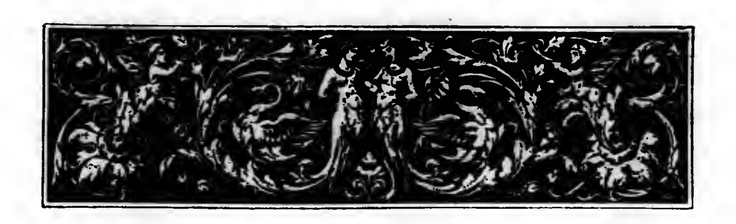
La brisa entre los árboles murmuraba un gemido; y un fondo oscuro iba á hacer resaltar con el arte de la desolacion el cuadro mas conmovedor que se pueda imaginar.

El silencio de la selva solo lo interrumpíá el arrullo de la tórtola: ese canto de agonía primitivo que siempre tiene un eco tan triste en los corazones que sufren: la luz crepuscular empezaba con desmayo, y las tinieblas de la noche pronto se iban á confundir con las de la otra vida.

¡Que gemido, que lamento, que grito de angustia!, podrá espresar aquel momento, reflejado en un cielo sin luz, como una sombra doliente: parecía ocultar á la civilizacion ese horror sin nombre.

Un paisaje tan desesperante, podía únicamente ser contemplado sin amargo sobresalto por ojos que no tuvieran alma. ¡Ah! es verdad que tambien hay almas negras de granito.





XV.

La escolta se ha detenido á pocos pasos de un timbó.

Un sacerdote anciano espera allí á el condenado á muerte.

Raul sale de las filas con la lentitud de un caminar con grillos y se aproxima á él.

Le habla en secreto; á lo que le dice, el sacerdote hace un movimiento afirmativo con la cabeza: aquel hombre acostumbrado á vivir entre los tormentos y ver morir á las víctimas del Neron paraguayo, está conmovido.

Se aproxima entonces el oficial y le dice:

—Amigo, vamos á concluir de una vez.

Raul lo mira fijamente con una mirada atónita, en

seguida la hunde anhelante en el horizonte como buscando una tierna despedida, un adios solemne, una última imágen que borre en su postrer momento la de sus verdugos.

La escolta permanece en silencio, muda, tétrica, sombría, parecia petrificada.

Los soldados han palidecido, porque cuando un hombre vá á arrancar cobardemente la vida á otro hombre, la sangre huye agitada con remordimiento y vergüenza del rostro, y se refujia temblando en el corazon.

—Incate pues, exclamó el oficial con cierta dureza, y haciendo una corta pausa prosiguió:

—Si no *tenés* pañuelo *cerrá* los ojos; así no verás el miedo.

Aquella frase enrojeció el pálido rostro del condenado y esclamó con entereza.

—Ni doblo la rodilla, ni cerraré los ojos: un oficial argentino está acostumbrado á arrostrar la muerte de pié firme, con faz serena y el corazon caliente.

El oficial hizo un ademan y avanzó la primera

fila con las armas terciadas á dos pasos del infortunado Raul.

Sucedió rápidamente enseguida otra señal y se oyó el tic-tac de las armas que se preparaban.

El condenado á muerte había palidecido horriblemente, contraste singular que resaltaba con la serenidad de su mirada que parecía indiferente á todo lo que le rodeaba. Cualquiera hubiera dicho que la muerte para él era algo tan insignificante, que no le llamaba la atención.

¡Conmovedora era la escena! Aquella esbelta figura de pié con las manos atadas hácia la espalda: la entreabierta camisa dejando ver un noble pecho que pronto vá á ser destrozado por la descarga de un suplicio injusto, corazon de soldado, donde no se siente el latido del sobresalto. Parecía aquello un canto de la Polonia que narra con angustia la muerte del héroe.

En este momento apareció á lo lejos Marta que venía apresurada, su razon parecía extraviada por una resolucion terrible.

Raul la vió y tomando su fisonomía una animacion de dolor indescriptible, le gritó con ese sacudimiento supremo del adios eterno: con esa emo-

cion que solo la conoce el que ha visto morir á un hombre.

¡Adios!........allá......no pudo concluir: un frio nervioso embargó la palabra, tembló entonces, como si fuera un cobarde: él tan valeroso en la batalla y tan inquebrantable en el sufrimiento.

Se oyó la ultima palabra del sacerdote.

Vibró la última señal del oficial.

Los fusiles bajaron lentamente sus negras bocas y apuntaron, al mismo tiempo que la desolada Marta, loca de sí, en el colmo de una espantosa desesperacion, con una voz que hizo temblar las armas gritó:

—¡Muere como héroe, que yo voy á morir como hombre!

Una bocanada cónica de humo envolvió á Raul.

Se oyó un ¡ay! doloroso, como un suspiro extremo: un áspero ronquido siguió en seguida y se desplomó inerte el infortunado jóven, como fulminado por un rayo, anegado en su noble sangre y envuelto en los pliegues del martirio.

Casi simultáneamente, Marta caía herida por su propia mano: hizo un esfuerzo supremo: irguió dé-

bilmente su hermosa cabeza, fosforescente por la belleza mortal de la agonía: vagorosa la mirada del último momento; oscilando entre la vida y la muerte, lanzóla ya casi marchita hácia el cadáver de su amante: entreabrió sus lábios, y balbuceó apenas:

—¡Raul!... y reclinando la frente sin dolor sobre el césped concluyó sus penas.

....

Todo quedó en silencio. Ese silencio sepulcral del Angelus de la tarde que vivifica las sombras de los cementerios, haciendo agonizar por segunda vez los séres queridos.

De cuando en cuando se sentía, como una ráfaga, el ruido del paso desordenado de los soldados al alejarse, y como vagas sombras se distinguian á la distancia.





XVI.

DICEN, que cuando la noche tiende su velo fúnebre sobre aquel lugar, donde se ha vertido tanta sangre inocente, se oye un clamor.

¡Ah! sí. Es el clamor eterno de la historia!

Ese clamor implacable, especie de lamento desgarrador de víctimas, que avanza de siglo en siglo á la eternidad de los tiempos; como el infierno de la memoria de los tiranos.

Buenos Aires, 1885.





FÉ DE ERRATAS

Páginas	Líneas	dice	debe decir
200	II	del pasado	de su época
205	6	incolume	incolumne
232	IO	Ayacucho	Chacabuco
288	25	literarios.	literario
295	II	mejor	mayor





ÍNDICE

